

Antiguos contactos

Relaciones de intercambio entre
Egipto y sus periferias

Alicia Daneri Rodrigo / Marcelo Campagno
Editores



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Historia Antigua Oriental
"Dr. Abraham Rosenvasser"

Daneri Rodrigo, Alicia

Antiguos contactos: relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias / Alicia Rodrigo Daneri y Marcelo Campagno.- 1a ed. - Buenos Aires: Instituto de Historia Oriental. Universidad de Buenos Aires, 2004.

160 p. , 22x16 cm.a

ISBN 950-29-0815-5

1. Egipto-Historia Antigua I. Campagno, Marcelo. II. Título
CDD 932

© 2004 Alicia Daneri Rodrigo

© 2004 Marcelo Campagno

ISBN 950-29-0815-5

Diseño de tapa: Rosario Salinas

Composición: Rosario Salinas

Impreso en Argentina

Primera edición: septiembre de 2004

Gráfica Laf S.R.L.

Espinosa 2827, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios, sin el permiso previo de los editores.

Antiguos contactos

Relaciones de intercambio
entre Egipto y sus periferias

Editores

Alicia Daneri Rodrigo
Marcelo Campagno



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Historia Oriental
"Dr. Abraham Rosenvasser"

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decano <i>Dr. Félix Schuster</i>	Consejo Editor <i>Alcira Bonilla</i> <i>Américo Cristófolo</i> <i>Graciela Dragoski</i> <i>Eduardo Grüner</i> <i>Susana Romanos</i> <i>Miryam Feldfeber</i> <i>Laura Limberti</i> <i>Gonzalo Blanco</i> <i>Marta Gamarra de Bóbbola</i>
Vicedecano <i>Dr. Hugo Trincherro</i>	
Secretario Académico <i>Lic. Carlos Cullen Soriano</i>	
Secretaria de Investigación <i>Lic. Cecilia Hidalgo</i>	
Secretaria de Posgrado <i>Lic. Elvira Narvaja de Arnoux</i>	Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"
Secretario de Supervisión Administrativa <i>Lic. Claudio Guevara</i>	Directora <i>Dra. Alicia Daneri de Rodrigo</i>
Secretaria de Transferencia y Desarrollo <i>Lic. Silvia Llomovatte</i>	Secretario <i>Dr. Marcelo Campagno</i>
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil <i>Prof. Renée Girardi</i>	Bibliotecaria <i>Eugenia A. de Borgogno</i>
Secretario de Relaciones Institucionales <i>Lic. Jorge Gugliotta</i>	
Prosecretario de Publicaciones <i>Lic. Jorge Panesi</i>	
Coordinadora de Publicaciones <i>Fabiola Ferro</i>	
Coordinadora Editorial <i>Julia Zullo</i>	

Indice

Antiguos contactos entre centros y periferias Un estudio introductorio <i>MARCELO CAMPAGNO</i>	9
Egipto y las vías de intercambio con el Sur de bienes suntuarios: los productos aromáticos <i>ALICIA DANERI RODRIGO</i>	25
Sobre bienes de prestigio, orden y caos. El Estado egipcio y sus periferias durante el período Dinástico Temprano (ca. 3000-2700 a.C.) <i>MARCELO CAMPAGNO</i>	41
Egipto y sus periferias en el Reino Medio <i>ROXANA FLAMMINI</i>	71
Observaciones sobre la presencia de los grupos libios en Egipto durante el Tercer Período Intermedio <i>CELESTE CRESPO</i>	97
Crisis y reestructuración comercial periférica: el caso del Negev a inicios de la Edad del Hierro <i>JUAN MANUEL TEBES</i>	111
Salomón ben David y Egipto. Intercambios y el surgi- miento de organizaciones sociopolíticas en Palestina durante la Edad del Hierro II <i>EMANUEL PFOH</i>	133

Antiguos contactos entre centros y periferias Un estudio introductorio

MARCELO CAMPAGNO

Consideremos una imagen. Entre la iconografía que alberga la tumba del nomarca Knumhotep II en Beni Hassan, en tiempos del Reino Medio, una escena resulta particularmente vívida. Se trata de la representación de un grupo de nómades cananeos —que los egipcios llamaban *aamu*—, que llega a destino con su cargamento¹. Se los ve con sus vestidos típicos, con sus armas, con sus animales de carga. Se los ve presididos por su jefe Abishai, a quien siguen otros varones, mujeres, niños: en total, según el texto, 37 personas. Dos funcionarios egipcios los introducen ante el nomarca: al parecer, lo principal que traen es galena, requerida por la élite para usos cosméticos. El historiador moderno puede hallar en la escena una gran cantidad de información. Puede notar las características más salientes de un grupo caravanero procedente del Asia. Pero puede ver más: puede advertir que el dispositivo estatal egipcio no desdeña la capacidad de estos grupos nómades para acarrear bienes hacia el valle del Nilo. Si se atreve un poco más, puede pensar en las prácticas de parentesco que seguramente vinculaban a esos varones, esas mujeres, esos niños. Un grupo parental en pleno movilizándose por el desierto, trayendo bienes que demanda la élite estatal egipcia. Y más allá de las cuestiones que el historiador aborda, ciertamente, queda casi toda la vida de esas gentes, la arena de los caminos, el calor abrasador de los días, las tiendas y el fuego de las noches, las estrellas en los ojos de Abishai.

Evoquemos ahora otra escena. Hace pocos años, en la bahía de Atlit, en la costa del actual Israel, un grupo de arqueólogos submarinos encuentra una vasija egipcia, repleta de caparazones de un molusco del Nilo, que se remonta a mediados del IV milenio a.C.². Es más que probable que esos caparazones fueran utilizados allende el Nilo como objetos de prestigio en las manos de las élites de las sociedades que los recibían. ¿Cómo llegó ese recipiente al fondo del mar? ¿Naufragó la embarcación que

¹ Cf. Wreszinski, 1988, Lam. 6. Cf. también la cubierta del presente libro.

² Cf. Sharvit *et al.*, 2002, 159-166.

lo trasladaba? ¿Acaso, en un descuido, alguien dejó caer la vasija al agua? No es fácil de saber. Para los historiadores, en todo caso, hay asuntos más importantes, a los que el hallazgo de la vasija apunta. Si un recipiente de la época predinástica es hallado en la costa de Israel con tales objetos, es posible documentar la existencia de una ruta marítima que, bordeando la costa, uniría el valle del Nilo con otras regiones del Levante, quizá con el antiquísimo puerto de Biblos. ¿Cuál sería la identidad de esos antiguos marineros? Tratándose de una época pre-estatal, la posibilidad de que se trate de funcionarios se halla excluida. La presencia de cananeos en las tierras del Nilo (en Maadi, en Buto) se halla documentada en la primera mitad del IV milenio a.C.: ¿viajarían algunos de ellos por mar, portando con ellos los caparazones y otros tipos de bienes de prestigio? ¿Se trataría de habitantes del delta del Nilo? Es posible pensar en ello. Mucho más difícil, en cambio, es tratar de evocar las experiencias de esos marineros, los días a bordo, las mismas estrellas en los ojos de otros hombres.

Por tierra, por mar. Y, desde luego, por el río. A lo largo de los milenios, los habitantes del valle del Nilo entablaron una multiplicidad de contactos con las regiones circundantes. En ciertas ocasiones, eran los extranjeros quienes alcanzaban Egipto. En otras, eran los egipcios los que penetraban en el mundo exterior. Y, en unas y otras, esos contactos implicaban *intercambios* en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, esos intercambios involucraban, por un lado, la circulación de bienes materiales, especialmente de bienes de prestigio. Pero, por otro lado, también podían abarcar intercambios de ideas, de tecnologías, de imágenes del *otro*. Ciertamente, las relaciones de intercambio comprenden la obtención de bienes pero también, al mismo tiempo, de experiencias que confirman o modifican la propia condición de quienes participan de ellas.



¿Cómo conceptualizar esta cuestión en términos teóricos? En los últimos tiempos, la cuestión de los contactos intersociales en el mundo antiguo ha recibido especial atención desde la perspectiva correspondiente al par conceptual *centro-periferia*, acuñado en el marco teórico de los *sistemas-mundo*, propuesto por Immanuel Wallerstein en los años '70 para pensar los comienzos de la expansión capitalista en la Edad Moderna³. Aplicados

³ Cf. Wallerstein, 1974.

luego a una enorme diversidad de sociedades en el tiempo y el espacio, reformulados una y otra vez, los conceptos de centro y periferia operan actualmente de formas —y con fortunas— sensiblemente diversas. En principio, de acuerdo con la recapitulación que proporciona Rowlands, “los centros fueron definidos como aquellas áreas que controlaban habilidades tecnológicas más desarrolladas y los procesos de producción, formas de organización del trabajo y un fuerte aparato ideológico de estado para defender sus intereses [mientras] se decía que las periferias carecían de estos atributos y habían sido modificadas para atender las demandas externas de materias primas”⁴. Ciertamente, al margen de las discusiones que el modelo suscitó en el análisis del mundo capitalista, la aplicación de tales conceptos al mundo antiguo no ha sido sencilla, e implicó la introducción de toda una serie de ajustes y distinciones. Así, por ejemplo, Kohl ha propuesto que, para analizar desde esta perspectiva el “sistema-mundo” de la Edad del Bronce, es necesario considerar la coexistencia de múltiples centros y no de un centro único, como se desprendería del modelo de Wallerstein; al mismo tiempo, el autor destacaba un mayor grado de inestabilidad en los vínculos centro-periferia del Bronce respecto de los del mundo moderno⁵. Por su parte, para aplicar este dispositivo de análisis a las sociedades precapitalistas, Chase-Dunn y Hall han distinguido entre una *diferenciación centro-periferia*, referida a las interacciones entre sociedades con “*diferentes niveles de complejidad y densidad de población [...] dentro del mismo sistema-mundo*” y una *jerarquía centro-periferia*, cuando una sociedad domina política y económicamente a otra, en el marco del mismo sistema-mundo⁶.

En todo caso, más allá de las diversas especificaciones, el par conceptual centro-periferia parece involucrar invariablemente un componente central: la existencia de algún tipo de relación intersocietal *asimétrica*. En efecto, tal dispositivo analítico se presume aplicable a la interacción entre ámbitos sociales que no guardan una relación de equilibrio entre sí. El desequilibrio en la relación puede proceder de la gravitación político-militar del núcleo central en las periferias o de la eficacia del dispositivo implementado en estas últimas por el centro para la obtención de bienes: ambas estrategias pueden respaldar la presencia del núcleo en las periferias en mayor medida que las que podrían implementar estas últimas pa-

⁴ Rowlands, 1987, 4.

⁵ Cf. Kohl, 1987, 13-24.

⁶ Cf. Chase-Dunn y Hall, 1991, 19. Para una aplicación específica del esquema centro-periferia al Antiguo Egipto, cf. Boor, 2003, 146-153.

ra acceder al centro. Por ejemplo, podemos considerar dos situaciones que corresponden al Reino Nuevo: por un lado, el control político-militar de Palestina le garantizaría a la élite estatal egipcia la obtención de bienes por la vía de la tributación, como se advierte en las Cartas de el-Amarna; por el otro lado, la expedición que la reina Hathsepsut envía al Punt indica que, a pesar de que el Estado egipcio no tenía control político sobre ese lejano territorio, su capacidad logística le permitía penetrar más allá de las regiones efectivamente controladas, en la busca de los productos exóticos demandados por la élite egipcia.

Por cierto, las élites periféricas no resultan, en estas relaciones asimétricas, meros testigos pasivos de la potencia expansiva de los centros. Si bien las Cartas de el-Amarna, de acuerdo con un memorable análisis de Mario Liverani⁷, trasuntan algo del desconcierto de los pequeños reyes cananeos ante la falta de respuesta del faraón, es fácil suponer que sus relaciones con los funcionarios egipcios en sus propias tierras darían más margen para la negociación. El mero hecho de que el Estado central egipcio recibiera y archivaría la correspondencia de los monarcas cananeos deja ver que, aun cuando las desoyera, aquél les concedía cierto status de interlocutores. En cuanto a la expedición al Punt, parece claro que los productos que los funcionarios egipcios obtenían en el lejano sur tenían como contrapartida el envío de los productos de la Residencia real (pan, cerveza, carne, vino, frutas)⁸. En efecto, los jefes locales accedían así a sus propios bienes de prestigio, procedentes del mundo estatal egipcio. De este modo, el carácter asimétrico de las relaciones entre un centro y sus periferias no implica un único protagonista que hace y deshace según su voluntad sino más bien un diferencial de potencia entre el núcleo central y los periféricos.

En tal sentido, podría encuadrarse bajo esta perspectiva todo vínculo intersocietal que disponga un núcleo autónomo y autodeterminado y una serie de núcleos con diversos grados de heteronomía respecto del primero. El carácter específico de la heteronomía de los núcleos periféricos no puede ser planteada *a priori*, pero sí el hecho de que el núcleo central dispone de suficiente potencia para reservarse la iniciativa y establecer las reglas generales del juego en sus contactos con las sociedades periféricas. En estos términos, las interacciones que pueden ser consideradas

⁷ Cf. Liverani, 1967, 1-18.

⁸ Cf. Sethe, 1961, Urk. IV, 319-355. Cf. también el artículo de A. Daneri en el presente volumen.

bajo el dispositivo analítico centro-periferia resultan situacionales por definición: en efecto, un núcleo que, en determinadas circunstancias, ya no puede ejercer la primacía sobre los otros núcleos no es susceptible de ser analizado a partir del par conceptual centro-periferia.

Ahora bien, al margen del análisis específico de los vínculos asimétricos entre las sociedades de la Antigüedad, los conceptos de centro y periferia también pueden proporcionar cierta utilidad para considerar las percepciones que tales sociedades tenían de sus relaciones con el mundo circundante. En líneas generales, las representaciones del mundo acuñadas en el Cercano Oriente Antiguo son fuertemente autocentradas, de manera tal que las sociedades tienden a elaborar una imagen de sí que las coloca en el foco cardinal de la creación, del mundo conocido, de los planes de los dioses. Tales representaciones implican que, desde un punto de vista cósmico, cada sociedad se considera el centro y que las restantes sociedades son vistas como periféricas. En ocasiones, el plano de las relaciones intersociales coincide con la representación que una sociedad tiene de sí: durante las épocas en que existe un Estado central fuerte, es indudable que en Egipto se verifica tal coincidencia. De hecho, se trata de algo más que una simple coincidencia: la representación de su centralidad cósmica es una de las razones centrales para los diversos tipos de intervención del Estado egipcio en sus periferias, y los procedimientos efectivamente realizados en tales periferias reafirman la idea de la posición central de Egipto en el cosmos. Pero en otras ocasiones, la centralidad cósmica puede ser experimentada con independencia de las relaciones efectivamente entabladas con el exterior. El ejemplo más conocido de tal situación seguramente es el de la representación del mundo que plasman los hebreos en La Biblia, en tanto pueblo elegido de Yahveh: se advierte que, aun cuando la asimetría respecto de sus poderosos vecinos es a todas luces visible, los redactores bíblicos no tienen dudas de cuál es la posición que la sociedad hebrea tiene en los planes del dios creador. Así pues, a los centros y periferias que el historiador del Cercano Oriente Antiguo reconoce en sus análisis de las relaciones entre sociedades, puede añadirse otro tipo de condiciones centrales y periféricas, que emerge de las propias representaciones del mundo de aquellas sociedades y que puede confluir o no con el de las relaciones efectivamente entabladas entre ellas.

Como habrá ocasión de advertir, los estudios que integran el presente volumen se dejan leer por una, por otra, o por ambas perspectivas respecto de estos conceptos de centro y periferia. En efecto, en todos ellos, el

Estado egipcio aparece en el centro mismo de la escena o bien en el horizonte, gravitando en sus periferias de modos diversos a lo largo de las diferentes épocas, en busca de bienes de prestigio o del predominio político-militar, e incidiendo decididamente en las representaciones del mundo acuñadas en el Nilo y más allá.



En un estudio que abarca tres milenios, Alicia Daneri Rodrigo recorre las diversas variantes a través de las que la élite egipcia accedía a un tipo especial de bienes de prestigio de procedencia africana: los bienes aromáticos (resinas, mirra, incienso). Si bien el Estado egipcio incursionó hacia el sur tanto a través de la vía fluvial —hacia la Baja y la Alta Nubia— como de la marítima —por el Mar Rojo, hacia Punt—, las regiones productoras de tales bienes permanecieron generalmente más allá del control político-militar del Estado. En función de ello, y más allá de las alteraciones producidas en los períodos de crisis del Estado central, es posible notar, a modo de regla general, que *“los objetivos del estado egipcio fueron asegurarse el acceso a los puntos de confluencia de los bienes, mediante el control de las zonas intermedias, particularmente la Baja Nubia, y el mantenimiento de relaciones con quienes regulaban el flujo de esos bienes hacia los lugares de reunión”*. Precisamente allí puede advertirse el carácter periférico que adquiriría Nubia respecto de Egipto cada vez que en éste se registraban dinámicas estatales de índole expansiva: el envío de campañas militares, la construcción de fortalezas, la creación de centros político-administrativos, fueron estrategias implementadas por el Estado egipcio en diferentes épocas a través de las que puede advertirse el carácter asimétrico de las relaciones entre ambas regiones.

Más allá de Nubia, como observa Daneri, la búsqueda de los bienes exóticos requería implementar expediciones de intercambio. Desde las misiones de Herjuf a Iam hasta las expediciones a Punt durante la Dinastía XVIII, puede notarse la capacidad logística del Estado egipcio para penetrar su periferia sur. Por cierto, tales expediciones no quitan que, incluso en épocas de fuerte potencia estatal, la corriente de bienes hacia Egipto también pudiera ser encauzada por pobladores locales, por medio de simples balsas, entregando los bienes a los funcionarios egipcios en determinados puntos. En efecto, como en el caso de los *aamu* de Abishai en Beni Hassan, el Estado podía servirse también de este tipo de mecanismos para obtener los bienes procedentes del exterior. De hecho, cuando colapsaba el Estado central egipcio, estos modos alternativos probablemente

constituyeran los únicos procedimientos disponibles para el traslado de los bienes exóticos demandados por las élites.

En esos períodos de crisis del Estado central, ciertamente, la condición periférica de los territorios al sur de la primera catarata respecto del vecino septentrional se desvanecían por completo. En esas épocas, no sólo ya no se organizaban incursiones militares o de intercambio por parte de Egipto. Las regiones sureñas podían cobrar una autonomía que les permitía tomar el control de la circulación de bienes de prestigio y que abría las puertas a la constitución regional de organizaciones estatales: la consolidación en torno de Kerma del reino de Kush durante el Segundo Período Intermedio o la posterior conformación de un núcleo estatal en Napata —que a fines del Tercer Período Intermedio logra incluso una breve hegemonía sobre las regiones propiamente egipcias—, subrayan el papel protagónico que Nubia jugó en diversos momentos de la historia antigua.



La búsqueda de bienes de prestigio más allá del ámbito propiamente egipcio es considerada también en el estudio de Marcelo Campagno, en referencia al período Dinástico Temprano de la historia egipcia (aprox. 3000-2700 a.C.). La búsqueda de bienes, pero también la guerra. En efecto, el período Dinástico Temprano es la época en la que, paralelamente, se consolida tanto la práctica estatal en el valle del Nilo como una representación simbólica específica de los territorios periféricos, que, a su vez, determina unos modos específicos de intervención en ellos. En la medida en que la sociedad egipcia se organiza concéntricamente en torno de un rey-dios que es —al mismo tiempo— la cúspide del dispositivo estatal y el garante de la existencia cósmica, el territorio efectivamente articulado por la práctica estatal tendería a coincidir con el mundo en el que impera *maat*, el orden justo. Y, correlativamente, más allá del ámbito bajo control permanente del Estado se abrirían los espacios cósmicamente marginales, a los que el Estado egipcio se dirige tanto para la extracción de bienes como para la represión de sus habitantes, lo cual refuerza la idea de que el cosmos se impone sobre las siempre acechantes fuerzas del caos.

No se trata, por cierto, de expedientes excluyentes. Por un lado, la actividad estatal egipcia en todas sus periferias tiene una finalidad básica: la obtención de materias primas y productos manufacturados demandados por la élite estatal. En efecto, a lo largo del período se registra la pre-

sencia egipcia en los desiertos a ambos márgenes del Nilo, en busca de extraer diversos minerales, y en determinados puntos de Palestina (Tel es-Sakan, Ain Besor) y quizá de Nubia (Buhen), en aras de obtener allí los bienes producidos localmente o que procedían de regiones más lejanas. En particular, los modos de acceder a los recursos asiáticos presenta una sensible variación con el probable fortalecimiento de los contactos con Biblos *via maris*, que al parecer tuvo como efecto el repliegue de la presencia egipcia en la región cananea. En efecto, la implementación de un modo más eficaz de obtener los bienes procedentes del Asia debió restar sentido a la presencia estatal en la periférica Palestina.

Y por el otro lado, desde comienzos de la Dinastía I, la iconografía estatal transmite una actitud abiertamente hostil hacia los vecinos nubios, libios y asiáticos, presentados frecuentemente en calidad de prisioneros y como víctimas en el ritual de la masacre del enemigo, que ejecuta el monarca. Si bien puede que no se haya tratado de grandes empresas militares —de las que se carece de evidencia arqueológica—, permanece claro el hecho de que las periferias de Egipto eran representadas en términos fuertemente negativos. Puede decirse, pues, que durante esta época las regiones situadas más allá del delta y el valle del Nilo disponían de un doble carácter periférico: en efecto, la asimetría de las relaciones entabladas con esas regiones no sólo se manifiesta en el modo en que circulan los bienes sino también en la forma en que esas regiones son concebidas en términos cosmológicos.



Si damos ahora un salto en el tiempo, el análisis de Roxana Flammini acerca de la época del Reino Medio en Egipto (2040-1640 a.C.) es probablemente el que más formalmente propone la utilización de los conceptos de centro y periferia para el estudio de este período de la historia egipcia. Partiendo de la constatación del carácter expansivo del dispositivo estatal que se consolida en el valle del Nilo con posterioridad al Primer Período Intermedio, la autora identifica dos regiones periféricas con las que Egipto interactúa (hacia el norte, Siria-Palestina; hacia el sur, la Alta Nubia) pero también dos áreas intermedias (el delta nororiental y la Baja Nubia) que actúan como *áreas vinculantes* entre el centro y sus periferias. El concepto de áreas vinculantes, según Flammini, retoma el de *semiperiferias*, frecuentemente utilizado en los análisis de los adherentes al modelo analítico de centro y periferia. Sin embargo, es posible advertir alguna

ganancia teórica en la redefinición del concepto. En efecto, el concepto de semiperiferias ofrece dificultades, en la medida en que intenta proponer algo así como un tipo transicional entre dos conceptos —los de centro y periferia— que son recíprocamente dependientes y que no pueden producir una síntesis por combinación. La redefinición como áreas vinculantes enfatiza el carácter conector de tales regiones y desliga al concepto de ese sesgo equívocamente transicional. De hecho, se advierte que tanto el delta nororiental como la Baja Nubia son regiones que se hallan sometidas a cierto grado de control del Estado central, por medio de la creación de dominios productivos o de fortalezas militares, y en las que pueden interactuar los representantes de las periferias con los funcionarios del dispositivo estatal egipcio.

Más allá de esta cuestión, la autora pasa revista a algunos modos en los que historiográficamente se ha concebido la cuestión de las relaciones entre Egipto y sus periferias durante el Reino Medio, y advierte un repliegue de las posiciones más tempranas, que sostenían la existencia de una actividad “imperial” egipcia en gran escala tanto en el Asia como en Nubia, hacia opiniones que sugieren que la gravitación del Estado egipcio en Siria-Palestina no requirió de un control político-militar permanente, y que indican que la presencia de un dispositivo de dominación egipcia en Nubia debió limitarse a la región que llega hasta la segunda catarata del Nilo, es decir, la Baja Nubia. En relación con esta última cuestión, en los últimos años, algunos autores se refieren a la presencia egipcia en Nubia en términos de “imperialismo”. ¿Qué se quiere decir cuando se habla de imperialismo para el Antiguo Egipto? La forma en que intenta responder tal cuestión S. T. Smith, —uno de los principales adherentes a tal concepto en el campo de la egiptología— no parece demasiado afortunada, pues recurre a una definición de tal amplitud (“*en el nivel más básico, imperialismo es sobre el poder, la dominación de una sociedad sobre otras*”) que cualquier relación de imposición de una sociedad por otra es susceptible de ser interpretada como imperialista. Ciertamente, como comparte Flammini, es difícil de advertir qué ganancia teórica se obtiene haciendo un uso anacrónico de conceptos tan connotados por su utilización en el análisis de procesos históricos modernos, ligados a la expansión capitalista a escala mundial.



Otro salto en el tiempo nos permite confrontar el análisis de Celeste Crespo sobre el Tercer Período Intermedio de la historia egipcia (1100-650

a.C.). Allí puede advertirse, precisamente, una época en la que esa condición de centro que prevalece sobre sus periferias, que el valle del Nilo intenta en diversos periodos, se disuelve por completo. En efecto, por un lado, esa pérdida de condición central se nota en la profunda fragmentación política que se produce, en la que grupos étnicos de procedencia libia, egipcia y nubia prevalecen sobre distintas regiones del delta y del valle. En particular, es interesante la trayectoria de los grupos libios en Egipto. Su presencia se remonta a tiempos de la Dinastía XIX, cuando comienzan a asentarse en la región del delta. Su posterior afianzamiento en la región desembocará, luego del colapso del Estado central del Reino Nuevo, en una creciente autonomía política, que, sin embargo, no cristalizará en una única entidad política libia sino en un mosaico de grupos solo parcialmente unificados durante el siglo VIII a.C., bajo el dominio de los gobernantes libios de Sais (la Dinastía XXIV de Manetón). En este marco, la autora se pregunta: *“¿por qué [los libios] no constituyen una nueva hegemonía a la escala de todo el valle y el delta? ¿Por su propia debilidad? ¿O podemos pensar que responden a una tradición político-cultural que no es proclive a la generación de proyectos políticos de amplio alcance territorial?”*. Semejante interrogante es digno de consideración: abre las puertas para pensar que la búsqueda de hegemonías político-territoriales no es un objetivo automático de toda élite gobernante. Los líderes libios, herederos no tan lejanos de un conjunto de sociedades de jefatura, bien podrían haber instaurado modos de dominación en los que tal objetivo no se hallara presente. El status específico de esos modos de dominación constituye un campo indudablemente fértil para continuar la tarea de pensar.

Más allá de la fragmentación política, la quiebra de la condición central de Egipto durante el Tercer Período Intermedio puede notarse también en los modos de implementación de las prácticas de intercambio. Los bienes de prestigio siguen en circulación; sin embargo, las élites del valle del Nilo tienen una posición cada vez menos decisiva en la regulación de tales prácticas. Las evidencias parecen sugerir que los monarcas de la Dinastía XXI aún tienen potencia para encarar —o al menos para reivindicar— la realización de campañas militares a Palestina o la obtención de bienes procedentes de Nubia. Con posterioridad, ese tipo de intervenciones desaparece del registro. Los fenicios de Biblos, Sidón y Tiro —y los árabes, como apunta Daneri— toman el relevo y se transforman en los dinamizadores de los circuitos de intercambio en la primera mitad del I milenio a.C. En particular, la actividad naviera de los fenicios expande notablemente las áreas interconectadas, al punto de integrar por prime-

ra vez toda la cuenca del Mediterráneo. Frente a estos nuevos mercaderes, y al menos hasta la época saíta, Egipto parece limitarse a un papel básicamente pasivo, en tanto receptor de bienes de prestigio para las élites locales. En tales condiciones, no hay lugar para la aplicación del esquema centro-periferia a las relaciones entre Egipto y sus vecinos. Más difícil resulta establecer cuál es la percepción cósmica que se tiene en el valle del Nilo sobre esos vecinos durante esta época: se trata de cuestiones escasamente documentadas que, precisamente por ello, permanecen abiertas a futuras consideraciones.



Un pequeño paso atrás en el tiempo, y otro en el espacio, nos sitúa en el mundo cananeo de la Edad del Hierro I (siglos XII-X a.C.). En efecto, el trabajo de Juan Manuel Tebes se centra en un sitio de la región del Neguev en aquella época: Tel Masos. La oportunidad es propicia para considerar qué sucede en las regiones periféricas respecto de un centro, cuando este centro pierde su condición de tal. Localizado en el valle de Beersheba y fundado hacia el siglo XII a.C., Tel Masos aparece en escena cuando el Estado egipcio del Reino Nuevo pierde su hegemonía política y económica sobre el corredor palestinense. Su posición, en el punto de confluencia entre dos grandes redes de intercambio —la de la cuenca del Mediterráneo y la del área del Neguev, que conectaba con los yacimientos de cobre en Timna—, hacía que el asentamiento fuera particularmente estratégico respecto de la circulación regional de bienes. En especial, habida cuenta de la interrupción de los envíos de cobre chipriota como consecuencia de la crisis del siglo XII, los yacimientos de Timna cobrarían una gran relevancia para la obtención regular de tal metal. Dado que no hay registros de presencia directa de egipcios en Timna con posterioridad a Ramsés V (mediados del siglo XII), es muy probable que la extracción y refinamiento del cobre quedara en manos de la población local. Y, de hecho, se han encontrado evidencias del proceso de refinamiento del metal en Tel Masos. Así pues, en el repliegue de la presencia central del Estado egipcio, las antiguas periferias encuentran nuevos desafíos. La época de más intensa actividad en Tel Masos es, de hecho, aquella en la que el sitio se transforma en un actor privilegiado en la extracción y circulación de cobre, así como en el intercambio interregional.

El repliegue de la influencia egipcia en la región, sin embargo, no es absoluto, si se toma en consideración la significativa presencia de bienes

egipcios, e incluso el estilo egipcio de una residencia en Tel Masos. Tebes sugiere que estos testimonios pueden ser interpretados en términos de prácticas de “emulación de élite”: esto es, las élites locales intentarían distinguirse del resto de los integrantes de la sociedad a partir de la adopción de ciertos patrones culturales procedentes del exterior. El hecho de que Egipto continuara siendo un mundo de referencia para tal emulación podría implicar que, a pesar del terreno perdido por el valle del Nilo en cuanto a su primacía en el ámbito de la circulación de bienes, la relación centro-periferia habría sido más duradera en el plano simbólico. En efecto, no sólo se trataría de que Egipto continuara afirmando su condición de centro del cosmos a pesar de no tener la capacidad fáctica de imponerse en el exterior sino de que, al menos, algunas de sus antiguas periferias mantendrían cierta heteronomía cultural respecto del mundo que había sido a todas luces central en la época inmediatamente anterior. Como quiera que sea, Tel Masos conocerá su crisis final hacia el siglo X a.C.: la reanudación de los envíos de cobre desde Chipre hacia todo el Mediterráneo Oriental y la presión militar de filisteos y hebreos aparecen como las razones más probables del abandono del sitio. Es que el mundo que se inicia luego de la crisis del siglo XII estaba lejos de ser estable: en el nuevo escenario, Tel Masos probó primero las mieles de la autonomía política y de la intermediación de bienes en las redes de intercambio; en el mismo escenario, probaría luego de los frutos amargos de la guerra y de la pérdida de dinamismo económico.



Avanzando a la fase siguiente en la misma región palestina —esto es, la Edad del Hierro II a-b (siglos X-VIII a.C.)—, nos encontramos con el último estudio que compone el presente volumen. Emanuel Pfoh incisivamente discute, en primer lugar, la historicidad de los vínculos entre el rey hebreo Salomón y Egipto y, de hecho, la historicidad del propio rey Salomón. En efecto; La Biblia (en 1 Re. 3-11 y 2 Cron. 8) es pródiga en referencias a los contactos del sabio rey hebreo con los egipcios: tales contactos no sólo le habrían permitido a Salomón la importación de caballos procedentes del valle del Nilo sino el matrimonio con una hija del faraón. El autor se permite dudar de la narrativa bíblica: Egipto no es tierra de cría de caballos y difícilmente el rey-dios entregue a sus hijas a pequeños reyes periféricos. Así, Pfoh se dirige a la documentación arqueológica, y el resultado es impactante. No sólo no hay absolutamente ningún testimo-

nio de esos caballos o de la princesa egipcia obtenida por el seductor de la reina de Saba: tampoco hay testimonios directos de las murallas que habría levantado en Jerusalén, ni de sus obras en los grandes centros de Meguido, Hazor y Guezer, ni de sus majestuosos establos, ni de los tratados comerciales con los fenicios... en suma, no hay, al día de hoy, la menor prueba arqueológica de la existencia del rey Salomón. Todo hace pensar que —con independencia de la existencia de un potencial líder hebreo portador de tal nombre— la imagen del sabio y opulento rey Salomón en el siglo X a.C., así como la de un poderoso Imperio creado por su padre David, son tardías elaboraciones de los redactores bíblicos.

Si no ha existido históricamente el reino de Salomón, ¿de dónde surgen las imágenes que ofrece La Biblia? De acuerdo con diversos investigadores con los que coincide Pfoh, tales imágenes concuerdan con los testimonios arqueológicos correspondientes al reino de Israel bajo la égida de la Casa de Omri, en los siglos IX-VIII a.C., y sería este reino el que habría inspirado a los escritores de la historia veterotestamentaria. En este punto, el autor se pregunta por el status sociopolítico del reino ómrída y propone que, en ausencia de testimonios tangibles de la existencia de un monopolio de la coerción y de la presencia de cuadros burocráticos, este tipo de experiencias políticas pueden estar más próximas a las prácticas de patronazgo que a las prácticas propiamente estatales. La propuesta es provocadora y, sin duda, deja las puertas abiertas para profundizar una cuestión que ha sido tradicionalmente ignorada o pensada a partir de modelos aplicados con automatismo, descuidando las especificidades de las sociedades analizadas.

Volviendo a las imágenes bíblicas sobre Salomón, algunas de ellas ni siquiera tienen correlato en el Israel ómrída, como el poco verosímil casamiento del rey hebreo con la princesa egipcia. Nos hallamos aquí —señala el autor— “con un ejemplo más —común en la literatura del antiguo Oriente— de la exaltación de un soberano, histórico o no, a través del establecimiento de relaciones con otros centros de poder que se le supeditan de diversas maneras”. Lo interesante aquí es advertir que, para los redactores bíblicos, hay claramente otra noción de qué es central y qué es periférico. En consonancia con el papel central que La Biblia atribuye al pueblo elegido, el mundo gira en torno de la experiencia de ese pueblo. Por ello, invirtiendo los términos de lo que es dable suponer respecto de la élite de Tel Masos, los escritores bíblicos sitúan hasta el prestigioso Egipto en la periferia del cosmos hebreo. Con seguridad, todo el mundo aparece como una periferia del centro hebreo en episodios de grandeza tales como el del rey Salomón. De hecho, in-

cluso en los momentos de penuria, se mantendrá la misma cosmovisión: en efecto, cuando los asirios destruyen Samaria, el cronista bíblico no advierte allí una relación de abierta asimetría político-militar sino un castigo de Yahveh ante la persistencia del pecado entre su gente. En esos momentos, claramente, la percepción hebrea de lo central y lo periférico se halla en las antípodas de las relaciones intersociales de la época.



Una mirada retrospectiva, de conjunto, a los trabajos que integran este volumen nos permite notar la multiplicidad de dimensiones contenidas en las relaciones que el Antiguo Egipto entabló con las sociedades circundantes. En las épocas de mayor potencia de la práctica estatal en el valle del Nilo, el Estado egipcio podía disponer de una capacidad para intervenir más allá de la primera catarata y el mar Mediterráneo, para extender el control político o para establecer los términos en que se entablaban las relaciones de intercambio. Mediante el ejercicio de esa capacidad, correlativamente, Egipto se autoconstituía como centro y periferezaba a sus vecinos. En efecto, tal sería la situación acaecida tanto a partir de la primera unificación territorial como en tiempos del Reino Medio, del Reino Nuevo y de las más tardías épocas saíta y ptolemaica, períodos todos en los que se advierten múltiples formas de penetrar en Nubia o en el corredor sirio-palestínense. A diferencia de ello, cuando la práctica estatal perdía potencia, su capacidad de penetración exterior decaía, y esas antiguas periferias podían encontrar modos para constituirse a sí mismas, con autonomía del antiguo centro. Los denominados períodos intermedios de la historia egipcia son, indudablemente, los momentos en que mejor se advierte tal estado de cosas. Es cierto, sin embargo, que una mayor autonomía política y económica de las sociedades antes periféricas no garantizaba una misma autonomía en el plano simbólico, donde la gravitación del mundo egipcio se revelaría más persistente: la élite cananea de Tel Masos; los líderes libios del Tercer Período Intermedio, los monarcas napatíenses, cada cual a su modo retoman las formas expresivas de la élite estatal egipcia. Incluso los redactores bíblicos, desde otra perspectiva cosmológica, encuentran en Egipto un mundo digno de ser asociado a su más sabio y poderoso rey.

En todo caso, en todas las épocas, a lo largo de los milenios, los contactos entre esas sociedades se mantenían. Intercambios de bienes, según decíamos, pero también de ideas, de tecnologías, de imágenes del otro.

Innúmeras expediciones militares y comerciales en todas las direcciones, miles de anónimos balseiros por el Nilo, de marineros por el Mediterráneo, de nómades acarreado bienes por los desiertos. Miles de Abishai con sus parentelas, ciertamente, para mantener a Egipto y a sus vecinos en contacto.



NOTA: Los trabajos que componen este volumen fueron llevados a cabo en el marco del proyecto de investigación *Problemas históricos del Egipto Antiguo: el delta del Nilo y sus relaciones con el exterior* (UBACyT FI 129), que fue realizado en el Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre los años 2001 y 2004, bajo la dirección de la Dra. Alicia Daneri Rodrigo.



Bibliografía citada

- BOOR, J. World-Systems Theory and the Old Kingdom: A Test Case. En: Ha-wass, Z. (ed.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eight International Congress of Egyptologists. Cairo, 2000*. 3 vol. Cairo-New York, The American University in Cairo Press, 2003, pp. 146-153.
- CHASE-DUNN, C. y HALL, T. D. *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, Boulder, Westview Press, 1991.
- KOHL, Ph. The ancient economy, transferable technologies and the Bronze Age world-system: a view from the northeastern frontier of the Ancient Near East. En: Rowlands, M., Larsen, M. y Kristiansen, K. (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 13-24.
- LIVERANI, M. Contrasti e confluenze di concezioni politiche nell'età di El-Amarna. En: *Revue d'Assyriologie et d'Archeologie Orientale*, vol. 61, 1967, pp. 1-18.
- ROWLANDS, M. Centre and Periphery: a review of a concept. En: Rowlands, M., Larsen, M. y Kristiansen, K. (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 1-11.
- SEITHE, K. *Urkunden der 18 Dynastie*, vol. II-IV, Berlin, Akademie Verlag, 1961.
- SHARVIT, J. et al. Predynastic Maritime Traffic along the Carmel Coast of Israel: A Submerged Find from North Atlit Bay. En: van den Brink, E. y

Yannai, E. (eds.), *In Quest of Ancient Settlements and Landscapes. Archaeological Studies in Honour of Ram Gophna*, Tel Aviv, Ramot Publishing, 2002, pp. 159-166.

WALLERSTEIN, I. *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, vol. 1, New York, Academic Press, 1974. [trad. castellana: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

WRZESINSKI, W. *Atlas zur Altägyptischen Kulturgeschichte, Zweiter Teil*, Paris, Slatkine Reprints, 1988.

Egipto y las vías de intercambio con el Sur de bienes suntuarios: los productos aromáticos

ALICIA DANERI RODRIGO

Abstract: *Egypt and the trade routes with the south for prestige goods: the aromatic products.*

The supply of aromatic products (resins, spices), particularly for the use in the state temples, the funerary cult and in medical prescriptions was carried on by the state since the earliest times, through its own agents –state officials–, diverse intermediaries and different trade routes. Changing political conditions in the south accompanied this important and continuous exchange.

Desde las primeras épocas del período dinástico en Egipto, se utilizó extensamente una variedad de productos aromáticos de origen vegetal –resinas y especias– como ingredientes en prescripciones médicas, en la producción de cosméticos y ungüentos, en el culto religioso y en las prácticas funerarias regulares¹. Gran parte de esos productos era originaria del sur, del sureste del Sudán y del noreste de Etiopía, de Eritrea, de la costa meridional de la península arábiga y del Lejano Oriente (Persia, India, Ceilán y China), y llegaba por diferentes vías. La importancia del aprovisionamiento regular de éstos y de otros bienes suntuarios: oro, marfil, pieles, maderas, animales vivos, también procedentes de regiones del sur, debe ser estimada en ésta y otras sociedades del Cercano Oriente en términos sociopolíticos y su intercambio regular es una indicación del efectivo funcionamiento del Estado².

Las referencias en las fuentes egipcias de época dinástica a los intercambios de larga distancia son poco frecuentes y sólo en contados casos se dispone de relatos, acompañados a veces de imágenes, sobre esas empresas.

¹ Cf. Lucas, 1930, 41-53; 1962; Dayagi-Mendels, 1989, 126-133; Manniche, 1993, 38-59; 1999; Winand y Malaise, 1993; Nicholson y Shaw, 2000.

² Sobre la importancia de los bienes de prestigio, cf. Claessen, 1989, 45 y ss.

Durante los períodos tardío y helenístico-romano algunos autores clásicos se extenderán en la descripción de los productos aromáticos, de sus regiones de origen y de las rutas empleadas en el intercambio³.

En el siglo IV a.C. Teofrasto, en su *Historia de las Plantas* (IX, VII, 3)⁴, se refiere a las esencias conocidas por los griegos (*aromata*) y registra una lista de las plantas y árboles empleados con mayor frecuencia en la producción de aceites aromáticos y de ungüentos, con algunos datos sobre su uso y su procedencia:

“...casia, canela, cardamomo, nardo, nairon, bálsamo, aspálato, estoraque, iris, narte, kostos, valeriana, croco, mirra, kypeiron, jengibre, ácoro, mejorana, loto, eneldo. De éstos son las raíces, la corteza, las ramas, la madera, las semillas, la resina o las flores los que, en los diferentes casos, producen el perfume. Algunos de ellos crecen en muchos lugares, pero todos los mejores y más fragantes proceden de Asia y de las regiones soleadas. De Europa misma no procede ninguno de ellos, excepto el lirio”⁵.

La mayor parte de los ingredientes mencionados en la lista fueron ya conocidos y utilizados en Egipto desde época temprana. Las regiones del sur de donde procedían, en el tercer y segundo milenio a.C., de acuerdo a las fuentes egipcias, fueron Nubia y Punt. El acceso por parte de Egipto a estos productos no fue, por lo general, directo, aun durante los períodos de mayor centralización del Estado. Las zonas de origen eran lejanas y difíciles de alcanzar militarmente y estaban controladas, según las épocas, por organizaciones políticas de diferente poder (tribales, de jefatura o estatales). Los objetivos del Estado egipcio fueron asegurarse el acceso a los puntos de confluencia de los bienes, mediante el control de las zonas intermedias, particularmente la Baja Nubia, y el mantenimiento de relaciones con quienes regulaban el flujo de esos bienes hacia los lugares de reunión.

Las vías de acceso al sur en el tercer y segundo milenio a.C.

Podían obtenerse los productos del sur por dos vías: 1) interna fluvial, por el Nilo, hasta tomar contacto con quienes tenían acceso o relación

³ Véase nota 31.

⁴ Theophrastus, 1916.

⁵ Casia, canela, cardamomo, *nairon*, *narte*, kostos, jengibre procedían del Lejano Oriente. Las resinas, mirra e incienso provenían del Sudán sudoriental, de Etiopía y Eritrea.

con las regiones productoras de los bienes buscados o terrestre, siguiendo la cadena de oasis del desierto occidental; 2) externa, navegando por el Mar Rojo.

El intercambio con las regiones al sur de Egipto está atestiguado, por datos arqueológicos, desde épocas anteriores a la formación del Estado. Durante parte del cuarto milenio y hasta comienzos del tercero, las sociedades de Baja Nubia del grupo A, establecidos entre la primera y segunda cataratas, mantuvieron contactos con Egipto y sirvieron de intermediarios con poblaciones proveedoras de bienes de Alta Nubia. Las sociedades del grupo C, que se establecieron en Baja Nubia en c. 2300 a.C., con posterioridad al final del grupo A, han dejado escasa evidencia arqueológica sobre este tipo de actividades⁶.

En Alta Nubia, Kerma⁷ (Kerma Antiguo, 2500-2050 a.C.) situado en una posición favorable respecto de las rutas de circulación norte-sur y este-oeste, desde el Mar Rojo, se desarrolló como un centro vinculado con las zonas de producción meridionales y posiblemente con los grupos de la cultura del Gash del Sudán suroriental (Gash Antiguo, 2600-2300). La presencia de objetos de Egipto y de las culturas antiguas de Yemen, de Etiopía y Eritrea en contextos de la cultura del Gash sugiere la existencia de relaciones entre extensas regiones, posiblemente por la intervención de grupos móviles que actuaban como intermediarios⁸.

Siguiendo la vía fluvial o terrestre durante el Reino Antiguo, los productos del sur (incienso, mirra, aceites, ébano, marfil, pieles) podían obtenerse en la región conocida por las fuentes escritas como Iam, cuya localización es incierta. Se ha sugerido su identificación con Kerma, que se correspondería con el desarrollo contemporáneo de ese centro, o una ubicación más lejana, en la confluencia del río Atbara con el Nilo⁹. Las expediciones de Harkhuf y la aparición de las primeras menciones en las fuentes de la región de Punt, hacia mediados del tercer milenio, representan el temprano avance del Estado egipcio hacia las más lejanas zonas de producción, que puede interpretarse como una señal de la decreciente importancia de los intermediarios de Baja Nubia y como el comienzo

⁶ Bonnet, 1997a, 37-47; 1997b, 51-70.

⁷ O'Connor, 1993, 24-41; Bonnet, 1997c, 89-116.

⁸ Fattovich, 1993, 399-403; Manzo, 1999.

⁹ Bonnet, 1997c; O'Connor (1993, 42) identifica Iam con el Irem posterior localizado más allá de la cuarta catarata, en la zona de Berber-Shendi.

del trato comercial con las organizaciones políticas de Alta Nubia, los “jefes” (*hq3w*) aliados de Egipto¹⁰.

La región de Punt¹¹, la principal fuente de productos aromáticos, era accesible por el Mar Rojo. Las expediciones a ella han quedado registradas como empresas estatales¹². El punto de partida, durante el Reino Medio era un puerto en la costa a la altura de Coptos y el de destino era la zona actual de Puerto Sudan-Suakin¹³, o más al sur, de Aqiq¹⁴, donde se establecía el contacto con quienes tenían acceso o controlaban las zonas de producción.

¿Qué factores determinaron el uso de las vías fluvial, terrestre o marítima hacia el sur? En primer lugar, en el caso de la ruta fluvial o terrestre, el grado de poder del Estado egipcio y las condiciones políticas de las zonas intermedias; en el caso de la ruta marítima, particularmente, las condiciones de la navegación, que limitaban el acceso según las estaciones.

La mención a comienzos del segundo milenio a.C., por primera vez en las fuentes egipcias, de una entidad geográfico-política en Alta Nubia llamada Kush, que correspondería al sitio de Kerma (Kerma Medio, 2050-1750) señala el creciente poder de las organizaciones políticas vinculadas al intercambio con las zonas del Sudán oriental (grupos del Gash Medio

¹⁰ La primera mención es la de la Piedra de Palermo (reinado de Sahure). Cf. Sethe, 1933, *Urk.* I, 246; Cf. también 120-131 (Autobiografía de Harkhuf), 131-135 (Inscripción of Pepinakht), 140-141 (Inscripción de Khnumhotep); Newberry, 1938, 182-183.

¹¹ Las diferentes opiniones sobre la ubicación de la región de Punt, mencionada en inscripciones del Reino Antiguo, Medio y Nuevo y la forma en la que se accedía a ella, han sido discutidas por K. Kitchen en un comentario al libro de R. Herzog (1971, 184-270) y en un capítulo del libro editado por Th. Shaw *et alii* (1993). La identificación de Punt por Kitchen como una región extensa que comprendía el Sudán oriental desde el Nilo Medio (4a-5a cataratas) a la costa del Mar Rojo al norte y sur de Puerto Sudan y Suakin, está basada principalmente en los datos provistos por los relieves e inscripciones de Deir el Bahari. El Mar Rojo era la vía tradicional, con punto de partida en Mersa Gawásis, la antigua Sawaw. Cf. Sayed, 1977, 138-178; Fattovich, 1993, 399-403.

¹² Con visires o altos funcionarios al mando y una fuerza numerosa: de 3000 hombres en la Inscripción de Henu (cf. Couyat y Montet, 1912-13, N° 114); en la inscripción de Intefoqer: 3200 milicianos, 500 tripulantes, 50 guardias reales, 5 escribas, 1 mayordomo (cf. Sayed, 1977, 169-173).

¹³ Véase nota 11.

¹⁴ Se han encontrado en Aqiq, en la costa sudanesa, a aproximadamente 150 km al sud de Puerto Sudan bloques de granito reusados, semejantes a los utilizados en monumentos egipcios. Podrían constituir una evidencia de la presencia egipcia en la costa, Fattovich, 1993, 399-403.

y Clásico, 2300-1700 a.C.)¹⁵. Por su parte, el Estado egipcio mantuvo el dominio de Baja Nubia y un acceso más cercano a los bienes del sur a través de intermediarios (Grupo C-Kerma). El uso de la vía marítima a Punt, particularmente durante el temprano Reino Medio, atestiguado por las inscripciones del Wadi Hammamat, señala las dificultades de la vía terrestre y el poder creciente de Kerma¹⁶.

El abandono de Baja Nubia por parte de Egipto, durante el segundo Período Intermedio, inició el período de apogeo de Kerma-Kush. El registro arqueológico de Kerma Clásico (1800-1500 a.C.) indica una organización de nivel estatal que mantuvo vínculos políticos y económicos con los gobernantes hicsos de Egipto. El final de la cultura de Kerma y del reino de Kush se produjo como consecuencia de la incorporación al Estado egipcio, por parte de los primeros reyes de la dinastía XVIII, del territorio de Alta Nubia hasta la cuarta catarata.

¿Cuál era entonces, a comienzos del siglo XV a.C., la situación en Alta Nubia, en el momento en el que se registró el texto clásico de una expedición a Punt por el Mar Rojo, en el templo tebano de Deir el Bahari?¹⁷ Allí se describen las condiciones del intercambio de las épocas previas, a través de intermediarios y mediante pagos (*db3w*), para contrastarlas con la apertura, ya iniciada, de los accesos internos —terrestres y fluviales— y el marítimo.

Tal como aparece descrito en los relieves de Deir el Bahari, el lugar de desembarco era un punto de confluencia de bienes de la región y de contacto con diferentes grupos. En su conjunto, las escenas parecen representar una síntesis de las condiciones del intercambio con el sur, más que ser la prueba de la penetración egipcia en Punt desde la costa hacia el interior¹⁸.

A cambio de los bienes entregados por los habitantes de Punt: mirra, piezas anulares de oro y ébano, los enviados de Egipto llevaron a los jefes “pan, cerveza, vino, carne y fruta”, de acuerdo a la inscripción que acompaña a una de las escenas. Sin embargo, en la representación del primer registro inferior, delante del mensajero egipcio y los soldados que lo es-

¹⁵ En los Textos de Execración: Sethe, 1926, 33, 38; Posener, 1940, 38, n. 4; 44, 48, 55.

¹⁶ Sobre el uso de la vía marítima durante la dinastía XI (Mentuhotep III), Couyat-Montet, 1912-13, N° 114, 81 y ss.; durante la dinastía XII (Sesostris I): estelas de Ankhw y de Intefoqer, Sayed, 1977, 150 y ss.; estela de Khentkhetwyer (Amenemhat II), Erman, 1882, 203-205.

¹⁷ Sethe, 1961, *Urk.* IV, 319-355; Naville, 1898.

¹⁸ 250 km según O'Connor (1989, 901).

coltan, aparecen objetos de metal entregados a los “jefes de Punt”: piezas anulares, otras de mayor tamaño (¿collares?) y armas (dagas y hachas); sobre estos están representadas ristras apiladas de cuentas de piedra tal como aparecen en proceso de producción por artesanos joyeros (o lapidarios) en escenas de las tumbas de Gurna¹⁹. Estos bienes del palacio traídos nominalmente “para Hathor, señora de Punt” eran, de hecho, los destinados a los jefes locales administradores del intercambio.

La llegada de los productos de Punt fue registrada como “tributo” y “presentes” y está mencionada en los Anales reales y en tumbas de funcionarios de la dinastía XVIII²⁰. Sin embargo, la gran empresa registrada en Deir el Bahari no fue seguramente la modalidad habitual del intercambio de los productos del sur. Escenas representadas en tumbas tebanas de la época muestran el transporte de bienes de intercambio por pobladores locales, en simples balsas similares a las conocidas para otras zonas productoras de incienso y mirra²¹. Su entrega a funcionarios egipcios tenía lugar en algún punto, posiblemente sobre las costas del Nilo como sostiene acertadamente L. Bradbury²².

El intercambio con las regiones al sur de Egipto continuó, aparentemente sin interrupción, durante la época ramésida pero las referencias textuales a él son escasas y convencionales²³. Por cierto, el dominio completo del Nilo en la Baja y Alta Nubia y la fundación de múltiples centros administra-

¹⁹ Wreszinski, 1988, Taf. 146, Sheik abd el Gurna N° 39. Tumba de Puyemra.

²⁰ Anales de Tuthmosis III: años 31, 33, 38, Sethe, 1961, *Urk.* IV, 695, 702, 720; TT 143: Porter y Moss, 1960, I, 1, 255; Sethe, 1961, *Urk.* IV (18), 1472-1473; tumba de Rekhmira: Sethe, 1961, *Urk.* IV, 1096; TT 100: Porter y Moss, 1960, I, 1, 207; TT 39: Porter y Moss, 1960, I, 1, 72; TT 89: Porter y Moss, 1960, I, 1, 182 (Amenofis III); Sethe, 1961, *Urk.* IV (22), 2127-2128 (Horemheb); Faulkner, 1955, 83-90; Sethe, 1961, *Urk.* IV (20), 1734-1736.

²¹ TT 143, época de Tuthmosis III-Amenofis II: Porter y Moss, 1960, I, 255 y TT 89 (Tuthmosis IV): Porter y Moss, 1960, I, 1, 182.

²² Bradbury, 1996, 37-60, quien sugiere que Karoy era el punto de intercambio; véase también Manzo, 1999, 32-33. Kitchen (1993, 599) cree que el contacto tenía lugar en las costas del Mar Rojo. En el siglo I d.C., el incienso de Hadramawt era llevado al puerto de Qani “como a un depósito por camellos, como también por balsas de un tipo local hechas de bolsas de cuero (cueros inflados?) y por botes”, cit. por R. Hoyland, *Kings, Kingdoms and Chronology*, en St. John Simpson, 2002, 71.

²³ Inscripciones en la sala hipóstila de Karnak (Seti I): Kitchen, 1969-87, 12-14. Existe una referencia a una expedición a Punt por el Mar Rojo en una inscripción enigmática corta de Ramsés II en el patio del templo de Aksha, al sud de la segunda catarata, Daneri Rodrigo, 1985, 68-71; otras referencias: Gardiner, 1905, 14-16; Kitchen, 1969-87, II, 11, 514, I, 15-16; Breasted, 1906-07, III, 527; Daressy, 1910, 62-69; Kitchen, 1969-87, II, 619, 13-14.

tivos, que sirvieron como puestos de control político y económico, debieron impulsar la circulación por las rutas terrestres internas y el aprovisionamiento en las zonas dominadas. Las grandes expediciones marítimas a Punt como la registrada en Deir el Bahari y la de Ramsés III²⁴, en el siglo XII a.C., fueron seguramente la excepción y no la regla durante el Reino Nuevo.

A fines del segundo milenio a.C. los cambios políticos producidos en el Cercano Oriente y las nuevas condiciones internas en Egipto, interrumpieron el contacto estatal directo por el Mar Rojo con Punt y modificaron las formas del intercambio características del Bronce Tardío. La mención de esta región desaparece de las inscripciones hasta la época helenística, salvo por referencias aisladas²⁵.

El primer milenio

El desarrollo político de las zonas productoras de incienso y mirra de la península arábiga, el uso de nuevas rutas y, eventualmente, el desplazamiento de los centros de control del comercio de los productos aromáticos a las ciudades y Estados de Siria-Palestina fueron las condiciones dominantes durante la mayor parte del primer milenio a.C.²⁶.

El fraccionamiento político del Estado egipcio durante los siglos X al VIII a.C. dificultó las relaciones con las regiones del sur, pero no cortó la llegada de bienes a Egipto, como lo prueban las ofrendas de incienso y mirra y de otros productos, de los reyes libios al templo de Karnak²⁷, en los siglos X y IX a.C. y los “regalos” remitidos a los reyes de Asiria en los

²⁴ Breasted, 1906-07, IV, 407.

²⁵ Estela del sueño de Tentamani, Breasted, 1906-07, IV, 922. Del período saíta, sólo se registran dos menciones indirectas a la región de Punt, en las estelas de Dafne y Shellal de Psammético II. Sobre la estela de Dafne: Petrie, 1888, pl. 42, 107; Posener, véase n. 30. Se la relaciona con la campaña de Psammético II contra el reino kushita de Napata. Sobre la estela de Shellal: der Manuelian, 1994, 339.

²⁶ Breton, 1998; St John Simpson (ed.), 2002. La primera mención de los cuatro reinos (Saba', Ma'in, Qatabân y Hadramawt) en fuentes literarias, en Teófrasto, 1916, IX, IV, 1-2; Plinio, 1960, XII, 32, 63-66.

²⁷ De Sheshonq I (945-924 a.C.) y sus sucesores hasta Takelot II (850-825 a.C.). En la Puerta Bubastita de Karnak se registran: “2 hekat de mirra seca, 50 heben de incienso fresco... 3 sacos (khar), 2 hekat de mirra seca de lo mejor de la tierra de Nubia (Nehes)”. También se ofrecen, junto con vino y otros productos naturales, “cantidades de mirra e incienso”. Cf. Caminos, 1958, 102, 125-126, 163.

siglos IX y VIII a.C.²⁸. Puede asumirse que las elites surgidas en Nubia con el final de la ocupación egipcia participaron y se beneficiaron del intercambio establecido con el norte, como lo demuestran los objetos preciosos y la cerámica importada de los ajuares de las tumbas de Dêbeira Este y Kurru. La dinastía de jefes establecida en Napata, con centros políticos que le permitieron el control de las rutas terrestres y por el río hasta la sexta catarata, llegó a fines del siglo VIII a.C., a extender un breve dominio sobre Egipto (716-656 a.C.) para replegarse finalmente a su zona de origen y afianzar su poder por varios siglos²⁹.

En adelante el acceso a los bienes del sur, particularmente los productos aromáticos, debió buscarse a través de contactos con la costa árabe del mar Rojo o con centros del corredor sirio-palestino a donde eran transportados por cuenta de los reinos árabes meridionales, o por vía de intercambio con el reino de Napata. El innovador proyecto saíta de construir un canal que diera acceso directo al mar, a partir de la rama pelusíaca del Nilo y a través del Wadi Tumilat hasta el Golfo de Suez, se completó sólo durante la época persa³⁰.

Desde el siglo V a.C. autores clásicos como Heródoto, Teofrasto, Plinio, Diodoro Sículo y Estrabón proveen abundante información sobre los reinos y pueblos de la península árabe y sus actividades relacionadas con la extracción y circulación del incienso y la mirra³¹. Especies y productos aromáticos eran transportados por vía marítima desde el Lejano Oriente a los puertos del sur de Arabia, desde donde se los distribuía³². La principal ruta terrestre empleada recorría la costa oeste de la península árabe y alcanzaba Gaza, donde se abrían ramales hacia Egipto y Siria.

Durante todo el siglo III a.C. el Egipto de los Tolomeos extendió su dominio al sur de Siria, Fenicia y Palestina y tuvo acceso a las terminales,

²⁸ De Osorkon IV a Sargón II y de Takelot II a Salmanasar III, cf. Kitchen, 1986, 326, 376; Grayson, 1994, 2, 89; Morkot, 1995, 175-189, 229-242; O'Connor, 1993, 68.

²⁹ Kendall, 1997, 158-228; Priese, 1997, 229-250.

³⁰ Herodote, II, 1948, 158; Posener, 1936, 180-189; 1938, 258-273; Lloyd, 1977, 142-155. El breve dominio por Egipto de la costa filistea durante el último cuarto del siglo séptimo a.C. puede haber permitido a la dinastía saíta, por un breve lapso, el control del tramo norte de la ruta árabe del incienso. Cf. Spalinger, 1977, 221-244.

³¹ De los siglos V a.C. a I d.C.: Herodote, III, 1939, 107-113; Theophrastus, 1916, 9, 4; Pliny, XII, 1960, 30, 32; 51-70; Diodorus, 1953, II, 48-49; III, 42, 5; 46, 1-3; Strabo, 1930, VII, libro XVI, 3,3; 4, 2; 4, 4.

³² Cf. Casson, 1984, 225-246; Strabo, 1930, XVI, 3,3; Préaux, 1939, 355, n. 1.

especialmente Gaza, de las rutas árabes, a través de las que llegaban especias, mirra e incienso. El archivo griego de Zenon, de mediados del siglo III a.C., contiene información sobre el comercio de productos aromáticos. Un "encargado del tráfico del incienso" tenía sede en Gaza³³. La región de Punt, vuelve a ser mencionada con frecuencia en los textos de los templos de la época helenística-romana (Edfu, Dendera, Kom Ombo, Filé). En las inscripciones de los "laboratorios", las salas sobre cuyas paredes se registraban las fórmulas de los ungüentos usados en el culto, Punt es "la tierra del dios", de donde procede la mirra y los dioses patronos del templo son los "Señores de Punt". En este contexto, en el laboratorio de Dendera, Hatmehit, la antigua diosa patrona de Mendes, un centro conocido por los autores clásicos por su producción de ungüentos y aceites aromáticos de alta calidad, es significativamente llamada "Señora de Punt, dueña de Punt, la que produce todo el kyfi, cuyo perfume se difunde a través de toda la tierra" y en el templo de Edfu aparece como dadora de fragancias y de ungüentos preciosos³⁴.



Durante el período faraónico el Estado egipcio fue el principal destino y distribuidor de materias primas y bienes —los productos aromáticos, entre otros— del sur africano. Su intercambio con el exterior de bienes de prestigio fue alimentado, en gran parte por el flujo de productos de esa procedencia. En las regiones de origen o en las que regularon la explotación de éstos, el intercambio estimuló el surgimiento de organizaciones políticas centralizadas, preestatales y estatales: desde los "jefes" locales (*hq3w, wrrw*), mencionados por los documentos egipcios en el tercer y segundo milenio a.C., a los gobernantes de Kerma, cuya existencia en el segundo milenio se conoce particularmente a través del registro arqueológico, a los reyes kushitas de la dinastía XXV y finalmente a los de Napata y de Meroe, cuyo reino se extendió hasta los primeros siglos de la era cristiana.



³³ Cf. Orrieux, 1983, 42 (PCZ 59009; PSI 628); Préaux, 1939, 363, n. 6.

³⁴ Cf. Chassinat, 1952, V, 1 (Texto); 1939, 12, 1,6 (Santuario A).

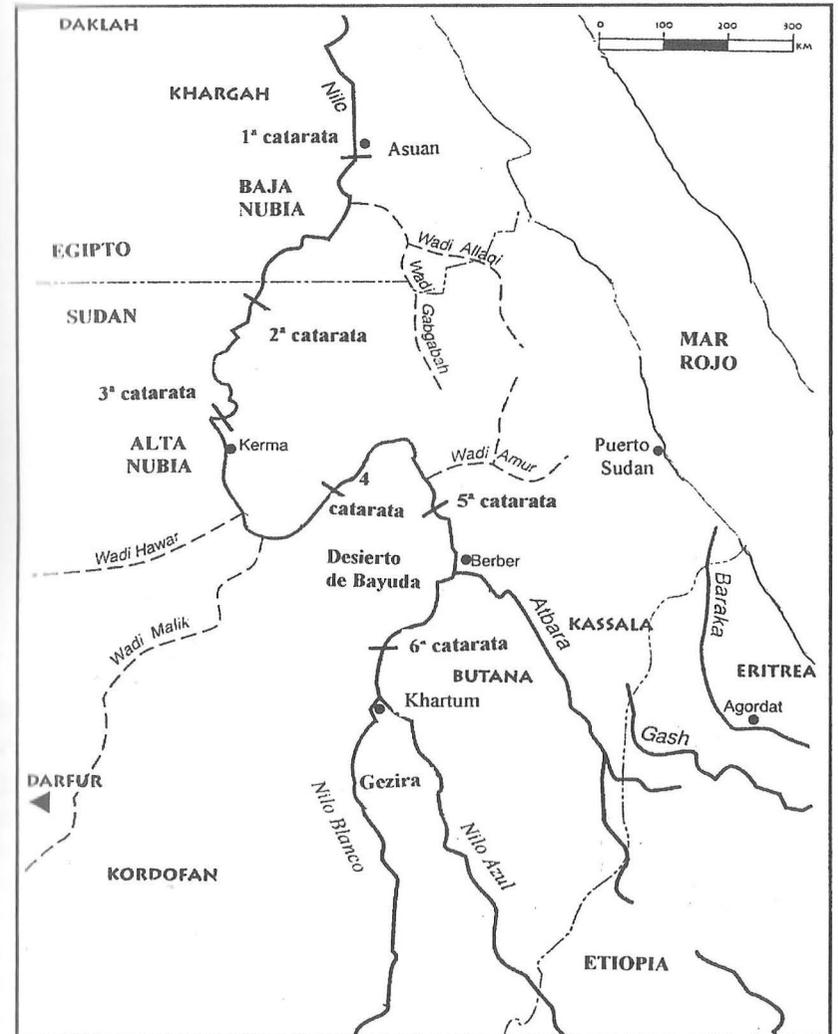
Bibliografía citada

- BONNET, Ch. A Group and pre-Kerma. En: Wildung (ed.), *op. cit.*, 1997a, pp. 37-47.
- BONNET, Ch. C Group. En: Wildung (ed.), *op. cit.*, 1997b, pp. 51-70.
- BONNET, Ch. The Kingdom of Kerma. En: Wildung (ed.), *op. cit.*, 1997c, pp. 89-116.
- BRADBURY, L. Kpn-boats, Punt Trade and a Lost Emporium. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 33, 1996, pp. 37-60.
- BREASTED, J.H. *Ancient Records of Egypt*, 5 vol., New York, Russell & Russell, 1962 [1906-1907].
- BRETON, J.F. *L'Arabie heureuse au temps de la reine de Sab'a* (VIIIe-Ier siècle av. J.C.), Paris, Hachette, 1998.
- CAMINOS, R. *The Chronicle of Prince Osorkon*, Roma, Pontificium Institutum Biblicum, 1958.
- CASSON, L. *Ancient Trade and Society*, Detroit, Wayne State University Press, 1984.
- CLAESSEN, H. J. M. Tribute and taxation or how to finance the early States and Empires. En: Briant, P. y Herrenschildt, C. (eds.), *Le Tribut dans l'Empire Perse*, Paris, Peeters, 1989, pp. 45-59.
- COUYAT, J. y MONTET, P. *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouadi Hammâmât*, 2 vol., MIFAO 34, Le Caire, IFAO, 1912-1913.
- CHASSINAT, E. *Le Mammisi d'Edfou*, Le Caire, IFAO, 1939.
- CHASSINAT, E. *Le temple de Dendara*, V. Texte. Le Caire, IFAO, 1952.
- DANERI RODRIGO, A. An enigmatic inscription at Aksha. En: *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, vol. 15, 2, 1985, pp. 68-71.
- DARESSY, G. Litanies d'Amon du temple de Louxor. En: *Recueil de Travaux*, vol. 32, 1910, pp. 62-69.
- DAYAGI-MENDELS, M. *Perfumes and Cosmetics in the Ancient World*, Jerusalem, The Israel Museum, 1989.
- DIODORUS OF SICILY *The Library*, vol. II, Cambridge-London, Loeb Classical Library, 1953.
- ERMAN, A. Stelen aus Wâdi Gasû bei Qosêr. En: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, vol. 20, 1882, pp. 203-205.
- FAULKNER, R. A possible royal visit to Punt. En: *Studi in memoria di I. Rosellini*, vol. II, Pisa, V. Lischi, 1955, pp. 83-90.
- FATTOVICH, R. Punt, The Archaeological perspective. En: *VI Congresso Internazionale di Egittologia, Atti*, vol. II, Torino, 1993, pp. 399-403.

- GARDINER, A. Hymns to Amon from a Leiden Papyrus, En: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, vol. 42, 1905, pp. 14-16.
- GRAYSON, K. Assyria: Ashur-dan to Ashur-Nirari V (934-745 B.C.). En: *Cambridge Ancient History*, vol. III, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 238-281.
- HILCK, W. *Urkunden der 18 Dynastie*, Heft 18, 20, 22, Berlin, Akademie Verlag, 1956-1958.
- HERODOTE. *Histoires*, Paris, Les Belles Lettres, vol. II, 1948; vol. III, 1939.
- KIBS, H. *Ancient Egypt. A cultural topography*, London, Faber and Faber, 1961.
- KINDALL, T. Kings of the Sacred Mountain: Napata and the Kushite Dynasty of Egypt. En: Wildung (ed.), *op. cit.*, 1997, pp. 158-228.
- KITCHEN, K., *Ramesside Inscriptions*, vol. I-VI, Oxford, B. H. Blackwell, 1969-1987.
- KITCHEN, K. Punt and How to get there. En: *Orientalia*, vol. 40, 1971, pp. 184-270.
- KITCHEN, K. *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 B.C)*, Warminster, Aris & Phillips, 1986.
- KITCHEN, K. The Land of Punt. En: Shaw, Th. et al. (eds.), *The Archaeology of Africa. Food, metals and towns*, New York, Routledge, 1993.
- LLOYD, A.B. Necho and the Red Sea: Some considerations. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 63, 1977, pp. 142-155.
- LUCAS, A. Cosmetics, perfumes and incense in Ancient Egypt. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 16, 1930, pp. 41-53.
- LUCAS, A. *Ancient Egyptian Materials and Industries*, 4th ed. revisada, London, Arnold, 1962.
- MANNICHE, L. *An Ancient Egyptian Herbal*, London, British Museum Press, 1993.
- MANNICHE, L. *Egyptian Luxuries. Fragrance, Aromatherapy and Cosmetics in Pharaonic Times*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1999.
- DER MANUELIAN, P., *Living in the Past. Studies in Archaism of the Egyptian 26th Dynasty*, London, Kegan Paul International, 1994.
- MANZO, A., *Échanges et contacts e long du Nil et de la Mer Rouge dans l'époque protohistorique (IIIe et Iie millenaires avant J.C.)*, BAR International Series vol. 782, Oxford, Archaeopress, 1999.
- MORKOT, R. The Economy of Nubia in the New Kingdom. En: *Cahiers de Recherches de l'Institut d'Égyptologie et Papyrologie de Lille*, vol. 17, 1995, pp. 175-189.
- MORKOT, R. The foundations of the Kushite State, *Cahiers de Recherches de l'Institut d'Égyptologie et Papyrologie de Lille*, vol. 17, 1995, pp. 229-242.

- NAVILE, E. *The temple of Deir el Bahari*, III, London, Egypt Exploration Fund, 1898.
- NEWBERRY, P. Three Old Kingdom travellers to Byblos and Pewenet. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 24, 1938, pp. 182-183.
- NICHOLSON, P. y SHAW, I., (eds.), *Ancient Egyptian Materials and Technology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- O'CONNOR, D. Egypt 1552- 664 B.C. En: Desmond Clark, J. (ed.), *The Cambridge History of Africa*, vol. I, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 840-940.
- O'CONNOR, D., *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Philadelphia, The University Museum, 1993.
- ORRIEUX, C. *Les Papyrus de Zenon*, Paris, Macula, 1983.
- PETRIE, W.M.F. *Tanis II. Nebesheh and Defenneh (Taphanes)*, London, Trübner, 1888.
- PLINY *Natural History*, IV, Cambridge-London, Loeb Classical Library, 1960.
- PORTER, B. y MOSS, R. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings*, vol. I, 2da ed., Oxford, Clarendon Press, 1960.
- POSENER, G. *La Première Domination Perse en Égypte*, Le Caire, IFAO, 1936.
- POSENER, G. Le Canal du Nil a la Mer Rouge. En: *Chronique d'Égypte*, vol. 26, 1938, pp. 258-273.
- POSENER, G. *Princes et Pays d'Asie et de Nubie*, Bruxelles, Fondation Egyptologique Reine Élisabeth, 1940.
- PRÉAUX, C. *L'Économie Royale des Lagides*, Bruxelles, Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, 1939.
- PRIESE, K. H. The Kingdom of Napata and Meroe. En: Wildung (ed.), *op. cit.*, 1997, pp. 229-250.
- SAYED, A.M.A.H. Discovery of the site of the 12th dynasty port at Wadi Gawasis on the Red Sea shore. En: *Revue d'Égyptologie*, vol. 29, 1977, pp. 138-178.
- SETHE, K. *Die Achtung Feindlicher Fürsten. Völker und Dinge auf Altägyptischen Tongefässcherfen des Mittleren Reiches*, Berlin, Akademie der Wissenschaften, 1926.
- SETHE, K. *Urkunden des Alten Reiches*, vol. I, Leipzig, J.C. Hinrichs, 1933.
- SETHE, K. *Urkunden der 18 Dynastie*, vol. II-IV, Berlin, Akademie Verlag, 1961.
- SPALINGER, A. Egypt and Babylonia: A Survey (c. 620 B.C.-550 B.C.). En: *Studien zur altägyptischen Kultur*, vol. 5, 1977, pp. 221-244.
- ST. JOHN SIMPSON (ed.), *Queen of Sheba. Treasures from Ancient Yemen*, London, The British Museum Press, 2002.
- STRABO *The Geography*, vol. VII, Cambridge-London, Loeb Classical Library, 1930.
- THIOPHRASTUS *Enquiry into plants*, Cambridge-London, Loeb Classical Library, 2 vol., 1916.
- WILDUNG, D. (ed), *Sudan. Ancient Kingdoms of the Nile*, Paris-New York, Flammarion, 1997.
- WINAND, J. y MALAISE, M. *Les Parfums en Égypte*. En: *L'Art du Parfum*, Paris, Le Temps Apprivoisé, 1993.
- WRISZINSKI, W. *Atlas zur Altägyptischen Kulturgeschichte*, Zweiter Teil, Paris, Slatkine Reprints, 1988.

Mapa I



Modificado de O'Connor, 1993, X.

**Sobre bienes de prestigio, orden y caos.
El Estado egipcio y sus periferias
durante el período Dinástico Temprano
(ca. 3000-2700 a.C.)**

MARCELO CAMPAGNO

Abstract: On Prestige Goods, Order and Chaos. The Egyptian State and its Peripheries during the Early Dynastic Period (ca. 3000-2700 b.C.)

Throughout the Early Dynastic Period, the Egyptian State consolidates a double way of relationship with peripheral regions. On the one hand, such regions will be treated as providers of goods required by the State elite and not available in the area under its direct dominion, a policy which prolongs a perception of peripheries that goes back to pre-State times. On the other hand, in coincidence with the stabilization of the idea of Egypt as a dual unity integrated by the Nile's valley and the delta, peripheries will be conceived as essentially negative realms, outside the cosmos guaranteed by the king and, therefore, potentially hostile to the Egyptian order, all of which justified the military and ritual attacks on them.

En un trabajo anterior¹, consideramos la índole de los vínculos entablados por Egipto con las principales regiones contiguas —vale decir, Palestina y Nubia— en las postrimerías del IV milenio a.C., el crucial período en el que surge el Estado en el valle del Nilo. En efecto, a lo largo de los cuatro siglos en los que se suceden la aparición de los primeros núcleos proto-estatales en el Alto Egipto, su posterior fusión y la expansión de la práctica estatal hasta Elefantina y el mar Mediterráneo, las regiones periféricas habían sentido la creciente influencia egipcia. En el sur de Palestina, la presencia egipcia se advierte, inicialmente, a partir de los testimonios de cerámica nilótica —y de las imitaciones locales de ésta— y, posteriormente, en función de la existencia de tumbas y estructuras de asentamiento de tipo egipcio, así como de indicios de prácticas administrativas egipcias y de los testimonios de los *serejs* de los últimos

¹ Cf. Campagno, 2001, 33-57. Las ideas expresadas en el presente artículo retoman la problemática planteada en Campagno, 2002.

monarcas de la Dinastía 0. De modo paralelo, en Nubia, también se registra primero una importante cantidad de cerámica egipcia que deja paso, hacia fines de la Dinastía 0, a otros testimonios de tipo iconográfico, que permiten suponer la existencia de un período signado por una mayor agresividad egipcia, en probable conexión con la aparición de un proto-Estado local, centrado en Qustul.

Si existe un común denominador en los modos en que el mundo egipcio influye en Palestina y en Nubia durante esa época, indudablemente debe conectarse con la cuestión de la obtención de bienes de prestigio. La búsqueda de tales bienes, de hecho, debió tener un papel clave tanto en los inicios de los conflictos entre las sociedades de jefatura altoegipcias como en la posterior expansión de la práctica estatal hacia el norte y hacia el sur. En efecto, por un lado, las élites de las sociedades no-estatales hacen del *consumo ostentoso* de bienes exóticos uno de los modos centrales para remarcar la diferencia que los distingue del resto de los integrantes de su sociedad. Por otro, las élites estatales, distinguidas decisivamente del resto de la sociedad por hallarse provistas del monopolio de la coerción, no renuncian a tales bienes sino que multiplican su demanda. En tales condiciones, la madera de cedro, el cobre, el aceite de oliva o el vino que podían llegar desde o a través de Palestina, y el marfil, el incienso, el ébano o la pieles que podían venir a través de Nubia constituían un tipo de bienes que debieron concitar un importante aprecio por parte de tales élites egipcias.

Ciertamente, el impulso expansivo que la práctica estatal conoció en el valle del Nilo en los últimos siglos del IV milenio a.C. no continuaría en el comienzo del siguiente milenio. Es probable que —más allá de dificultades logísticas— el estancamiento de tal expansión pueda relacionarse con la relativa homogeneidad sociocultural alcanzada por la región que se extiende entre Elefantina y el mar Mediterráneo con anterioridad a la expansión política de la práctica estatal surgida en el sur. En el trabajo mencionado, hemos sugerido que esa relativa homogeneidad pudo ser interpretada, en los tiempos de la expansión, como el ámbito “natural” pasible de ser integrado bajo la órbita estatal y que, correlativamente, los espacios situados más allá de ese ámbito podrían haber sido vistos como ámbitos *cósmicamente marginales*, esto es, carentes del mismo status simbólico que en la época comenzarían a tener esas dos mitades —el Alto y el Bajo Egipto— unidas en la persona del rey-dios.

Ahora bien, el hecho de que las regiones allende el Alto y el Bajo Egipto pudieran haber sido consideradas cósmicamente marginales no

implicaba en absoluto que esas regiones dejaran de tener interés para el Estado egipcio. Antes bien, durante los primeros siglos del III milenio a.C., es decir, durante el período Dinástico Temprano (3000-2700 a.C.), todas las regiones periféricas a Egipto irían cobrando un sentido específico, largamente mantenido en los siglos venideros. En efecto, a lo largo del período, y de modo paralelo a la consolidación de la dominación estatal en la región propiamente egipcia, se daría también la consolidación de unos modos bien definidos de intervención en las regiones exteriores.

¿A partir de qué mecanismos la práctica estatal egipcia dejaría sentir allí sus efectos? Todo parece indicar que el carácter de la intervención egipcia en sus periferias tendría dos facetas, asociadas, respectivamente, a la continuada obtención de bienes y a la guerra. Por cierto, como habrá ocasión de advertir, no se trata de expedientes totalmente excluyentes. Sin embargo, es posible abordarlos analíticamente por separado. En lo que sigue, nos interesa considerar esos expedientes a partir de los que el Estado egipcio consolidó, durante el período Dinástico Temprano, unas formas de relacionarse con ese mundo de la *alteridad*, extendido por todas aquellas regiones concebidas básicamente como espacios no-egipcios.

Las periferias como proveedoras

Una de las formas que adoptó la relación entre el Estado egipcio del período Dinástico Temprano y las regiones situadas por fuera del área bajo su control directo parece haber sido principalmente pacífica y orientada a la obtención de bienes demandados por la élite estatal del valle del Nilo. Ciertamente, tal demanda había sido definida en el período previo: se trataba, básicamente, de materias primas ausentes en el valle del Nilo o de bienes terminados, cuya rareza en Egipto los investía como bienes de prestigio. Ahora bien, ¿cuáles serían los modos de obtener tales bienes? En este sentido, parecen destacarse dos modalidades básicas: por una parte, el Estado egipcio continuaría la política de intercambios del período previo, aunque a partir de diversos expedientes, en función de la región y la época; por otra parte, determinadas materias primas pueden haber comenzado a ser obtenidas por el Estado a partir de actividades de extracción directa. Consideremos la cuestión con mayor detenimiento.

Hacia el este y el oeste del valle del Nilo, las vastas extensiones desérticas eran visitadas por el Estado del período Dinástico Temprano en

busca de una variedad de materias primas minerales, tanto como en función de las rutas de intercambio que conectaban el valle con el mar Rojo o los oasis. Ciertamente, los desiertos parecen haber cobrado, desde temprano, un marcado interés para el Estado egipcio. De hecho, existe alguna evidencia acerca del despliegue de ciertas prácticas de control administrativo sobre las regiones desérticas: Merka, funcionario durante el reinado de Qaa (Dinastía I), detenta los títulos de *‘d-mr zmit* (“administrador del desierto”) y de *hry zmit* (“controlador del desierto”) que posiblemente hayan implicado, respectivamente, una función civil y otra militar². En todo caso, ¿qué bienes procedían hacia Egipto desde los desiertos?

En particular, existe buena evidencia acerca de la frecuente presencia del Estado egipcio en diversas áreas del desierto oriental. En efecto, en diversos wadis se han hallado inscripciones con los *serejs* —es decir, los símbolos de los reyes— de Nármer y de Uadyi (Dinastía I) así como de Raneb y de Ninecher (Dinastía II). En cuanto a los propósitos de las expediciones estatales en el desierto oriental, sobresale la búsqueda de diversos minerales. El área del wadi Hammamat era particularmente importante por la existencia de esquisto, utilizado para la elaboración de paletas conmemorativas y de uso cosmético; por otra parte, es posible que, ya durante el período Dinástico Temprano, se explotaran los yacimientos de alabastro de Hatnub y de pedernal de Nazlet Awlad es-Sheik, así como las canteras de rocas volcánicas en Dyebel Manzal el-Seyl. En cuanto a los metales, las principales actividades documentadas se relacionan con la extracción del cobre, básicamente en el área de los wadis el-Urf, Um Balad y Dara, en donde se ha hallado evidencia de los campamentos de los mineros. En cuanto al oro, se ha señalado la existencia de al menos cinco sitios de extracción en el desierto oriental, datables entre finales del período Predinástico y durante el período Dinástico Temprano. Más allá de la busca de minerales, el área del wadi Hammamat constituía también el camino más directo que conectaba el valle del Nilo con el mar Rojo: de allí procedían los caparazones de moluscos utilizados como bienes de prestigio por la élite egipcia. Por lo demás, a través del mar Rojo y el wadi Hammamat podrían haber accedido a Egipto otros materiales, por la vía de los intercambios: es posible que, al menos, parte de

² Cf. Emery, 1958, 39; Wilkinson, 1999, 143.

la obsidiana disponible en el Nilo haya llegado por esa vía, procedente de Arabia o Eritrea³.

En relación con el desierto occidental, la evidencia sobre presencia egipcia es comparativamente inferior, si bien se han producido importantes hallazgos en tiempos recientes. En las cercanías desérticas de Armant, el sitio 34 presenta inscripciones con tres *serejs*, uno de los cuales corresponde al rey Raneb, en tanto que los otros dos remiten a un monarca desconocido, probablemente de tiempos de la Dinastía 0⁴. Los caminos que se extienden al oeste de la posterior Tebas, conectando el valle del Nilo con el oasis de Jarga y con Nubia, eran conocidos desde el período Predinástico: de hecho, se ha localizado un altar de piedra probablemente vinculado con el rey Ka/Sején (fines de la Dinastía 0) en el área del Darb Rayayna, así como un conjunto de inscripciones correspondientes a los períodos protodinástico y Dinástico Temprano en las cercanías del camino de Amat Tal (wadi Maqar). La existencia de contactos entre el valle del Nilo y Jarga entre los períodos Predinástico y Dinástico Temprano se infiere de la aparición de cerámica de ambas áreas en las rutas que conectaban una con otra. En el oasis de Dajla, por su parte, las relaciones con el valle del Nilo durante el período Dinástico Temprano podrían inferirse de la limitada presencia de cerámica similar a la elaborada en el Nilo durante la misma época⁵. En todo caso, es probable que la escasez relativa de las materias primas requeridas por la élite egipcia haya incidido en el interés relativamente menor que Egipto parece haber tenido por este desierto respecto del manifestado en relación con el desierto oriental⁶.

³ Cf., en general, Wilkinson, 1999, 169-173. Acerca de los *serejs* en el desierto oriental: cf. Winkler, 1938, pl. XI; Vercoutter, 1994, 409; rocas volcánicas: cf. Harrell, 2002, 232; yacimientos de cobre: cf. Abdel Tawab et al., 1990, 363; Castel et al., 1998, 57-87; yacimientos de oro: cf. Klemm, Klemm y Murr, 2002, 216; obtención de obsidiana, cf. Zarins, 1989, 361-368; Bavay et al., 2000, 5-20.

⁴ Acerca de los *serejs* en el desierto occidental, cf. Winkler, 1938, pl. XI, Emery, 1961, 93.

⁵ Acerca de la presencia egipcia en Darb Rayayna y en Amat Tal: cf. Darnell y Darnell, 1997; 2000; J. Darnell, 2002, 143; relaciones con el oasis de Jarga: cf. D. Darnell, 2002, 166; relaciones con el oasis de Dajla: Wilkinson, 1999, 175; Hope, 2002, 51.

⁶ En todo caso, no se trata de una escasez absoluta: de acuerdo con Harrell (2002, 234, 236-237), las canteras de alabastro de Umm el-Sawan (al norte del Fayum) y de gneis de Dyebel el-Asr, al oeste del actual lago Nasser, podrían haber estado en uso desde la época de la Dinastía I.

Por lo demás, en cuanto al área noroeste del valle del Nilo —la región de Libia—, las evidencias son también muy escasas. La paleta de las Ciudades, que incluye el jeroglífico *Thnw*, con el que se identifica Libia y que probablemente se remonta a la última fase de la Dinastía 0, parece destacar el ganado (bueyes, asnos, ovejas) y los árboles de olivo como los productos más importantes de la región, los cuales, de acuerdo con la información que proporciona la paleta, podrían haber sido enviados hacia Egipto⁷. De hecho, ciertas improntas de sellos sobre jarras de la época identifican sus contenidos como aceite de Chehenu, que probablemente sería aceite de oliva. Por su parte, una tablilla de marfil del rey Den (Dinastía I) también parece hacer mención de un tipo de aceite proveniente de Chehenu. Más allá de estas noticias, sin embargo, los testimonios del período Dinástico Temprano son sumamente parcos a la hora de inferir la búsqueda de bienes, por parte del Estado egipcio, en la región al occidente del delta del Nilo⁸.

Ahora bien, más allá de los desiertos, durante el período Dinástico Temprano, las dos principales áreas periféricas con las que el Estado egipcio mantendría un contacto directo para la obtención de materias primas y objetos de prestigio seguirían siendo las de Palestina y Nubia. En particular, a comienzos del período, sobresale la interacción entre egipcios y cananeos en una serie de asentamientos de Palestina, ya tangible en la fase previa. En efecto, junto a la expansión del área en la que se documenta cerámica egipcia o local de estilo egipcio —que se extiende hasta sitios tan al norte como Meguido, Bet Yerah y Tel Abu al-Jaraz—, el final de la Dinastía 0 y el comienzo de la Dinastía I constituyen una época de notoria presencia estatal egipcia en Palestina, a partir de la existencia de estructuras de asentamiento y enterramientos de tipo egipcio, así como de

⁷ Cf. Edwards, 1971, 47; Schulman, 1991/92, 85-87; Wilkinson, 1999, 162. No parece posible determinar cuál sería exactamente la región denominada *Thnw* durante esta época. Se ha sugerido que podría tratarse del flanco noroccidental del delta (Schulman, 1991/92, 87, 93; Redford, 1992, 26), probablemente considerado como una región "exterior" respecto de los espacios reconocidos como genuinamente egipcios durante las Dinastías 0-II. Cf. también Figs. 1 y 2.

⁸ Acerca de las improntas de sellos, cf. Edwards, 1971, 47. Acerca del aceite de Chehenu mencionado en la tablilla de Den, cf. Godron, 1990, 74-75, 194. Vikentiev (1959, 1-30) ha sugerido que uno de los productos mencionados en dos tablillas de marfil correspondientes al rey Uadyi podría ser reconocido como una goma resinosa de efectos estimulantes procedente de Libia, la cual "se puede interpretar como un producto libio por excelencia" (p. 29).

cerámica con los *serejs* de los monarcas, cilindros-sellos e improntas de sellos egipcios sobre materiales de procedencia local. En relación con los *serejs*, que sin duda constituyen el testimonio más fehaciente de la actividad estatal en la región, los de Ka y Nármer —documentados en Arad, Tel Erani, Tel Malha'a, Tel Halif, Tel es-Sakan y Lod— son, hasta el momento, los que aparecen en mayor cantidad de sitios, indicando —tal vez— el momento de mayor intensidad de la presencia estatal en Palestina. Con posterioridad, sin embargo, el sitio de Ain Besor presenta evidencia de *serejs* de los reyes Uadyi, Den, Adyib y, probablemente, Semerjet, lo cual, sumado a la estructura residencial y a la gran cantidad de cerámica con improntas de sellos de tipo egipcio, indica que la presencia estatal en el área fue activa durante la mayor parte de la Dinastía I⁹.

De tal modo, la presencia continua del Estado faraónico en Palestina durante la Dinastía I implica la importancia que la élite egipcia atribuía a los bienes procedentes del exterior así como la participación directa del Estado en las prácticas de intercambio. De hecho, desde el reinado de Aha hasta el de Qaa, las tumbas de los reyes y de la élite egipcia presentan una gran cantidad de cerámica siriopalestinese, que alcanza su mayor expresión numérica durante el reinado de Den¹⁰. Entre los contenidos más probables de los recipientes, sin duda debieron contarse el aceite de oliva, el vino y las sustancias aromáticas, que procedían desde Palestina hacia Egipto desde la época anterior y que eran demandados para efectuar unas prácticas de consumo que enfatizaban la diferencia social existente entre la élite y el resto de la sociedad. Pero, además, los centros palestinos parecen haber sido claves en la obtención e intermediación hacia el valle del Nilo del cobre procedente de las minas de la península del Sinaí. En efecto, las actividades de extracción directa en esa región por parte de los egipcios sólo parecen haber comenzado en tiempos de la Dinastía III: con anterioridad, la existencia de sitios cercanos a las minas con

⁹ Acerca de la presencia egipcia en el norte del Sinaí y Palestina durante el período Dinástico Temprano, cf. Schulman, 1976, 16-26; Ben-Tor, 1985, 449-452; 1991, 6-8; Brandl, 1989, 368-379; 1992, 441-477; Oren, 1989, 402-404; Gophna, 1990, 1-9; Ward, 1991, 17-18; Redford, 1992, 33-36; Andelkovic, 1995, 73-74; Levy et. al., 1997, 1-51; Levy y van den Brink, 2002, 20-21, 26-29; Miroschedji y Sadek, 2000, 129-138; Braun, 2002, 174-180; Fischer, 2002, 325-331; Greenberg y Eisenberg, 2002, 214-221; Ilan, 2002, 317-319; Miroschedji, 2002, 44-47; van den Brink y Braun, 2002, 167-192. Hacerca de los *serejs*, cf. también Figs. 3, 4 y 5.

¹⁰ Para la época de Den se han documentado 76 vasos completos de origen siriopalestinese, así como innumerables fragmentos. Cf. Nakano, 1998, 20-21; Wilkinson, 1999, 77.

cultura material propia de la Palestina contemporánea permite pensar que el cobre sería extraído por cananeos conectados con los núcleos del sur de Palestina —en especial, el de Arad— y que los egipcios accederían al metal a través de las rutas de intercambio que los vinculaban a tales núcleos¹¹.

Por otra parte, más allá de Palestina, esas rutas de intercambio debían ser también importantes para la llegada a Egipto —a través de diversas intermediaciones— de otros bienes procedentes de otras regiones asiáticas: entre tales bienes, cabe destacar el lapislázuli (cuya única fuente conocida se halla en Afganistán), documentado en el Nilo en tiempos de los reyes Nármer y Uadyi; la obsidiana, una de cuyas fuentes se halla en Anatolia, que está presente en Egipto durante los reinados de Nármer, Aha, Dyer y Adyib; y la madera (tanto de cedro como de otras especies de los bosques sirio-libaneses), requerida tanto para la edificación de grandes construcciones (por ejemplo, techos y pisos de las tumbas reales) como para la elaboración de pequeños objetos (como cilindros-sellos)¹². De esta manera, entonces, en tiempos de las Dinastías 0 y I, el interés egipcio por los productos asiáticos parece haber determinado la existencia de sitios en Palestina ligados directamente al Estado egipcio, para el abastecimiento y el control de los intercambios, los cuales —si bien no parecen haber implicado un control territorial directo por parte de Egipto— testimonian una activa modalidad de presencia estatal más allá del valle del Nilo.

Comoquiera que haya sido, esa profusa actividad egipcia en Palestina parece reconfigurarse durante los reinados de los monarcas de la Di-

¹¹ Cabe destacar que el cobre aparece en grandes cantidades en algunos contextos de la élite egipcia del período Dinástico Temprano. Una de las tumbas de Saqqara, relacionable con el rey Dyer, presenta más de 700 objetos de ese metal, incluidos 75 lingotes. Al respecto, cf. Marfoe, 1987, 26; Wilkinson, 1999, 158. Respecto del acceso al cobre sinaítico a través de los centros del sur de Palestina, cf. Ben-Tor, 1985, 450-451; Nakano, 1998, 29; Gophna y Milevski, 2003, 222-231.

¹² En cuanto a la obsidiana, se ha señalado que las fuentes más probables serían las de Eritrea y Arabia (cf. Zarins, 1989, 365-368). Sin embargo, algunos hallazgos de obsidiana en el delta (Tel el-Iswid) parecen relacionarse con el mineral procedente de las montañas del Taurus, en Anatolia oriental. En relación con la obsidiana y el lapislázuli, cf. Moorey, 1987, 37-39; Wilkinson, 1999, 163-165; Bavay *et al.*, 2000, 19; Hendrickx y Bavay, 2002, 60-66. En relación con los cilindros-sellos de madera procedente del área libanesa, Lipshchitz, Bonani y van den Brink, 1997, 33-41.

naestía II, cuando la evidencia de contactos entre tal región y el valle del Nilo decae sensiblemente. Ciertamente, no se trata de una suspensión total de los contactos. En el cementerio de Heluán, se ha reportado la existencia de un vaso de procedencia palestinense en un contexto de la Dinastía II, y en Ai (en el sur de Palestina) se ha indicado la presencia de una serie de objetos egipcios y “egipcianizados” en un contexto de la misma época. Sin embargo, el monto de evidencia es flagrantemente menor que el disponible para tiempos de la Dinastía I¹³. Por otra parte, no sólo desaparecen los testimonios de presencia directa de egipcios en Palestina sino que, además, sitios de intermediación en el noreste del delta como Minshat Abu Omar y Kafr Hassan Daud y otros asentamientos a lo largo del Sinaí terminan siendo abandonados o se reducen considerablemente¹⁴.

¿Qué pudo haber sucedido? La disminución de los contactos directos con Palestina ha sido puesta en correlación con la aparición en Biblos de un vaso de piedra de origen egipcio, con el nombre del último rey de la Dinastía II, Jasejemuy. El fortalecimiento de los vínculos con Biblos podría haber sido efecto de un contacto directo entre aquel puerto sirio y el delta del Nilo por vía marítima¹⁵. De hecho, las posibilidades de acceder de modo directo al cedro de los bosques sirio-libaneses y de navegar en las cercanías de las costas del mar Mediterráneo podrían haberse potenciado mutuamente, habida cuenta del hecho de que la madera de cedro habría sido necesaria para la construcción de embarcaciones capaces de navegar por mar abierto. Si tal fuera el caso, y considerando que la mayor parte de los productos que provenían de Palestina podían ser obtenidos también en Siria, los contactos directos entre Egipto y Biblos habrían redundado en un menor interés del Estado egipcio por sus vínculos con los centros de Palestina. Cuando, a partir de la Dinastía III, las minas de cobre del Sinaí comenzaron a ser explotadas directamente por Egipto, Palestina se habría transformado en una periferia mucho menos atractiva a los ojos de los egipcios que Biblos o que la sureña Nubia.

Precisamente, la otra gran periferia que proveía a la élite estatal egipcia con las materias primas para la elaboración de bienes de prestigio se

¹³ Cf. Marfoe, 1987, 26; Valbelle, 1990, 56; Ben-Tor, 1991, 4-5.

¹⁴ Cf. Wildung, 1984, 265-269; Kroeper, 1992, 140; Hassan, 2000, 37-39.

¹⁵ Cf. Marfoe, 1987, 26-27; Ward, 1991, 14; Brandl, 1992, 448; Redford, 1992, 37; Wilkinson, 1999, 160-162; Marcus, 2002, 407; Miroshedji, 2002, 45.

hallaba al sur de la primera catarata del Nilo, en Nubia. En efecto, Nubia constituía una zona de intermediación obligada para la remisión hacia Egipto de una serie de bienes procedentes del África subsahariana, tales como el marfil, el ébano, el incienso o las pieles de leopardo. En cuanto a la extracción de minerales, se ha sugerido que un posible agotamiento de los yacimientos auríferos del desierto oriental adyacente al Alto Egipto a fines del período Predinástico podría ser puesto en correlación con la temprana presencia del Estado egipcio en Nubia; de hecho, en tiempos posteriores, la obtención del oro nubio indudablemente constituía el objetivo principal de las actividades egipcias en la región¹⁶.

Pero, además, la posible fundación del asentamiento de Buhen, en torno de la segunda catarata del Nilo, en tiempos de la Dinastía II, podría relacionarse con la posibilidad de extraer cobre en las cercanías¹⁷. La posición de Buhen resulta muy significativa pues, más allá de la utilidad del asentamiento para fines militares —como se advertiría en épocas posteriores—, su situación parece comparable con la de Elefantina en tiempos previos a la unificación del Alto Egipto e, incluso, con la de Minshat Abu Omar en el noreste del delta del Nilo o los asentamientos con fuerte presencia egipcia en Palestina: ciertamente, la creación de avanzadas egipcias ligadas al núcleo estatal pero fuera del área en la que éste detenía un control directo parece haber sido una práctica considerablemente extendida para la canalización hacia Egipto de los bienes obtenidos en las periferias. Por lo demás, la existencia de dos enterramientos de las Dinastías II o III en los cementerios de Heluán y de Shellal (al sur de Elefantina), cuyos ajuares funerarios presentan objetos relacionables con la cultura contemporánea de la Alta Nubia, ha sido vinculada con la probable presencia de mercaderes de aquella región en Egipto¹⁸: más allá de la identidad de los difuntos, tal evidencia sería indicativa, al menos, del mantenimiento de contactos entre Egipto y las regiones allende la Baja Nubia, durante el período Dinástico Temprano.

¹⁶ Acerca de los bienes obtenidos a través de Nubia, cf. Trigger, 1965, 71; 1976, 38-39; Nordström, 1972, 25; Adams, 1977, 136-137; Shinnie, 1996, 51. Acerca de la probable obtención de oro, cf. Smith, 1991, 108; Wilkinson, 1999, 176. La explotación de las canteras de diorita situadas al noroeste de Toshka también podría haber estado entre los tempranos objetivos del Estado egipcio en materia de extracción de minerales en la Baja Nubia (cf. Wilkinson, 1999, 177).

¹⁷ Cf. Trigger, 1965, 71, 79; 1976, 46; Adams, 1977, 170; Valbelle, 1990, 55, 61.

¹⁸ Cf. Fischer, 1963, 34-39; Wilkinson, 1999, 181-182.

Las periferias como ámbito del caos

Ahora bien, si los objetivos del Estado egipcio en materia de obtención de materias primas y objetos de prestigio lo habían conducido a penetrar —en diverso grado— todas sus áreas periféricas, sus efectos en esas regiones no se limitarían únicamente al establecimiento de asentamientos para la administración de los intercambios o campamentos para la extracción de minerales. En efecto, el Estado del período Dinástico Temprano también procedería allí a través del uso directo de la fuerza, en una pluralidad de campañas militares dirigidas contra sus diversos vecinos. Ciertamente, la evidencia es fragmentaria e involucra todo un conjunto de dificultades a la hora de establecer la identidad de las víctimas de la violencia estatal y de decidir si los testimonios existentes conmemoran actividades punitivas reales o remiten al horizonte de las representaciones ideales que el Estado egipcio podía trazar acerca de las sociedades periféricas. Aun con estas limitaciones, es posible considerar algunos elementos de la relación entre el Egipto del período Dinástico Temprano y sus periferias en los que el común denominador es el ejercicio estatal de la violencia. Veamos las cosas con mayor detalle.

A lo largo de la época faraónica, el Estado egipcio enfatizó —a través de relatos y representaciones iconográficas— las diferencias existentes entre los propios egipcios y los habitantes de los territorios periféricos. Entre estos últimos, los más frecuentemente mencionados son los vecinos libios, asiáticos (cananeos) y nubios, que son corrientemente asociados a las fuerzas exteriores hostiles a Egipto, englobadas bajo el concepto de "Nueve Arcos"¹⁹. Pues bien, durante el período Dinástico Temprano, esos tres grupos periféricos son mencionados a propósito de las actividades militares llevadas a cabo por el Estado egipcio.

En relación con los libios (*chehenu*), la evidencia se limita al reinado de Nármer. Se trata de dos representaciones (en un cilindro-sello hallado en Hieracópolis y en una tablilla recientemente descubierta en Abidos) en las que el rey, bajo la apariencia del pez *nar* que compone su nombre, se halla a punto de ejecutar a prisioneros referidos como *chehe-*

¹⁹ Al respecto, cf. Valbelle, 1990, 43-51.

²⁰ Cf. Dreyer et al., 1998, 138-139; Dreyer, 2000, 6-7. Schulman (1989, 439) considera que el enemigo vencido que es representado en la paleta de Nármer también puede ser identificado como libio. Cf. también Figs. 6 y 7.

nu²⁰. En el mismo sentido, una paleta representa el mismo tipo de escena, en la que el rey Dyer golpea a un cautivo con una pluma en su calcaza, característica del tocado libio. La política agresiva respecto de los vecinos libios parece continuar la del período inmediatamente precedente, si nos atenemos a la información proporcionada por la paleta de las Ciudades: allí, en el reverso de la ya considerada representación de una serie de productos libios posiblemente entregados al Estado egipcio aparece la imagen de un conjunto de probables fortalezas sobre las que se posan posibles divinidades egipcias provistas de una suerte de azada, en lo que se ha interpretado como una acción de destrucción de los muros. Ciertamente, la información de esta paleta es sumamente críptica sobre la situación geográfica exacta de estos tempranos *chehenu* no puede ser determinada con seguridad. Sin embargo, la sola mención de tales *chehenu* en testimonios del inicio de la Dinastía I y en contextos ligados a la violencia militar ejercida por el Estado egipcio, resulta significativa: en efecto, desde los comienzos del control estatal sobre el delta del Nilo, los vecinos libios parecen haber sido significados básicamente como poblaciones *no-egipcias*, exteriores al orden cósmico sustentado por los faraones y, por ello, potencialmente hostiles y sujetas a la represión por parte del Estado egipcio²¹.

Si bien no exentas de controversias, las menciones de asiáticos entre los vecinos enemigos del Estado egipcio durante el período Dinástico Temprano disponen de un mayor número de testimonios. El principal conjunto de evidencias procede del reinado de Den. En una tablilla de marfil, el rey es representado en el acto de descargar su maza sobre un enemigo arrodillado, en tanto que la inscripción que acompaña la imagen indica “Primera vez de vencer al Este”. Si bien la identidad de tales *orientales* no es del todo precisa, habitualmente se los asocia a poblaciones del Sinaí o de Palestina. Durante el reinado del mismo monarca, otras tablillas señalan la probable destrucción de recintos amurallados, cuyos nombres —*ʿ3 ʿn* o *ʿ3n* y *Wnt*— también han sido relacionados con el norte del Sinaí o el sur de Palestina. En el mismo sentido bélico, la posterior Piedra de Palermo refiere, también en tiempos de Den, la realización de actividades militares contra los nómades *iwntyw*, probables habitantes del Sinaí²².

²¹ En relación con los vínculos conflictivos entre Egipto y sus vecinos libios, cf. Edwards, 1971, 47; Wilkinson, 1999, 162. Acerca de la paleta de Dyer, Cf. también Fig. 9.

²² Acerca de la tablilla de Den, cf. Schulman, 1989, 440-441; Godron, 1990, 149-154, pl. XI. Cf. también Fig. 10 y 11. Acerca de otras tablillas fragmentarias, también relacionadas

Ahora bien, otros indicios de cierto despliegue de violencia por parte del Estado egipcio en Palestina se extienden a lo largo del período Dinástico Temprano. La representación de cautivos de aspecto asiático puede observarse en una tablilla de marfil de fines de la Dinastía 0 o comienzos de la Dinastía I, así como en una caña de un probable juego de tiempos de Den. Este último objeto porta la inscripción *Št* (usualmente traducida como *Asia* o, más específicamente, *Siria-Palestina*)²³. De hecho, la Piedra de Palermo también refiere una campaña contra *Št* en tiempos del rey Den. Finalmente, hacia finales de la Dinastía II, la mención junto al nombre del rey Peribsen, de la expresión *inw h3st* (traducida alternativamente como “tributo o producto de la tierra extranjera”), así como el título de *imihm* (“supervisor de la tierra extranjera”) en tiempos de Jasejemuy, sugieren algún tipo de presencia estatal más permanente más allá del valle y el delta del Nilo, que puede vincularse a los inicios de un control más directo de las regiones del Sinaí, a las que accederían con frecuencia los monarcas del Reino Antiguo²⁴.

Ciertamente, la actividad militar contra los asiáticos no dispone de confirmación arqueológica y no permite sustentar una antigua hipótesis que proponía la conquista en regla de Palestina durante la Dinastía

con Den, cf. Godron, 1990, 43-61, pl. III-VI. Al respecto, cf. Wilkinson, 1999, 155-157; Kaplony, 2002, 465-475. Una posición diversa sostiene Godron (1990: 61, 194), quien considera, respecto de *ʿ3n*, que se trata de un nombre egipcio (“La Puerta Bella”) y que, por ello, la fortaleza debería localizarse en territorio egipcio (probablemente en las inmediaciones del delta oriental del Nilo) y, respecto de *Wnt*, que el vocablo debe leerse *Twnwt*, relacionándose así con las poblaciones sinaíticas. Por su parte, Kaplony (2002, 470) infiere de la lectura de la mencionada tablilla de Den que este rey “capturó y destruyó [...] la importante ciudad de Qatna en Siria”, la cual debió ser “el centro de resistencia contra la hegemonía egipcia”. Sin embargo, no existe ningún testimonio arqueológico que siquiera permita documentar la presencia —por no hablar de la hegemonía— egipcia en Qatna durante la Dinastía I. De hecho, tampoco se dispone de evidencia de la propia existencia de la ciudad en tal época. Por lo demás, si bien algunos autores han sugerido un probable dominio militar egipcio en el sur de Canaán (cf. nota 25), una “hegemonía” egipcia en Siria parece absolutamente improbable a la luz de las evidencias actualmente disponibles.

²³ Para las representaciones del cautivo en la caña de Qaa, cf. Wilkinson, 2002, 518. Cf. también Fig. 12. En cuanto al vocablo *Št*, cabe destacar que, en los contextos en que tal palabra es seguida del determinativo de ciudad, la referencia más probable no parece ser el Asia sino alguna localidad del delta del mismo nombre. Cf. Schulman, 1989, 441-442; Ward, 1991, 12; Wilkinson, 1999, 89-90, 159.

²⁴ Al respecto, cf. Wilkinson, 1999, 143-144

²⁵ Antes bien, la presencia de un conjunto de asentamientos egipcios en Palestina parece remitir a un horizonte de convivencia pacífica de egipcios y cananeos más que a un escenario de conflictos permanentes²⁶. En tal sentido, se abren dos posibilidades, no del todo excluyentes. Por un lado, es factible que la actividad bélica conducida por el Estado egipcio se dirigiera principalmente hacia los nómades del área del Sinaí —que, de hecho, podían interferir en las prácticas de intercambio con el Asia— y que no incluyera Palestina en su radio de aplicación directa; por otro, es posible que las relaciones del Estado egipcio con Palestina combinaran diversos grados de convivencia pacífica y represión, de acuerdo con la aceptación o la resistencia que los cananeos pudieran exhibir ante la presencia egipcia. La evidencia disponible es demasiado escasa como para permitir que nos decidamos por una opción u otra. En todo caso, permanece claro el hecho de que, así como habían procedido respecto del confín libio, los egipcios del período Dinástico Temprano también habían elaborado una representación simbólica del mundo que se extendía a partir del Sinaí, que incluía evidentes elementos de negatividad, los cuales permitían que los asiáticos fueran asimilados a cierta condición de enemigos.

Si los testimonios acerca de la relación del Estado egipcio con los vecinos asiáticos parecen presentar aspectos pacíficos tanto como coercitivos, la evidencia de los vínculos con los vecinos nubios durante esta época, parece exhibir una dimensión más uniformemente violenta. Ciertamente, las campañas militares en la Baja Nubia habían comenzado durante la Dinastía 0, posiblemente como resultado de los conflictos con el núcleo “proto-estatal” de Qustul, en el que el Estado egipcio pudo reconocer un antagonista que debía ser destruido. El resultado de la penetración militar de Egipto en Nubia involucraría no sólo la desaparición de Qustul sino también el eclipse final de la cultura autóctona del Grupo A, a comienzos de la Dinastía I. De hecho, la crisis final del Grupo A coincide temporalmente con una tablilla de madera del rey Aha hallada

²⁵ Respecto de la hipótesis de la conquista, cf. Yadin, 1955, 1-16; Yeivin, 1960, 193-203. Por su parte, Schulman (1989, 449) —si bien cuestiona las evidencias originalmente propuestas por Yadin y Yeivin— también sostiene que Palestina debió ser un territorio dominado por Egipto y que tal dominio sólo pudo ser posible “a través de la conquista militar y la ocupación”.

²⁶ Ciertamente, la presencia —desde la fase previa— de algunas armas egipcias en los asentamientos en Canaán (cuchillos, mazas, hachas de cobre) no permite excluir completamente la posibilidad de algún tipo de actividad militar. Al respecto, cf. Andelkovic, 1995, 70.

en Abidos, en la que se aprecia una personificación del serej del rey a punto de sacrificar un cautivo nubio, un acto que podría indicar la realización previa de una acción militar contra T3-Sty, el nombre egipcio dado a la región al sur de la primera catarata. Desde el punto de vista iconográfico, la siguiente evidencia de acciones violentas del Estado egipcio en Nubia se remonta a finales de la Dinastía II, cuando un fragmento de estela del rey Jasejem presenta un personaje postrado, sobre cuya cabeza aparece la denominación T3-Sty, que lo identifica en su condición de nubio²⁷.

Más allá de los escasos testimonios pictóricos y escritos, la evidencia arqueológica también converge en el sentido de una relación con Nubia signada por la violencia: durante la Dinastía I, en el asentamiento de Elefantina, en el confín sur del territorio egipcio bajo control estatal permanente, sería construida una fortaleza, desde la cual —al parecer— se emprenderían las campañas hacia Nubia. Más al sur, en pleno territorio nubio, el asentamiento de Buhen, probablemente fundado durante la Dinastía II en las cercanías de la segunda catarata del Nilo, debe haber jugado un papel importante, como venimos de considerar, respecto de la obtención de bienes procedentes del África subsahariana y del cobre de los cercanos yacimientos; junto con esta función, se ha sugerido que podría haber constituido la base de una guarnición militar destinada a la protección de los intereses egipcios en la región, tal como sucedería en épocas posteriores²⁸. Así pues, la violencia parece haber constituido el principal expediente a partir del cual el Estado egipcio del período Dinástico Temprano entabló relaciones con la vecina Nubia.

Ahora bien, ¿cuáles eran las razones de la violencia ejercida hacia las regiones aledañas al valle y al delta del Nilo? Más arriba, indicábamos que la búsqueda pacífica de bienes de prestigio para la élite estatal y los

²⁷ Acerca de la tablilla de Aha, cf. Emery, 1961, 51. Cf. también Fig. 8. Acerca del fragmento de estela de Jasejem, cf. Emery, 1961, 100. Cf. también Fig. 13. Godron (1990, 111-112) sugiere la posibilidad de que un registro de la Piedra de Palermo también se refiera a un ataque a una población nubia durante el reinado de Den.

²⁸ Acerca de la situación de Elefantina, cf. Seidlmayer, 1996, 112. Acerca de Buhen, cf. Smith, 1972, 58-61; Adams, 1977, 139; Wilkinson, 1999, 180-181. En relación con la actitud violenta del Estado egipcio hacia Nubia durante el período Dinástico Temprano y la desaparición de la cultura del Grupo A, cf. Trigger, 1965, 73; 1976, 41; Nordström, 1972, 29-32; Smith, 1991, 108; O'Connor, 1993, 23.

ataques militares podían constituir estrategias no del todo excluyentes. En efecto, si el aprovisionamiento de bienes exóticos era una de las razones básicas de la presencia egipcia en las regiones periféricas, la necesidad de proteger esos bienes en su remisión hacia Egipto de la posibilidad de asaltos en el camino podía determinar la presencia de guarniciones militares y de tareas de represión de los grupos que pudieran codiciar los objetos requeridos por la élite egipcia. En esta línea argumental, la diversa actitud del Estado egipcio hacia las distintas periferias se relacionaría con el grado de oposición o de interferencia inicial de las poblaciones locales a la presencia extractiva de los egipcios. Así, por ejemplo, la actitud más violenta hacia Nubia que hacia Palestina podría deberse a la presencia inicial, en Nubia, del “proto-Estado” de Qustul, el cual, estando probablemente organizado sobre trazos similares a los de los proto-Estados del Alto Egipto, podría haber constituido un obstáculo de envigadura para proveer de productos africanos a la élite egipcia. La eliminación de las dificultades para la obtención de los bienes no disponibles en Egipto podría constituir, pues, una de las razones de las acciones de índole militar del Estado egipcio en sus periferias. Sin embargo, no parece tratarse de la única razón. De hecho, la actitud agresiva hacia Nubia permaneció mucho tiempo después de la desaparición de Qustul. Del mismo modo, parece haber cierta desproporción entre las referencias de ataques egipcios hacia sus vecinos libios y asiáticos y la capacidad de resistencia que éstos podrían haber presentado. ¿Qué otra razón puede ofrecerse?

En el inicio de este análisis, al considerar los motivos por los que la expansión del Estado surgido en el Alto Egipto se detuvo a partir del comienzo de la Dinastía I, proponíamos que un elemento básico de tal detención pudo ser la percepción, por parte de los egipcios, de ciertas diferencias entre las sociedades del valle y el delta, por un lado, y las de las diversas periferias, por otro. La representación del territorio directamente controlado por el Estado en términos de dos mitades complementarias —el Alto y el Bajo Egipto— debió terminar de marginalizar simbólicamente a las poblaciones situadas más allá de él. Esas poblaciones se hallaban por fuera del cosmos que el monarca sustentaba: de allí a ver en ellas a emisarios de las fuerzas del caos, el camino no había de ser muy largo. De hecho, la representación, durante la Dinastía I, de la muerte ritual del enemigo —uno de los actos supremos de imposición del orden faraónico— con víctimas identificadas como libios, asiáticos y nubios, indica claramente cuál era la imagen que el Es-

tado egipcio se había trazado a propósito de las sociedades periféricas.²⁹

Ahora bien, una de las cualidades que permitía al monarca la imposición del orden sobre el caos era su condición de guerrero implacable, siempre victorioso³⁰. La guerra contra el caos era una necesidad para salvaguardar el cosmos. En la fase previa, la guerra había estado en la base de la aparición y de la expansión del Estado. A partir de la Dinastía I, debía ser dirigida hacia el exterior, hacia esos espacios que, siendo no-egipcios, eran, por definición, el ámbito del caos. De tal modo, si la violencia hacia las periferias pudo ser funcional al aprovisionamiento seguro de los bienes requeridos por la élite egipcia, muy probablemente debió exceder esa función, en tanto expediente central para el mantenimiento del orden cósmico. Precisamente por ello, a pesar de la imposibilidad de establecer en cada caso si las representaciones de actos de violencia hacia el exterior refieren a un acontecimiento bélico o ritual, lo decisivo es la representación que los egipcios tenían de sus periferias. Porque, a través de la guerra o del rito, el rey mantenía a raya a las fuerzas del caos que amenazaban desde esos territorios. Tales acciones eran decisivas: sólo a partir de ellas, el cosmos podía permanecer en el Alto y el Bajo Egipto.



Así pues, a lo largo del período Dinástico Temprano, el Estado egipcio consolidaría un modo específico de relación con las regiones exteriores. Por una parte, tales regiones serían vislumbradas como proveedoras de una serie de bienes requeridos por la élite estatal y no disponibles en el área bajo control directo del Estado egipcio. En tal sentido, se trataría de

²⁹ Como apunta Köhler (2002, 510), esta lectura ideológica que el Estado trazaría respecto de sus periferias puede ser expresada también en términos de *etnicidad*. En efecto, en tal sentido, la dicotomía orden/caos podría constituir una modalidad extrema de la expresión del contraste “nosotros”/“ellos”. Como indican Baines (1996, 376-377) y Wilkinson (2002, 515-518) ese contraste no impide que se establezcan diversas prácticas de interacción con los extranjeros; antes bien, actúa como un mecanismo de sobredeterminación de tales prácticas. Dedicaremos otro análisis a esta cuestión.

³⁰ Cf. Bonhême y Forgeau, 1988, 188-235; Gundlach, 1988, 255-262; Campagno, 2002, 233-237.

la continuación de un tipo de vínculos con las periferias que se remontan incluso hasta las épocas pre-estatales. Por otra parte, en coincidencia con la estabilización de la idea de un Egipto dual integrado por el valle y el delta del Nilo, las periferias serían concebidas como espacios esencialmente negativos, exteriores a los límites del cosmos que el monarca garantizaba y, por ello, potencialmente hostiles al orden egipcio. En función de tal concepción, los diversos ataques militares llevados a cabo contra las periferias podían contar con la probable finalidad de castigar ciertos grupos periféricos que podrían obstaculizar la obtención de los bienes demandados por la élite egipcia pero también con el objeto de poner en acto una de las condiciones fundamentales del monarca, la de líder guerrero, que impone del orden sobre las fuerzas del caos.

A fin de cuentas, la afluencia más o menos pacífica de bienes de las periferias hacia Egipto —por la vía de la extracción o de los intercambios— y la acción violenta del Estado hacia esas periferias —por la vía de la guerra o el ritual— difícilmente podían constituir expedientes contradictorios a los ojos de los egipcios. Antes bien, se trataba de dos predicados decididamente compatibles con la potencia ilimitada de un monarca divino.



Bibliografía citada

- ABDEL TAWAB, M. *et al.* Archéo-géologie des anciennes mines de cuivre et d'or des régions el-Urf/Mongul-Sud et Dara-Ouest. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale*, vol. 90, 1990, pp. 359-364.
- ADAMS, W. *Nubia. Corridor to Africa*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- ANDELKOVIC, B. *The Relations Between Early Bronze Age I Canaanites and Upper Egyptians*, Belgrade, The University of Belgrade, 1995.
- BAINES, J. Contextualizing Egyptian Representations of Society and Ethnicity. En: Cooper, J. y Schwartz, G. (eds.), *The Study of the Ancient Near East in the Twenty-First Century*, Winona Lake, Eisenbrauns, 1996, pp. 339-384.
- BAVAY, L. *et al.* The Origin of Obsidian in Predynastic and Early Dynastic Upper Egypt. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Abteilung Kairo*, vol. 56, 2000, pp. 5-20.

- HEN-TOR, A. The Relations between Egypt and the Land of Canaan during the Third Millennium B.C. En: *American Journal of Archaeology*, vol. 85, 1985, pp. 449-452.
- HEN-TOR, A. New Light on the Relations Between Egypt and Southern Palestine During the Early Bronze Age. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 281, 1991, pp. 1-10.
- BONHÔME, M. y FORGEAU, A. *Pharaon. Les secrets du pouvoir*, Paris, Armand Colin, 1988.
- BRANDL, B. Observations on the Early Bronze Age Strata of Tel Erani. En: Miroschedji (ed.), *op. cit.*, 1989, pp. 357-387.
- BRANDL, B. Evidence for Egyptian Colonization of the Southern Coastal Plain and Lowlands of Canaan during the Early Bronze I Period. En: van den Brink (ed.), *op. cit.*, 1992, pp. 479-485.
- BRAUN, E. Egypt's First Sojourn in Canaan. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 173-189.
- CAMPAGNO, M. El surgimiento del Estado egipcio y sus periferias. Nubia y Palestina en perspectiva. En: Daneri Rodrigo, A. (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I Milenio A.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 33-57.
- CAMPAGNO, M. De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el Antiguo Egipto, *Aula Aegyptiaca Studia* vol. 3, Barcelona, Aula Aegyptiaca, 2002.
- CASTEL, G. *et al.* Les mines du ouadi Um Balad. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale*, vol. 98, 1998, pp. 57-87.
- DARNELL, D. Gravel of the Desert and Broken Pots in the Road: Ceramic Evidence from the Routes between the Nile and Kharga Oasis. En: Friedman (ed.), *op. cit.*, 2002, pp. 156-177.
- DARNELL, J. Opening the Narrow Doors of the Desert: Discoveries of the Theban Desert Road Survey. En: Friedman (ed.), *op. cit.*, 2002, pp. 132-155.
- DARNELL, J. y DARNELL, D. The Theban Desert Road Survey (The Luxor-Fars-hût Desert Road Survey). 1995-96 Annual Report (en Internet). Oriental Institute, University of Chicago, 1997.
- DARNELL, J. y DARNELL, D. The Theban Desert Road Survey (The Luxor-Fars-hût Desert Road Survey). 1996-97 Annual Report y 1997-98 Annual Report (en Internet). Oriental Institute, University of Chicago, 2000.
- DREYER, G. Egypt's Earliest Historical Event. En: *Egyptian Archaeology*, vol. 16, 2000, pp. 6-7.

- DREYER, G. et al. Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitliche Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht. En: *Mitterlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Abteilung Kairo*, vol. 54, 1998, pp. 77-167.
- EDWARDS, I. The Early Dynastic Period in Egypt. En: *Cambridge Ancient History*, vol. II, London, Cambridge University Press, 1971, pp. 1-70.
- EMERY, W. *Great Tombs of the First Dynasty. III*, London, The Egypt Exploration Society, 1958.
- EMERY, W. *Archaic Egypt*, Harmondsworth, Penguin Books, 1961.
- FISCHER, H. Varia Aegyptiaca. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 2, 1963, pp. 17-51.
- FISCHER, P. Egyptian-Transjordanian Interaction during Predynastic and Protodynastic Times: The Evidence from Tell Abu al-Kharaz, Jordan Valley. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 323-333.
- FRIEDMAN, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, The British Museum Press, 2002.
- GODRON, J. *Études sur l'Horus Den et quelques problèmes de l'Égypte Archaique*, Genève, Patrick Cramer Éditeur, 1990.
- GOPHNA, R. The Early Bronze I Settlement at 'En Besor Oasis. En: *Israel Exploration Journal*, vol. 40, 1990, pp. 1-11.
- GOPHNA, R. y MILEVSKI, I. Feinan and the Mediterranean during the Early Bronze Age. *Tel Aviv*, vol. 30, 2003, pp. 222-231.
- GREENBERG, R. y EISENBERG, E. Egypt, Bet Yerah and Early Canaanite Urbanization. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 213-222.
- GUNDLACH, R. "Erschlagen des Feindes": Der Krieg als politisches Mittel und kulturelles Problem im pharaonischen Ägypten. En: Krummacker, H. (ed.), *Geisteswissenschaften - wozu?*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1988, pp. 245-265.
- HARRELL, J. Pharaonic Stone Quarries in the Egyptian Deserts. En: Friedman (ed.), *op. cit.*, 2002, pp. 232-243.
- HASSAN, F. Kafr Hassan Dawood. En: *Egyptian Archaeology*, vol. 16, 2000, pp. 37-39.
- HENDRICKX, S. y BAVAY, L. The Relative Chronological Position of Egyptian Predynastic and Early Dynastic Tombs with Objects Imported from the Near East and the Nature of Interregional Contacts. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 58-80.
- HOPE, C. Early and Mid-Holocene Ceramics from the Dakhleh Oasis: Traditions and Influences. En: Friedman (ed.), *op. cit.*, 2002, pp. 39-73.
- ILAN, O. Egyptian Pottery from Small Tel Malhata and the Interrelations between the Egyptian 'Colony' in Southwest Palestine and the 'Canaanite' Arad Basin and Central Highlands. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 306-322.
- KAPLONY, P. The Bet Yerah Jar Inscription and the Annals of King Dewen - Dewen as 'King Narmer Redivivus'. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 464-486.
- KLEMM, D., KLEMM, R. y MURR, A. Ancient Gold Mining in the Eastern Desert of Egypt and the Nubian Desert of Sudan. En: Friedman (ed.), *op. cit.*, 2002, pp. 215-231.
- KOHLER, Ch. History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 499-513.
- KROPPER, K. Tombs of the Elite in Minshat Abu Omar. En: van den Brink (ed.), *op. cit.*, 1992, pp. 127-150.
- LIVY, Th. et al. Egyptian-Canaanite Interaction at Nahal Tillah, Israel (ca. 4500-3000 B.C.E.): An Interim Report on the 1994-1995 Excavations. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 307, 1997, pp. 1-51.
- LIVY, Th. y VAN DEN BRINK, E. (eds.) *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium B.C.E.*, London, Leicester University Press, 2002.
- LIVY, Th. y VAN DEN BRINK, E. Interaction Models, Egypt and the Levantine Periphery. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 3-38.
- LIPSHCHITZ, N., BONANI, G. y VAN DEN BRINK, E. Timber Analysis and 14C Dating of Wooden Egyptian Cylinder Seals from the Israel Museum Collection, Jerusalem. En: *Göttinger Miscellen*, vol. 158, 1997, pp. 33-41.
- MARCUS, E. Early Seafaring and Maritime Activity in the Southern Levant from Prehistory through the Third Millennium B.C.E. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 403-417.
- MARFOE, L. Cedar Forest to Silver Mountain: Social Change and the Development of Long-Distance Trade in Early Near Eastern Societies. En: Rowlands, Larsen y Kristiansen (eds.), *op. cit.*, 1987, pp. 25-35.
- MIROSCHEJJI, P. de (ed.) *L'urbanisation de la Palestine à l'âge du Bronze ancien. Bilan et perspectives des recherches actuelles*, BAR International Series 527, Oxford, Tempvs Reparatum, 1989.
- MIROSCHEJJI, P. de The Socio-political Dynamics of Egyptian-Canaanite Interaction in the Early Bronze Age. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 39-57.
- MIROSCHEJJI, P. de y SADEK, M. Tell es-Sakan, un site du Bronze Ancien découvert dans la région de Gaza. En: *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions & Belles-Lettres*, Fasc. I, 2000, pp. 123-144.

- MOOREY, P. On Tracking Cultural Transfers in Prehistory: The Case of Egypt and Lower Mesopotamia in the Fourth Millennium BC. En: Rowlands, Larsen y Kristiansen (eds.), *op. cit.*, 1987, pp. 36-46.
- NAKANO, T. Abydos Ware and the Location of the Egyptian First Dynasty Royal Tombs. En: *Orient*, vol. 33, 1998, pp. 1-32.
- NORDSTRÖM, H. The Early Nubian Cultures. En: Säve-Soderbergh, T. (ed.) *Neolithic and A-Group Sites*, Uppsala, The Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia Publications, 1972, pp. 17-32.
- O'CONNOR, D. *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Philadelphia, The University Museum, 1993.
- OREN, E. Early Bronze Age Settlement in Northern Sinai: A Model for Egypto-Canaanite Interconnections. En: Miroshedji (ed.), *op. cit.*, 1989, pp. 389-405.
- REDFORD, D. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- ROWLANDS, M., LARSEN, M. y KRISTIANSEN, K. (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- SCHULMAN, A. The Egyptian Seal Impressions from 'En Besor. En: *'Atiqot*, vol. 11, 1976, pp. 16-26.
- SCHULMAN, A. At the Fringe: The Historiography and Historicity of the Relations of Egypt and Canaan in the Early Bronze Age I. En: Miroshedji (ed.), *op. cit.*, 1989, pp. 433-453.
- SCHULMAN, A. Narmer and the Unification: a Revisionist View. En: *Bulletin of the Egyptological Seminar*, vol. 11, 1991/92, pp. 79-105.
- SEIDLMAYER, S. Town and State in the Early Old Kingdom: A View from Elephantine. En: Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, 1996, pp. 108-127.
- SHINNIE, P. *Ancient Nubia*, London, Kegan Paul International, 1996.
- SMITH, H. The Rock Inscriptions of Buhen. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 58, 1972, pp. 43-82.
- SMITH, H. The Development of the A-Group Culture in Northern Lower Nubia. En: Davies, W. (ed.), *Egypt in Africa. Nubia from Prehistory to Islam*, London, British Museum Press, 1991, pp. 92-111.
- TRIGGER, B. *History and Settlement in Lower Nubia*, New Haven, Yale University Publications in Anthropology No. 69, 1965.
- TRIGGER, B. *Nubia under the Pharaohs*, London, Thames & Hudson, 1976.
- VALBELLE, D. *Les Neuf Arcs. L'Égyptien et les étrangers de la préhistoire à la conquête d'Alexandre*, Paris, Armand Colin, 1990.
- VAN DEN BRINK, E. (ed.) *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd. Millennium B.C.*, Tel Aviv, E. van den Brink (publisher), 1992.
- VAN DEN BRINK, E. y BRAUN, E. Wine Jars with Serekhs from Early Bronze Lod: Appellation Vallée du Nil Controlée, but for Whom? En: van den Brink, E. y Yannai, E. (eds.), *In Quest of Ancient Settlements and Landscapes. Archaeological Studies in Honour of Ram Gophna*, Ramot Publishing, Tel Aviv University, Tel Aviv, 2002, pp. 167-192.
- VERCOUTTER, J. Or et politique dans l'Égypte des origines. En: Berger, C., Clerc, G. y Grimal, N. (eds.), *Hommages à Jean Leclant*, vol. 2, Le Caire, Institut Français d'Archeologie Orientale, 1994, pp. 403-410.
- VIERNTIEV, V. Études d'Épigraphie Protodynastique. II. Deux tablettes en ivoire (I dyn.) et les linteaux de Medamoud (XII-XIII dyn.). En: *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, vol. 56, 1959, pp. 1-30.
- WARD, W. Early Contacts Between Egypt, Canaan, and Sinai: Remarks on the Paper by Amnon Ben-tor. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 281, 1991, pp. 11-26.
- WILDUNG, D. Terminal Prehistory of the Nile Delta: Theses. En: Krzyzaniak, L. y Kobusiewicz, M. (eds.), *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*, Poznan, Archaeological Museum, 1984, pp. 265-269.
- WILKINSON, T. *Early Dynastic Egypt*, London, Routledge, 1999.
- WILKINSON, T. Reality versus Ideology: The Evidence for 'Asiatics' in Predynastic and Early Dynastic Egypt. En: Levy y van den Brink (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 514-520.
- WINKLER, H. *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, Vol. I, London, The Egypt Exploration Society, 1938.
- YADIN, Y. The Earliest Record of Egypt's Military Penetration into Asia. En: *Israel Exploration Journal*, vol. 5, 1955, pp. 1-16.
- YRIVIN, S. Early Contacts between Canaan and Egypt. En: *Israel Exploration Journal*, vol. 10, 1960, pp. 193-203.
- ZARINS, J. Ancient Egypt and the Red Sea Trade: The Case for Obsidian in the Predynastic and Archaic Periods. En: Leonard, A. y Williams, B. (eds.), *Essays in Ancient Civilization Presented to Helene J. Kantor*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 1989, pp. 339-368.

Mapa II

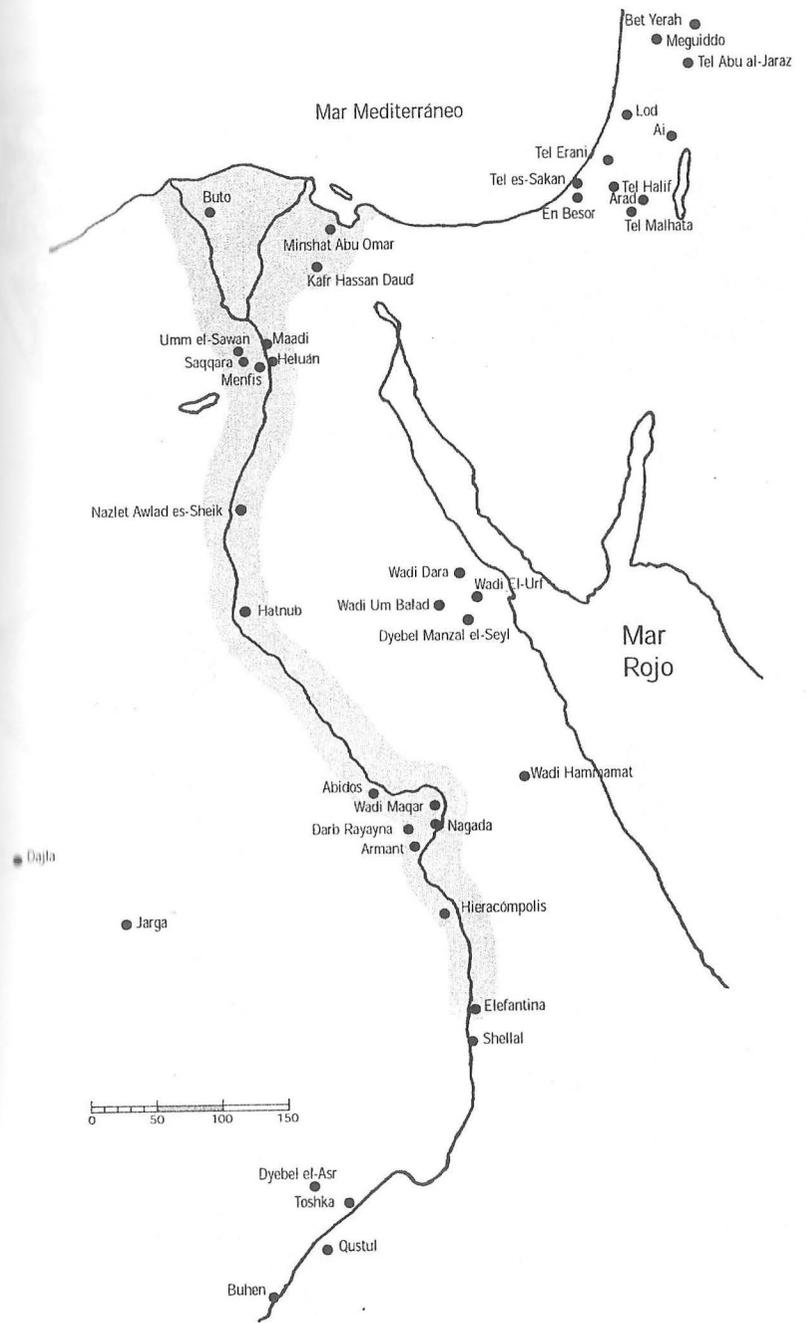
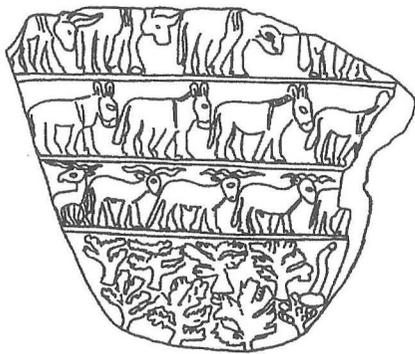


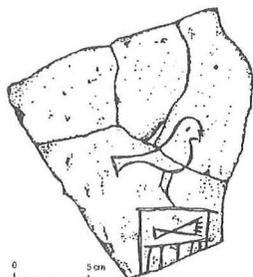
Lámina I



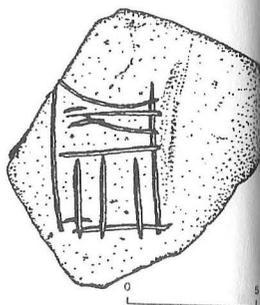
1 a



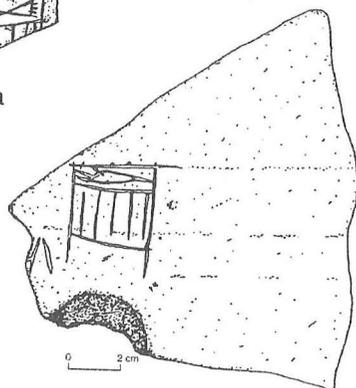
1 b



2 a



2 b

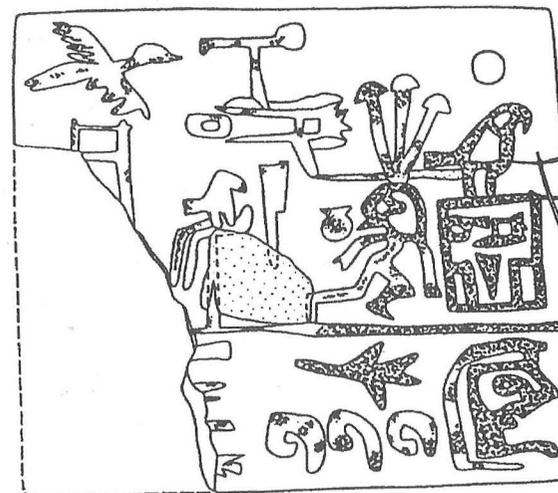


2 c

Lámina II



3



4

1a-b Paleta de las Ciudades (Midant-Reynes, 1992, 229)

2 Serejs de Nármer en Palestina: a) Arad; b) Tel Halif; c) Tel Erani (Andelkovic, 1995, 26, 50, 45)

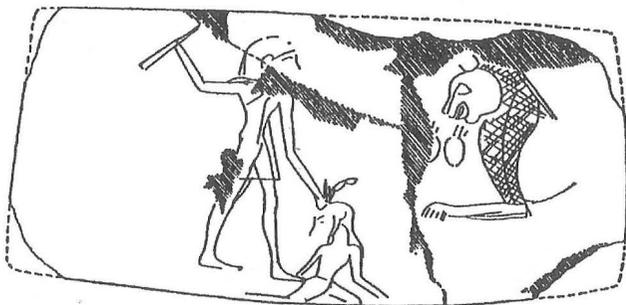
3 Sello de Nármer (Vernus, 1993, 100)

4 Tablilla de Nármer (Dreyer et al., 1998, 139)

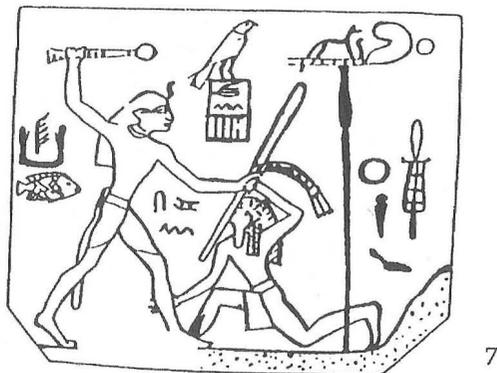
Lámina III



5



6



7

5 Fragmento de tablilla de Aha (Emery, 1961, 51)

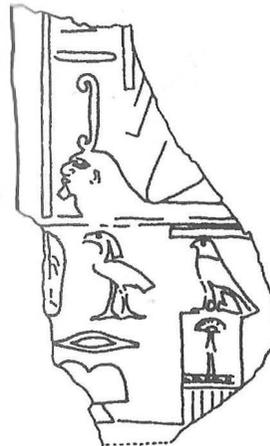
6 Paleta de Dyer (Emery, 1961, 60)

7 Tablilla Mac Gregor de Den (Cervelló, 1993, 69)

Lámina IV



8



9



10

8 Tablilla de Den (Emery, 1961, 76)

9 Fragmento de estela de Jasejem (Wilkinson, 1999, 178)

10 Caña de Qaa (Emery, 1961, 250)

Egipto y sus periferias en el Reino Medio

ROXANA FLAMMINI

Abstract: Egypt and its Peripheries in the Middle Kingdom

After the First Intermediate Period crisis, the Middle Kingdom Egyptian state incorporates the Eastern Delta and also initiates a strong advance over Lower Nubia. From those regions and the deserts, Egyptians obtained the luxury goods that the elite requested. The Eastern Delta and Lower Nubia acted as *linking areas* connecting Egypt with its *peripheries*, Syria-Palestine and Upper Nubia. In those linking areas, the Egyptian state's presence was established through dominions and fortresses, while in the peripheral ones there were no active traces of such an activity. In this paper the evidence regarding these topics and the interpretation they have received during the last years are reviewed.

Luego de la crisis del Estado unificado que se extendió durante el Primer Período Intermedio (en adelante, PPI) y que finalizó con la victoria de los reyes de Tebas sobre los de Hérculeópolis, el Reino Medio fue testigo de una nueva época de centralización política. Tal período se enmarca temporalmente entre c. 2040 y 1640 a.C.—desde mediados de la dinastía XI a mediados de la XIII— cuando tuvo lugar un nuevo proceso de atomización del poder central, el Segundo Período Intermedio (en adelante, SPI).

Las principales discusiones de los especialistas en torno a la problemática general del Reino Medio pueden sintetizarse en torno a los siguientes temas: la “supresión” del cargo de nomarca bajo Sesostri III y la reorganización de la burocracia estatal que redundaría en la conformación de una sociedad altamente regulada y estructurada; la teoría acerca de la aparición de una “clase media” a causa de la “democratización de las creencias”, en tanto generalización de la posibilidad del acceso al más allá en su vertiente osiriana¹; y las relaciones con el exterior, tema que nos ocupa en esta aproximación.

¹ En relación con estas problemáticas, cf. Quirke, 1990, 2-5; Franke, 1991, 51-57; Richards, 1992, 33-37; Flammini, 2003, 107-130.

Lejos estamos aquí de considerar que la victoria tebana sobre Heracleópolis haya significado el fin de la problemática que signó al PPI. Los primeros reyes de la dinastía XII debieron ocuparse firmemente de restablecer el control estatal en su totalidad: el probable regicidio de Amenemhat I²; el énfasis que su sucesor, Sesostri I, puso en su propia legitimidad³ y las elaboradas tumbas nomarcales de las necrópolis de El Behn, Beni Hasan, Meir y Asuán, contemporáneas de este último rey —las cuales implicarían una larga tradición de prestigio, poder y autoridad en los nomos que se mantuvo, al menos, durante los inicios de la dinastía XII— pueden ser considerados como indicios de las dificultades con las que se enfrentaron esos primeros reyes⁴. Para los reinados de Sesostri III y sus sucesores, la situación había cambiado, la centralización del poder estaba consolidada en mayor medida⁵ y así perduró hasta mediados de la dinastía XIII.

Este lento proceso de consolidación que comenzó una vez reunificado el Estado, estuvo relacionado con un igualmente lento proceso de establecimiento sobre las áreas de frontera y de una nueva definición de las relaciones con las periferias, procesos que podemos visualizar en particular durante la dinastía XII y parte de la XIII. Esas regiones eran de particular interés para el Estado egipcio pues de ellas, o a través de ellas, procedían los bienes de prestigio⁶, o las materias primas requeridas para su producción (piedras semipreciosas, metales preciosos, maderas de calidad).

² En el Cuento de Sinuhé se refiere la muerte de Amenemhat I en el año 30, cuando probablemente debiera haberse realizado su festival de Sed. La debilidad de las potencias reales en ese momento se correlacionaría con un período de predominio del “caos” y de particular vulnerabilidad del gobernante.

³ Véase Sinuhé B, 45-70.

⁴ Se dispone de dos inscripciones de funcionarios, ambas del reinado de Sesostri I, de las que se puede deducir la existencia de conflictos: la primera es la del nomarca Ameny de Beni Hasan, quien señala que “pacificó las tierras meridionales”; la segunda, hallada en 1988 en el wadi Hammamat, indica que un tal Mentuhotep hijo de Jui fue encargado sucesivamente por Amenemhat I y Sesostri I de una misión de pacificación primero en el área meridional (su título era “grande de decenas del sur”) y luego en todo el país (en tanto Sesostri I lo nombra “magistrado para todo el país”). Cf. Vandersleyen, 1995, 48-49.

⁵ Durante el reinado de Sesostri III, la incorporación efectiva de la Baja Nubia y las reformas en la administración central pudieron conformar cierta *pax aegyptiaca*, que contribuyó al posterior avance del Estado sobre el delta oriental.

⁶ Los bienes de prestigio resultan fundamentales como agentes de diferenciación social. El carácter necesariamente escaso de tales bienes —en Egipto, potenciado por el hecho de que gran parte de esos bienes de prestigio salían del circuito al ser destinados al ajuar fu-

Vale advertir que la relación de Egipto con esas regiones no era exclusiva del proceso desencadenado con posterioridad al PPI. Por el contrario, es posible establecer una relación continua desde el Predinástico⁷, aunque a nivel de la élite estatal esas relaciones se vieron afectadas durante los períodos intermedios⁸. Ciertamente, no se trata de una situación idéntica a sí misma a lo largo del tiempo. Las prácticas de obtención tanto de bienes de prestigio como de las materias primas para su elaboración, eran eminentemente discontinuas para ese mismo Estado que las impulsaba, y sufrieron cambios sustanciales en su configuración con el transcurso del tiempo. De hecho, discontinuidad y cambio son dos variables a considerar en relación con este punto.

Discontinuidad, en tanto durante los períodos caracterizados por la atomización del poder central, se produjo una interrupción del flujo de bienes de prestigio desde y hacia las periferias a nivel de la élite regia egipcia — i.e., en Biblos no se encontraron vestigios egipcios contemporáneos al PPI ni se detectó actividad en el Sinaí⁹, a diferencia de la situación en el Reino Antiguo o en el Reino Medio; mientras que durante el SPI las ciudades sirias y las de la costa de Palestina intercambiaban bienes con el reino hiso establecido en el delta oriental (a través del gran puerto de Avaris que tan detalladamente describiera Kamose¹⁰) y no con el tebano, y propiamente egipcio, situado al sur de aquél.

nerario de sus poseedores (cf. Campagno, 2002, 168)— debió promover el intercambio de larga distancia (cf. Sherrat y Sherrat, 1991, 354 y ss.). Egipto obtenía —tanto por medio del intercambio como de la explotación directa de las zonas productoras— bienes suntuarios tales como madera de coníferas, lapislázuli, plata, estaño, miel, vino y aceite de oliva desde Asia occidental; pieles de animales, oro, marfil, ébano e incienso desde Nubia; y ganado, dátiles, amatista, malaquita, turquesa, cobre, piedras para estatuas y monumentos desde los desiertos a ambos márgenes del Nilo. Por otro lado, los bienes enviados desde Egipto resultan más difíciles de rastrear, ya que muchos de ellos pueden resultar invisibles en el registro arqueológico. Se pueden citar textiles de lino, grano, ungüentos, aceites aromáticos, perfumes, cerveza, joyas y amuletos. En general, se encuentran los recipientes en los que algunos de tales bienes podían ser transportados.

⁷ Cf. Campagno, 2001a, 34-37.

⁸ Es muy probable que los bienes hayan seguido llegando a Egipto pero a través no ya de la administración del Estado sino de los jefes establecidos en el delta occidental. Cf. Dameri de Rodrigo, 1992, 104.

⁹ Respecto de la falta de evidencia egipcia en Biblos, cf. Tufnell y Ward, 1966, 221; en el Sinaí, cf. Gardiner *et al.*, 1955, 24.

¹⁰ Segunda Estela de Kamose, cf. Redford, 1997, 14-15.

Cambio, en tanto tales prácticas fueron variando notoriamente en el tiempo. Valga como ejemplo que las postas egipcias utilizadas hasta comienzos del Dinástico Temprano en el Camino de Horus que unía el delta del Nilo con el sur de Palestina son luego abandonadas en beneficio de una ruta marítima costera hacia Biblos¹¹; mientras que posteriormente ambas rutas, la terrestre y la marítima, estarían en uso, conectando a Egipto tanto con Siria como con Palestina.

Áreas vinculantes y periferias

Más arriba mencionamos los términos *áreas de frontera* y *periferias* para referirnos a las regiones con las que Egipto mantenía contactos. Creemos que es necesario ahondar en esos términos, a la búsqueda de mayores precisiones. Para ello, cabe considerar, en primer lugar, qué territorio abarcaba «Egipto» para los antiguos egipcios. La respuesta tiene un componente relacionado con el significado cósmico de «Kemet»: en tanto territorio dual (Alto y Bajo Egipto) gobernado por un rey-dios, «Egipto» se extendía a lo largo del Nilo, en el área históricamente comprendida entre Elefantina y el Mediterráneo¹². Fuera de esos límites era considerado como «no-Egipto», extranjero, regido por el caos. Estos aspectos no invalidan los múltiples contactos que Egipto mantuvo con ese «no-Egipto» que, desde ya, no conformaba una entidad homogénea. Por el contrario, las sociedades que habitaban esas regiones podían ser nómades o sedentarias, estar organizadas bajo una práctica estatal o de parentesco, ser esencialmente agropastoriles o básicamente urbanas.

La fundamental importancia del eje norte-sur a lo largo del río no implicaba que los egipcios no desplegaran actividades en los desiertos que se extendían a ambos márgenes del Nilo. Muy por el contrario, el Estado organizaba periódicamente expediciones que se adentraban en ellos, con el fin de obtener las materias primas con las que se elaboraban los bienes

¹¹ Prag remonta los contactos con Biblos al IV milenio a.C. (1986, 59-73); mientras que Saghih (1983, 104-105) los data a partir de la dinastía III. Al respecto, cf. también Campagno, este volumen.

¹² Tal sería el ámbito en el que coinciden la práctica estatal y los límites «naturales» de Egipto, ya desde el Dinástico Temprano y, al menos, hasta fines del Reino Medio. Cf. Campagno, 2001a, 48-49.

de prestigio que la élite demandaba¹³. La población de tales desiertos, en general no representaba una amenaza para las actividades del Estado; por el contrario, algunas evidencias parecen indicar que podría haber existido cierto grado de colaboración en la explotación de los recursos de los desiertos¹⁴.

Volviendo, sin embargo, al eje determinado por el río, los límites al norte y al sur determinaban la existencia de unas regiones contiguas con las que el Estado egipcio estableció diversos tipos de relaciones. Durante el Reino Medio, el sector oriental del delta (en especial, la rama Pelusíaca), así como la Baja Nubia (Wawat) entre la primera y la segunda catarata del Nilo constituyeron áreas de frontera que actuaban especialmente como *áreas vinculantes* con otras áreas más alejadas, que llamamos aquí *periferias* (Siria-Palestina y la Alta Nubia), las cuales, a su vez, relacionaban indirectamente a Egipto con áreas exteriores como Anatolia, Mesopotamia, el alto Éufrates, el África Subsahariana, etc. La presencia del Estado egipcio en las áreas vinculantes se materializó por el establecimiento de

¹³ Las actividades en el desierto oriental durante el Reino Medio muestran un cierto grado de flexibilidad en cuanto a la organización de las explotaciones. Está registrado el envío de expediciones temporarias a las canteras de piedra *bhn* en el wadi Hammamat (cf. Harrell, 2002, 238); mientras que la explotación de amatista en el wadi el-Hudi estaba organizada en torno a recintos fortificados donde los mineros eran prácticamente colonos (cf. Shaw, 2002, 247). El desierto occidental registra actividades temporarias en Dyebe el Asr (conocidas como las canteras de Toshka o de Kefrén), donde se obtenía una variedad de gneis, en ocasiones mal clasificada como diorita (cf. Harrell, 2002, 237). Las expediciones al Sinaí eran temporarias y estacionales: se dirigieron a Serabit el Jadim desde los inicios de la dinastía XII, mientras que a Maghara, desde el reinado de Amenemhat III. En las minas del Sinaí se extraía turquesa y cobre, como lo indica —entre otras— la inscripción n° 23 del año 2 de Amenemhat III (cf. Gardiner *et al.*, 1955, 66). Las expediciones a los oasis de Jarga y Dajla parecen haber tenido continuidad durante el Reino Medio (cf. Vandersleyen, 1995, 67).

¹⁴ Los primeros indicios de explotación minera de oro en el desierto oriental se remontan al Predinástico Tardío. A partir de los tipos de herramientas documentados, se cree que durante el Reino Antiguo y Medio la explotación estuvo a cargo de grupos nubios y el acarreo a cargo de egipcios (cf. Klemm *et al.*, 2002, 216-217). Una situación semejante de colaboración pudo haber tenido lugar durante el Bronce Medio entre los nómades pastora- listas del norte del desierto del Sinaí y los habitantes de Tel el Dab'a en torno al traslado de ganado desde el sur de Palestina (Oren, 1997, 279), así como en las expediciones a las minas de turquesa y cobre del Sinaí, en tanto llevaban «intérpretes» (cf. Gardiner *et al.*, 1955, 17) y quizás pueda entenderse en ese sentido la caravana de asiáticos *ḥmw* trayendo galena, en la tumba del nomarca Knumhotep II de Beni Hasan.

dominios (*ḥwt*), como en el caso del delta oriental, o por el establecimiento de fortalezas, como en el caso de la Baja Nubia. En cambio, en las áreas periféricas el Estado egipcio no intervenía de modo directo, aunque mantenía contactos con las élites locales¹⁵.

¿Cuáles son las evidencias de las que disponemos para considerar las relaciones entre el Estado egipcio, las áreas vinculantes y las periféricas durante el Reino Medio?

La documentación escrita egipcia que hace referencia a los contactos con tales áreas es relativamente escasa: en relación con el área levantina, podemos mencionar el Cuento de Sinuhé (centrado en el reinado de Sesostri I); la estela de Kusobek (de tiempo de Sesostri III); los Anales de Amenemhat II (cuyo descubrimiento es relativamente reciente, de modo que muchos análisis no han podido tenerlos en cuenta) y los Textos de Execración¹⁶; en tanto que para Nubia podemos mencionar, además de los Textos de Execración que hacen referencia a algunas de sus localidades, gran número de estelas, tanto de reyes como de funcionarios, entre las que se destaca la estela de frontera del año 16 de Sesostri III; inscripciones en las canteras de Toshka; una inscripción hallada en el Wadi Gawasis que menciona una expedición al Punt bajo Sesostri I; inscripciones en el Wadi Hammamat y, los fragmentarios Despachos de Semna, a través de los cuales es posible dimensionar las actividades de las fortalezas de la segunda catarata. A este material debemos sumar la evidencia producida por los hallazgos arqueológicos en sitios tanto del Levante (i.e. Biblos, Meguido, Gaza) y del propio Egipto (desde Tel el Dab'a en el del-

¹⁵ Los conceptos de "centro" y "periferia" (utilizados para analizar las particularidades del sistema-mundo capitalista, cf. Wallerstein, 1974) son presentados aquí teniendo en cuenta las consideraciones de Rowlands acerca de la extrapolación y aplicación de tales conceptos a las sociedades antiguas (cf. Rowlands, 1987, 5). Boor utiliza el concepto de "semiperiferia", definiéndola como un área que a) posee formas mixtas de organización —tanto del centro como de la periferia—; b) se encuentra ubicada entre centros y periferias, y c) actúa como mediadora en las actividades entre unos y otras (cf. Boor, 2003, 47; Wilkinson, 1991, 121). Nosotros preferimos denominar a esas "semiperiferias" egipcias, el delta oriental y la Baja Nubia, "áreas vinculantes" para enfatizar esa condición de áreas de mediación.

¹⁶ Conocidos como textos de Bruselas y de Berlín y Mirgissa, contienen listas de jefes de ciudades, poblados y regiones del Bronce Medio en Siria-Palestina y en Nubia. En la primera serie, se mencionan 20 pueblos y 30 jefes; en la segunda, 60 pueblos y jefes. La primera serie fue datada c. 1925-1875 a.C. y la segunda, c. 1850-1800 a.C. Cf. Posener, 1940, 194; Albright, 1954, 223; Redford, 1992, 92.

ta hasta el área ocupada por las fortalezas en la Baja Nubia) como de la Alta Nubia (especialmente Kerma).

Tradicionalmente, la historiografía relevó con mayor énfasis los posibles significados políticos de todas estas evidencias correspondientes al Reino Medio, entendidas como indicativas de la expansión del Estado egipcio sobre las periferias asiática y nubia, en una actitud "imperial". Con el tiempo y con la aparición de nueva evidencia, tal calificación se fue moderando, y hoy día el uso del adjetivo «imperialista» sólo es mantenido por algunos autores para describir el avance egipcio sobre la Baja Nubia en ese período.

Egipto y Siria-Palestina

A partir de la década del '20, el hallazgo de objetos egipcios con los nombres de Amenemhat III y IV en las tumbas regias de Biblos, así como el uso de la escritura jeroglífica y los títulos egipcios empleados por los reyes biblitas en sus inscripciones, derivaron directamente en la idea de un "imperio egipcio en Asia" durante el Reino Medio. Toda la documentación era analizada desde esa perspectiva: por ejemplo, el uso del título egipcio de *ḥ3ty*-^c por los reyes de Biblos fue interpretado como evidencia del control ejercido por el faraón sobre dicha ciudad; del mismo modo era interpretada la omisión del nombre del "jefe" de Biblos en los Textos de Execración, así como la mención explícita en ellos de las "tribus" o a los *ʿ3mw* de Biblos¹⁷. Por su parte, algunos se aventuraron a extender el dominio faraónico sobre Palestina, basándose en el hallazgo de escarabajos-sello con los nombres de los faraones y funcionarios egipcios en varias ciudades y la omisión de tales ciudades en los Textos de Execración¹⁸. En

¹⁷ Sobre el "imperio egipcio en Asia", cf. Montet, 1927; 1928; 1929; en particular, Albright, 1964, 38-46; 1966, 26-35; Giveon, 1967, 29-37; sobre el uso del título *ḥ3ty*-^c por los reyes de Biblos, cf. Albright, 1966, 29; Montet, 1927, 85-92; Giveon, 1987, 23-41.

¹⁸ En las propias palabras de Giveon: "Por lo menos, parte de los sellos con los nombres reales de los faraones de la dinastía XII pueden, como hemos visto, ser considerados junto con otros documentos, como evidencia contemporánea del gobierno egipcio en Canaán" (cf. Giveon, 1987, 27; también Albright, 1964, 42-43). Desde ya, Canaán implicaba toda el área del corredor sirio-palestino. Para la mención a las "tribus" de Biblos en los Textos de Execración, cf. Posener, 1940, 94; respecto de los *ʿ3mw* de Biblos, cf. Sethe, 1926, 55.

el mismo sentido se consideraba la posible residencia de egipcios en el área a partir de la información contenida en el relato de Sinuhé y del hallazgo de la estatua del nomarca Dyehuty-hotep en Meguido¹⁹.

A muchas de esas conclusiones se llegaba mediante la consideración de materiales hallados fuera de contexto arqueológico, de los que no era posible conocer su procedencia exacta ni su datación²⁰. En cierta forma como reacción contra cierto abuso de tal tipo de materiales, se inició una tendencia a enfatizar la utilización de documentos encontrados en contextos estratigráficos precisos²¹, que redundó en el descarte de muchas evidencias y de las conclusiones que a partir de ellas se habían extraído. De todos modos, dada la escasez general de evidencia, hay quienes hoy reivindican el uso del material cuya procedencia no es precisa, siempre y cuando exista algún modo de constatar su datación por cruce de datos.

La reconstrucción histórica que planteaba el "imperio egipcio" en Siria-Palestina fue objetada utilizando prácticamente la misma documentación que se usó para defender esa idea: se hizo hincapié en la poca incidencia de las evidencias egipcias relativas al interés en Siria-Palestina (entiéndase, inscripciones que hicieran referencia a actividades punitivas

¹⁹ Su estatua fue hallada dentro de la estructura de un templo, erigido probablemente a fines del Bronce Medio (cf. Wilson, 1941, 225-236). Dyehuty-hotep desempeñó su cargo durante los reinados de Amenemhat II y de Sesostri III. En su tumba en El Bersheh aparece un título [*ꜥꜣ n ḥꜣst nb* "puerta de todo país extranjero" (cf. Sethe, 1935, VII, 45, l. 18; Fischer, 1985, 13, n° 587a)] semejante al del nomarca Knumhotep III de Beni Hasan, que probablemente estuvo apostado en el delta oriental durante el reinado de Sesostri III [*imn ḥꜣwt nb ꜣꜣꜣꜣ (m) rꜣ ꜥꜣ ḥꜣswt* "uno que trae todo lo noble y bueno (desde) la puerta de los países extranjeros" (cf. Aufrère, 2002, 213)]. Probablemente estos títulos hacían referencia a las actividades de estos personajes en relación con el acarreo de bienes desde las periferias (cf. Mazar, 1991, 188 para Dyehuty-hotep; para el caso del nomarca Knumhotep III, cf. Aufrère, 2002, 212; para el título "puerta de todo país extranjero" y el significado de "aduana" que adquiere durante el Reino Nuevo, cf. Posener, 1947, 119). Otro caso semejante puede ser el del nomarca Hapidyefa (de Asiut, reinado de Sesostri I), de quien se hallaron fragmentos de sus estatuas en Tel Hizzin (cf. Chehab, 1969, 22 y lám. IV), en Kerma (Porter y Moss, VII, 177), y en el templo B500 de Dyebel Barkal (Porter y Moss, VII, 216). En esta última aparece el título de "gran gobernador del sur" que podría indicar algún tipo de responsabilidad en Nubia (cf. Vandersleyen, 1995, 67).

²⁰ Cf., entre otros, el tipo de conclusiones propuestas por Newberry, 1928, 109; Montet, 1929, 12-15; Martin, 1968, 141-142.

²¹ Cf. Weinstein, 1975, 1; Ben-Tor, 1994, 8.

en Asia occidental²²) y se concluyó que las interacciones eran pacíficas, comerciales y amistosas, y dependían en cierto modo de influencias ajenas al área, como el avance del poderío hureo sobre el norte de Siria²³. La presencia de representantes de la élite egipcia en Palestina, como el ya mencionado caso del nomarca Dyehuty-hotep, fue explicada entonces como el exilio obligado de un funcionario provincial luego del restablecimiento del poder central durante el Reino Medio²⁴ y no ya como la presencia de un delegado del rey en un territorio controlado por Egipto. Como vemos, todo era cuestión de perspectivas.

Con el transcurso del tiempo, si bien, como Albright²⁵, los mayores exponentes de estas explicaciones mantuvieron sus ideas, la opción extrema control/no-control (o imperio/no imperio), en las que parecía haberse estancado el debate, se fue moderando y lentamente se abrieron paso nuevas explicaciones, desagregándose la oposición de términos en un gradiente de mayor espectro.

Es así que, a mediados de la década del '70, la historiografía comenzó a distinguir diferencias entre las prácticas que interrelacionaban Egipto con Siria de las que lo hacían entre Egipto y Palestina²⁶. La relación se dibujaba casi sin resquicios particularmente en Biblos²⁷, mientras que era bastante epidérmica en Palestina, limitada a las ciudades erigidas so-

²² En la Estela de Kusobek (datada en el reinado de Sesostri III) se hallaba la única mención conocida de una acción punitiva egipcia que probablemente haya tenido lugar en Siria-Palestina, previo al descubrimiento de los Anales de Amenemhat II. Dice: "(...) Su Majestad ordenó navegar hacia el sur para vencer a los *ivntyw* de Nubia (...)" [ls. 4-5] "(...) Su Majestad ordenó navegar aguas abajo para vencer a los *mntw* de Asia. Su Majestad arribó al país extranjero cuyo nombre es *Sekmem* (...)" [ls. 8-9] "(...) entonces *Sekmem* cayó junto con el Retenu (...)" [l. 10]. Sethe, 1924, 82-83. Se identificó a *Sekmem* con la Siquem bíblica y las menciones al Retenu hicieron pensar en acciones en Asia occidental (cf. Posener, 1940, 94; Vandersleyen, 1995, 91, quien pone reparos acerca del significado comúnmente atribuido a *ꜥꜣmw*, a Retenu y a la identificación entre *Sekmem* y Siquem).

²³ Cf. Ward, 1961b, 137.

²⁴ Cf. Ward, 1961a, 41.

²⁵ Siempre mantuvo su idea acerca del control egipcio sobre Asia occidental, como puede verse en sus últimos trabajos publicados en la década del '60. Cf. Albright, 1966, 29.

²⁶ Cf. Weinstein, 1975, 1-16.

²⁷ Con probabilidad desde el Reino Antiguo, y siendo discontinuados, por lo menos a nivel de la élite estatal egipcia, durante el PPI (para el Reino Antiguo, cf. Saghie, 1983; Ward, 1991, 11-19; Ben Tor, 1991, 3-9; para el PPI, cf. Daneri de Rodrigo, 1992, 104). Los objetos fechados en el Reino Antiguo egipcio se componen de mesas de ofrendas, vasos de alabastro, jarras y estatuillas (cf. Ward, 1964, 35-47; Dunand, 1954, n° 4149, 6496, 4366, 3800).

bre las principales rutas de intercambio, como Meguido, o bien a aquellas situadas sobre la costa, en los alrededores de Gaza²⁸. Incluso, las características de las evidencias arqueológicas para ese período en el corredor del norte del Sinaí²⁹ hicieron pensar que la vía marítima era la privilegiada en el contacto y que la vía terrestre, habitada por pastores nómades, tenía un rol diferente, quizás relacionado con el traslado de ganado desde Palestina (evidencia que, además, es difícil de rastrear en el registro arqueológico)³⁰.

De manera casual, la escasa evidencia escrita disponible se vería acrecentada en tiempos recientes por el hallazgo de uno de los documentos más importantes para el análisis contemporáneo del Reino Medio: nos referimos a un fragmento de los Anales de Amenemhat II —también conocidos como “Inscripción de Menfis” o “Inscripción de Mit Rahina”—, con 41 columnas de texto, encontrada en 1974 y publicada recién en 1980³¹. El nuevo hallazgo recibió particular atención durante los ‘80 y los ‘90³². En lo que concierne a nuestro tema, en el documento se mencionan seis acciones que involucran a “Asia”, una a Nubia y otra al Sinaí.

Según el documento, una expedición punitiva pudo haber tenido lugar en algún sitio de Asia occidental³³ (tanto por los topónimos semíticos *Iasy* e *Iwai* mencionados en el texto³⁴, como por el hecho de haber capturado *ʿ3mw*, apelativo con que los egipcios designaban a los individuos ori-

²⁸ Estudios de activación neutrónica sobre las denominadas “jarras cananeas” para transporte de vino, halladas en casi todos los estratos de Tel el Dab’a, indican que un 74 % posee una pasta originaria del sur de Palestina, del denominado “grupo Gaza” de sitios del Bronce Medio (Gaza, Tel el Ajjul, Tel Jemmeh, Tel el Farah Sur, Tel Haror, Tel Beit Mirsim, Lachish y Ascalón). Cf. McGovern y Harbottle, 1997, 151-152.

²⁹ Cf. Oren, 1973, 204-205.

³⁰ Cf. Oren, 1997, 279; Flammini, 1998, 48.

³¹ Cf. Altenmüller y Moussa, 1991, 40.

³² Cf. Farag, 1980, 75-82, para una presentación de la inscripción; Posener, 1982, 7-8, para un breve comentario sobre su importancia; véase especialmente Altenmüller y Moussa, 1991, 1-48, para su transliteración y traducción. Para comentarios generales acerca de su relevancia para el estudio del Reino Medio, cf. Valbelle, 1990, 88 y ss.; Goedicke, 1991, 89-94, y Malek y Quirke, 1992, 13-18; en oposición cf. Vandersleyen, 1995, 80. Actualmente se encuentra en preparación una nueva versión del documento por el Griffith Institute de la Universidad de Oxford (J. Malek, comunicación personal, marzo 2004).

³³ Cols. 16+x; 17+x y 18+x de la Inscripción.

³⁴ En la Col. 16+x de la Inscripción se lee: “(...) tropas de asalto del ejército enviadas para arrasar Iwai (y para) arrasar Iasy. (...)”. Para una discusión sobre este punto específico cf. Helck, 1989, 27-30.

genarios de Siria-Palestina, y traducido comúnmente como “asiáticos”), de donde se trajo un botín consistente en 1554 cautivos *ʿ3mw*; armas y herramientas de madera y de bronce; joyas; enseres domésticos de esos asiáticos y también algunas materias primas y piedras semipreciosas, como cobre, amatista y malaquita. También se menciona una expedición (¿para intercambiar?) con el envío de diez (?) barcos *dpt* que traen plata en gran cantidad³⁵. Las acciones punitivas en Asia podrían entenderse como un despliegue para obtener botín, es decir, incursiones esporádicas que no parecen involucrar una presencia permanente del Estado egipcio en aquella época.

En otra columna de los Anales se menciona la entrega de *b3kw(t)*³⁶ por parte de “los hijos de los jefes de Asia” quienes llegaban con la “cabeza inclinada”; y también, probablemente —ya que el inicio de la columna está destruido— hayan llegado del mismo modo desde Nubia y Ubat-Sepet, esta última una región del desierto oriental. Desde estas dos últimas regiones se especifica el ingreso de materias primas como incienso, cornalina, electro y malaquita; también plantas aromáticas, semillas, ébano y animales (toros y gacelas³⁷). Desde Asia, se menciona el transporte de plata —que quizás llegara desde Anatolia—, plomo, ganado menor y 1002 *ʿ3mw*. También se menciona el arribo de los nómades de Chempau³⁸ que traen consigo cerusa³⁹ y la llegada de una expedición enviada a Serabit el Jadim trayendo turquesa⁴⁰.

Es de esperar que en un futuro, una reinterpretación de las evidencias actualmente disponibles provea nuevas explicaciones que echen luz sobre el alcance y las modalidades de los contactos entre Egipto y la peri-

³⁵ Col. 18+x. La lectura del número de barcos es incierta.

³⁶ Cols. 11+x; 12+x y 13+x de la Inscripción. Bleiberg realizó un análisis de los conceptos *b3kw(t)* e *inw* a partir de algunos documentos tomando como variables el destino último de los bienes por un lado y su origen por el otro (templo o “cartera privada” (?) del rey; envío desde una región o envío hecho por un grupo de personas). Por su parte, Bleiberg señala que en otros documentos tanto *inw* como el *b3kw(t)* se comportan de manera diferente, como es el caso de la “Estela de Gebel Barkal” de Tutmosis III. Cf. Bleiberg, 1984, 155-167; 1988, 157-168, y Janssen, 1993, 81-94.

³⁷ Animales que habitaban el desierto, como puede verse en las representaciones de cacerías en la tumba del nomarca Knumhotep II de Beni Hasan.

³⁸ No hay conocimiento de una localidad con esa denominación para el Reino Medio. Goedicke sugiere identificar Chempau con Tunip (1991, 91).

³⁹ Col. 15+x. Cf. Altenmüller y Moussa, 1991, 12; Goedicke, 1991, 90.

⁴⁰ Col. 13+x.

feria asiática. Seguramente, una reinterpretación de tales contactos no podrá dejar de considerar el área que vinculaba al área central egipcia con esa periferia: el delta oriental del Nilo. Allí, las excavaciones en Tel el Dab'a, iniciadas en 1966, están proporcionando una gran cantidad de vestigios no sólo sobre el período estrictamente hicsu y el tebano posterior, sino sobre la ocupación asiática que se inició a mediados de la dinastía XII, probablemente bajo el reinado de Amenemhat III.

En el sitio fue fundado un primer asentamiento egipcio por Amenemhat I⁴¹. El dominio se llamaba —y es válido traer este punto a colación, dada la importancia que las denominaciones tenían para los egipcios— “Dominio de Amenemhat, justificado, de la puerta de los dos caminos”. Es probable que el término “puerta” hiciera referencia al status del dominio, es decir, a su función como punto de ingreso y egreso de personas y bienes; un punto de separación entre “Egipto” y “no-Egipto” instalado en un sitio estratégico donde la rama pelusíaca del Nilo —la más oriental— se dividía en dos ramas secundarias que desembocaban en el Mediterráneo. Tal ubicación, equidistante entre la costa mediterránea y el área menfita, le confería gran relevancia, a la vez, como vía de comunicación con el Sinaí y Siria-Palestina y como elemento para regular el posible ingreso de nómades del desierto.

Luego de un hiato que abarcaría desde mediados del reinado de Sesostris I a mediados del de Amenemhat III, el asentamiento egipcio fue cubierto por un asentamiento de asiáticos altamente egipcianizados de la cultura del Bronce Medio IIa, que introdujo elementos arquitectónicos asiáticos en Egipto, que indicarían el origen urbano de los habitantes del sitio⁴². En cuanto a la cerámica, sólo el 20% del total era de tipo levantino, el resto era egipcio. Esa cerámica, denominada “cerámica pintada levantina” (*Levantine Painted Ware*) no era producida en Tel el Dab'a⁴³.

⁴¹ Es probable, incluso, que haya existido un dominio fundado con anterioridad por el rey heracleopolitano Ketu, durante el Primer Período Intermedio. Cf. Bietak, 1997, 97.

⁴² Estos son principalmente el tipo de casas con una sala en el medio (*Mittelsaal*), que fueron halladas también en Biblos y en Mari, pero no en las ciudades palestinas. El otro rasgo arquitectónico asiático son las construcciones con una sala amplia —*Breitraum*, una característica arquitectónica mesopotámica— que tuvieron mayor preponderancia durante el Bronce Temprano asiático. Cf. Bietak, 1997, 97-100.

⁴³ Bietak dató los estratos H a G de Tel el Dab'a en la Dinastía XII tardía-Dinastía XIII temprana, utilizando la tipología cerámica proveniente del Complejo 7 de Dahshur estudiada por D. Arnold. Cf. Arnold, 1982, 39-40; Bietak, 1991, 53; Szafranski, 2002, 360-366.

¿Cuáles serían los intereses del Estado egipcio para permitir la instalación de una población no nativa, aunque altamente egipcianizada, en territorio propio. Es probable que la ocupación del sitio haya tenido que ver con una iniciativa por parte del Estado: la creación previa de un *hwt* egipcio en el área durante el reinado de Amenemhat I y el nombre de la posterior Avaris —“Dominio del distrito” (*hwt w'rt*)— permitirían considerar que el Estado estaba desplegando prácticas activas en la región⁴⁴. De este modo, en el estado actual de los conocimientos sobre el tema, la razón de tal ocupación asiática podría hipotéticamente plantearse en función de tres objetivos del Estado egipcio: a) la búsqueda de colonización de un área de frontera; b) el establecimiento de una colonia de especialistas en alguna actividad que los egipcios no realizaban, y c) la realización de probables expediciones al Sinaí⁴⁵ y a Biblos⁴⁶.

Egipto y Nubia

Ahora bien, ¿qué sucede con la relación establecida entre Egipto y su periferia sur, Kerma, durante el Reino Medio?

Ya hemos mencionado el mayor número de fuentes escritas egipcias en relación con Nubia. Hace más de 80 años, Reisner⁴⁷ inició las primeras excavaciones en Kerma. Un error en la datación de un cementerio (el túmulo KIII) donde fueron halladas las estatuas del nomarca de Asiut Hapidyefa y su esposa, le hicieron pensar en un “imperio” egipcio en Nu-

⁴⁴ En los estratos contemporáneos de la dinastía XIII, se hallaron evidencias de la relación con la administración central: en una de las tumbas del edificio conocido como el “palacio”, se encontró un sello del “mayordomo jefe del tesoro Aya” (cf. Bietak, 1997, 103).

⁴⁵ Asiáticos *ḥmw* tomaron parte en las expediciones a Maghara, incluso el “hermano del jefe del Retenu, Jebded” que aparece mencionado en inscripciones del año 4, 5, 13 y 25 de Amenemhat III. Cf. Gardiner *et al.*, 1955, 19 y ss. Un descubrimiento de importancia en Tel el Dab'a fue el hallazgo de los fragmentos de una estatua perteneciente a un dignatario asiático, única en su tipo en Egipto, contemporánea de fines de la dinastía XII, inicios de la XIII (Cf. Bietak, 1997, 101; Matthiae, 1997, 400).

⁴⁶ Se detectaron paralelos estilísticos en los hallazgos de las tumbas de Tel el Dab'a con los objetos hallados en las tumbas reales y en los “depósitos de ofrendas” de Biblos, en particular, armas muy ornamentadas. Con probabilidad, este armamento no tuvo un fin instrumental sino que actuó como símbolo de status, o bien reflejando valores y creencias. Cf. Philip, 1995, 71-72.

⁴⁷ Reisner, 1923a y 1923b.

bia en el Reino Medio, que incluía a Kerma. Pocos años después este error fue subsanado y la idea del "imperialismo" egipcio en Nubia, como luego veremos, quedó restringida a la región donde se erigieron las fortalezas.

Reisner excavó la gran necrópolis de Kerma, y la dividió en: Cementerio N (el ubicado más al norte), M (en el centro) y S (al sur). En este último se incluyeron las aisladas tumbas del Cementerio B, ubicadas entre el Cementerio M y el S. Se estableció que la fase Kerma Medio era contemporánea del Reino Medio egipcio, y que a esa fase correspondía el Cementerio M. En esta fase se acrecentó el número de objetos egipcios hallados, producto de importaciones; las tumbas eran de mayor tamaño y poseían enseres más lujosos que en las fases más tempranas. Asimismo, se constató la existencia de sacrificios humanos. En la fase siguiente, Kerma Clásico I, cuya subfase más temprana es contemporánea de la Dinastía XIII, se detectó un aumento tanto en el tamaño de las tumbas como en el número de sacrificios⁴⁸.

Los hallazgos en Kerma reportaron también una gran cantidad de escarabajos-sello, de los cuales el 70 % correspondía a importaciones desde Egipto, que se inician a finales del Reino Medio. Por su parte, la cerámica hallada en los cementerios fue utilizada para establecer el grado de contacto entre Kerma y su vecino del norte.

La más reciente clasificación de la cerámica del Reino Medio egipcio, llevada a cabo por D. Arnold, incorpora, además de los criterios clásicos que evalúan formas, colores y tratamiento de la superficie, los de tecnología y análisis de pastas. Todo ello permitió la diferenciación entre estilos cerámicos del Alto y del Bajo Egipto y, al analizar la cerámica de los cementerios de Kerma, se encontró que había material tanto del Alto como del Bajo Egipto en contextos contemporáneos de la dinastía XII e inicios de la XIII, que apuntan a la existencia de una amplia red de intercambios entre Egipto y Kerma durante el Reino Medio⁴⁹, regulada en parte por los egipcios a través de las fortalezas establecidas en territorio nubio. Los fragmentarios Despachos de Semna hacen referencia a este aspecto

⁴⁸ Cf. Gratien, 1978, 135-139. El Cementerio B y los túmulos más tempranos del Cementerio Sur, pertenecen a la subfase Kerma Medio II, mientras que existe una superposición entre las fases Kerma Antiguo y Medio I en los Cementerios N y M (cf. Lacovara, 1997, 77-78).

⁴⁹ Para un análisis de los escarabajos-sello, cf. Markowitz, 1997, 83, para un estudio de la cerámica egipcia, cf. Arnold, 1982, 25-65, para la relación entre la aparición de la cerámica egipcia en contextos nubios, cf. Bourriau, 1991, 129.

Cuando señalan expresamente: «la fortaleza "Jakaurre es poderoso". X (?) nubios arribaron (?) en el año 3, 4º mes de Peret, día 7, al atardecer, para comerciar. Lo que ellos habían llevado se negoció... el tráfico de esto. (Ellos) navegaron río arriba hacia el lugar de donde habían venido, habiéndoseles dado pan y cerveza... en el año 3, 4º mes de Peret, día 8 a la mañana. Esta es una comunicación acerca de ello. Todos los negocios del dominio del rey (que viva esté próspero y sano); todos los asuntos del señor (que viva, esté próspero y sano), están sanos y salvos. Pueda el oído del señor (que viva, esté próspero y sano) estar bien! Otros seis nubios llegaron a la fortaleza "Jakaurre es poderoso" para hacer un comercio igual a éste... en el 4º mes de Peret, día 8. Lo que ellos habían traído fue negociado. (Ellos) navegaron río arriba hacia el lugar de donde habían venido, en este día»⁵⁰.

Probablemente a fines de la dinastía XII o a inicios de la XIII, se evidenció un cambio en la utilización de las fortalezas, pasándose de una ocupación de tipo rotativo a otra de tipo permanente. Para el caso de Askut, los datos básicos se extrajeron siguiendo las pautas de disposición de los desperdicios en el sitio y las modificaciones introducidas en los edificios existentes, incluyendo la aparición de enterramientos. S. Smith atribuye ese proceso a una causal económica relacionada con la necesidad de reducir los "costos imperiales" y hacer de esa infraestructura establecida en la Baja Nubia un entidad autosuficiente⁵¹.

Como hemos visto, algunos de los trabajos más recientes evidencian la búsqueda de perspectivas superadoras de los enfoques descriptivos. En general, sin embargo, continúa prevaleciendo la percepción acerca de un "imperialismo" egipcio sobre la Baja Nubia durante el Reino Medio. En efecto, si bien la idea de un "imperio egipcio en Asia" durante el Reino Medio egipcio fue descartada hace mucho tiempo, la idea del "imperio egipcio en la Baja Nubia" continúa predominando en el marco de los estudios nubios desde que fue planteada por Reisner en 1914⁵² y lo que se busca establecer son las gradaciones de esa política imperialista del Estado egipcio, como en el caso de las tres fases de la expansión egipcia —co-

⁵⁰ Cf. Smither, 1945, 3-10. Existen fragmentos semejantes provenientes de la fortaleza de Iken.

⁵¹ S. Smith, 1995, 56 y 80. El establecimiento de asentamientos permanentes parece haber tenido también lugar en el resto de las fortalezas.

⁵² Ya hicimos mención a la confusión de Reisner, al datar erróneamente un túmulo del cementerio Sur, que se demostró era contemporáneo del SPI (cf. Adams, 1977, 41-53; Shinnie, 1996, 69-70). Es probable que las estatuas hayan llegado allí en ese momento.

respondientes al Reino Antiguo, Medio y Nuevo— propuestas por Adams en 1977⁵³.

¿Es posible, entonces, utilizar el concepto de “imperialismo” para la relación Egipto-Baja Nubia durante el Reino Medio? Es cierto que no todos los especialistas están de acuerdo: Zibelius-Chen, por ejemplo, se resiste a utilizar ese término para el antiguo Egipto⁵⁴. En oposición, S. Smith defiende el uso del concepto señalando que “en el nivel más básico, *imperialismo es sobre el poder, la dominación de una sociedad sobre otras*”⁵⁵, aunque reconoce que el debate teórico que existe sobre la aplicación y los límites del concepto es prácticamente inexistente. En todo caso, aboga por el uso del término sin entrar en discusiones mayores sobre su propiedad, y define la relación Egipto-Nubia durante el Reino Medio como “Imperialismo Equilibrado”, que implica “el mantenimiento de la cultura indígena con sólo una pequeña presencia imperial”, según la matriz elaborada por Horvath y adaptada por Bartel⁵⁶. ¿Cuáles serían las características de ese “imperialismo equilibrado”? Sin intenciones de colonización, la presencia egipcia nunca habría sido demasiado grande y siempre habría tenido carácter militar, administrativo y quizás comercial. Habría buscado controlar la población local, mantener y asegurar la costa y las rutas al desierto y explotar ciertos recursos naturales⁵⁷. Las razones últimas de tal “imperialis-

⁵³ Cf. Adams, 1977, 166; O'Connor, 1993, 56; S. Smith, 1997, 66.

⁵⁴ Cf. Zibelius Chen, 1988, xiii y ss.

⁵⁵ S. Smith, 1995, 8. La traducción es nuestra.

⁵⁶ Cf. S. Smith, 1995, 9, Fig. 1.2. La matriz consiste en el cruce de los conceptos de colonialismo (con pobladores egipcios) e imperialismo (sin pobladores egipcios) con los de erradicación, aculturación y equilibrio respecto de la población local (cf. S. Smith, 1991, Fig. 2; 1995, 1-50).

⁵⁷ El término «imperialismo» fue acuñado en 1902, por J. Hobson, un economista inglés que buscaba sus raíces en el propio sistema capitalista y en la necesidad de nuevos mercados donde colocar los excedentes. Esta posición fue seguida por Lenin, quien publicó un manifiesto en 1917 bajo el título de *Imperialismo, el último estadio del capitalismo* y le confirió al término un marcado sesgo ideológico. En 1918, Schumpeter prefería eliminar al capitalismo como elemento generador de políticas imperialistas, definiendo a este último como *la disposición sin objeto de un Estado a la expansión por la fuerza y sin límites asignados*, es decir, como una disposición humana natural para la guerra, heredada de las sociedades precapitalistas, y específicamente de la nobleza guerrera. En su acepción más básica, el término define la expansión de un centro desarrollado sobre periferias subdesarrolladas bajo la forma de una relación de dominación, proveyéndose aquél de materias primas a bajo costo y revendiendo sus productos manufacturados de alto costo a esas mismas periferias.

mo” sobre Nubia habría que buscarlas en la necesidad de obtener riquezas (*wealth finance*) para la élite egipcia⁵⁸.

Tomando como punto de partida los hallazgos realizados en Askut, el análisis de S. Smith intenta una síntesis teórica que —como él mismo indicó— puede entenderse como una reacción personal al énfasis puesto por los egiptólogos en los “detalles” y en la acumulación y descripción de datos⁵⁹. En esto compartimos su punto de vista. Sin embargo, al no cuestionar el mismo concepto de “imperialismo”, su análisis incurre en un anacronismo conceptual⁶⁰ que, además, no cambia demasiado la perspectiva desde la cual un lúcido Adams abordó el tema mucho tiempo antes, ni las conclusiones a las que este último llegó⁶¹.

Más allá de la cuestión del “imperialismo”, otra explicación sobre el avance egipcio en el área apunta hacia las formas de organización social que tuvieron lugar en Nubia. En este sentido, O'Connor buscó demostrar —sobre la base de los hallazgos de armas en los enterramientos de Kerma (especialmente en los de las fases Kerma Temprano y Kerma Clásico)— que el imperialismo egipcio tuvo su razón de ser en el hecho de que los nubios eran militarmente agresivos y difíciles de controlar. En tal sentido, las fortalezas egipcias habrían tenido un carácter defensivo frente a la agresión de los nubios, expertos militares entrenados en los ejércitos egipcios⁶².

Además, propuso un modelo alternativo al de las sociedades de jefatura simple con que usualmente se interpretaba a las sociedades nubias

⁵⁸ Cf. S. Smith 1991 para un estado de la cuestión y 1995 y 1997 para la aplicación al caso.

⁵⁹ Cf. S. Smith, 1991, 77.

⁶⁰ Si bien S. Smith realiza una breve referencia al llamado de atención que algunos investigadores hacen sobre la aplicación de términos modernos a las economías precapitalistas (1991, n.8; 1997, 66), aplica luego, sin mayores reparos, los conceptos de “imperialismo” o “colonialismo” al antiguo Egipto, lo que produce análisis claramente anacrónicos. Así señala que “comparando y contrastando cómo diferentes pueblos como los romanos, los egipcios y los incas se impulsieron sobre otros y cómo esos otros reaccionaron, podemos comprender la naturaleza de nuestra más reciente historia del imperialismo occidental en el Tercer Mundo” (1997, 85; la traducción es nuestra), sin considerar que tales acontecimientos responden a dinámicas sociales diferentes (Cf. Campagno, 2001b, 154-158).

⁶¹ Adams había definido el rol de las fortalezas erigidas a la altura de la segunda catarata del Nilo como medios de control de los intercambios con el sur. Cf. Adams, 1977, 184-185. Shinnie expresa en el mismo sentido que “las fortalezas [de la segunda catarata] fueron establecidas tanto para defender la frontera egipcia más externa como para controlar el tráfico comercial a lo largo del Nilo” (Cf. Shinnie, 1996, 73. La traducción es nuestra).

⁶² Cf. O'Connor, 1993, 26-31.

y especificó que, en su opinión, estaban organizadas en jefaturas completas —o quizás Estados— desde mucho antes de lo que es comúnmente aceptado⁶³. Consideramos que O'Connor parte de una premisa teórica discutible, dado que, al poner ambos tipos de sociedades en un mismo plano (“jefaturas o quizás Estados”), da por sentado que un Estado y una sociedad de jefatura se organizan a partir de las mismas reglas. Como señala M. Campagno, la regla básica de organización social de una jefatura es el parentesco, donde el “jefe” es pariente del resto; y no lo es en el Estado donde la relación es del tipo “jefe-súbdito”, es decir, una relación social que se da entre individuos o grupos de no-parientes⁶⁴.

Conclusiones

En resumen, luego de la crisis del PPI, durante el Reino Medio el Estado egipcio inició un lento proceso de avance sobre sus áreas vinculantes (el delta oriental y la Baja Nubia), y estableció una nueva definición de sus relaciones con las periferias (Siria-Palestina y la Alta Nubia). Estas últimas regiones eran las proveedoras de los bienes de prestigio requeridos por la élite local, mientras que las áreas vinculantes actuaban principalmente como intermediarias en las relaciones entre Egipto y aquellas.

Si bien podemos remontar el inicio de los contactos al Predinástico, la presencia del Estado en las áreas vinculantes durante el Reino Medio se materializó por la presencia de dominios (*hwt*) en el delta oriental, fortalezas en la Baja Nubia. Es probable que en el caso del delta oriental, donde tuvo lugar una importante ocupación asiática (Tel el Dab'a), el Estado hubiera intentado la colonización de un área de frontera con habitantes especializados en algún tipo de actividad que los egipcios no realizaban, y que podría estar vinculada con las expediciones al Sinaí y a Biblos. Las fortalezas de la segunda catarata, por su parte, detentaron un rol relacionado con la regulación de los intercambios establecidos entre Egipto y la Alta Nubia, evidenciando un proceso de asentamiento permanente de sus habitantes desde fines de la dinastía XII-inicios de la dinastía XIII.

⁶³ Cf. O'Connor, 1993, 26; 31 y ss.

⁶⁴ Cf. Campagno, 1998, 49.

Por otra parte, en las áreas periféricas, el Estado egipcio no ejerció prácticas de dominación, aunque mantuvo contactos con las élites locales, como lo indican las evidencias halladas en las necrópolis de Biblos y de Kerma.

Los primeros estudios que consideraron los vestigios egipcios hallados en contextos sirio-palestinos o nubios (en especial en Biblos y Kerma), atribuyeron tal presencia a la instauración de un “imperio” egipcio en Asia y en Nubia. Con la aparición de nuevas evidencias y de reconsideraciones de los testimonios existentes, estas posiciones se fueron moderando y hoy día sólo se califican de “imperialistas” las prácticas de dominación por parte del Estado egipcio sobre el área vinculante establecida en la Baja Nubia.

Para finalizar, cabe señalar que la problemática de las relaciones entre Egipto, sus áreas vinculantes y sus periferias durante el Reino Medio no se agota en esta acotada aproximación. Por el contrario, consideramos que se requieren nuevas visiones de conjunto que integren el análisis de todas las variables posibles, para que tal problemática pueda ser comprendida de manera integral.

Bibliografía Citada

- ADAMS, W.Y. *Nubia. Corridor to Africa*, New Jersey, Princeton University Press, 1977.
- ALBRIGHT, W.F. Northwest Semitic Names in a List of Egyptian Slaves from the Eighteenth Century B.C. En: *Journal of the American Oriental Society*, vol. 74, n° 4, 1954, pp. 222-233.
- ALBRIGHT, W.F. The Eighteenth-Century Princes of Byblos and the Chronology of Middle Bronze. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 176, 1964, pp. 38-46.
- ALBRIGHT, W.F. Remarks on the Chronology of Early Bronze IV-Middle Bronze IIA in Phoenicia and Syria-Palestine. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 184, 1966, pp. 26-35.
- ALTENMÜLLER, H. y MOUSSA, A. Die Inschrift Amenemhet II. aus dem Ptah-Tempel von Memphis. Ein Vorbericht. En: *Studien zur Altägyptischen Kultur*, vol. 18, 1991, pp. 1-48.
- ARNÖLD, D. Keramikbearbeitung in Dahschur 1976-1981. En: *Mitteilungen der Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 38, 1982, pp. 25-65.
- AUFÈRE, S.H. The Deserts and the Fifteenth and Sixteenth Upper Egyptian Nomes during the Middle Kingdom. En: Friedman, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 2002, pp. 207-214.

- BEN-TOR, A. New Light on the Relations between Egypt and Southern Palestine during the Early Bronze Age. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 281, 1991, pp. 1-10.
- BEN-TOR, D. The Historical Implications of Middle Kingdom Scarabs found in Palestine bearing Privates Names and Titles of Officials. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 294, 1994, pp. 7-22.
- BIETAK, M. Egypt and Canaan during the Middle Bronze Age. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 281, 1991, pp. 27-72.
- BIETAK, M. Avaris: Capital of the Hyksos Kingdom: New Results of Excavations. En: Oren, E., (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 87-139.
- BLEIBERG, E. The King's Prive Purse during the New Kingdom: an examination of inw. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 21, 1984, pp. 155-167.
- BLEIBERG, E. The Redistributive Economy in New Kingdom Egypt: an examination of b3kw(t). En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, vol. 25, 1988, pp. 157-168.
- BOOR, J. World-Systems Theory and the Old Kingdom: A Test Case. En: Hawass, Z. (ed.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eight International Congress of Egyptologists*. Cairo, 2000. 3 vol. Cairo-New York, The American University in Cairo Press, 2003, pp. 146-153.
- BOURRIAU, J. Relations between Egypt and Kerma during the Middle and New Kingdoms. En Davies, W.V. (ed.), *Egypt and Africa: Nubia from Prehistory to Islam*, London, British Museum Press in association with the Egypt Exploration Society, 1991, pp. 129-144.
- CAMPAGNO, M. Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico, Colección Estudios, Nueva Serie 6, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- CAMPAGNO, M. El surgimiento del Estado egipcio y sus periferias: Nubia y Palestina en perspectiva. En Daneri Rodrigo, A. (ed.), *Relaciones de Intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I Milenio a.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001a, 33-57.
- CAMPAGNO, M. Reseña sobre Lustig, J. (ed.), *Anthropology and Egyptology. A developing Dialog*, Monographs in Mediterranean Archaeology 8, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997. En *Aula Orientalis*, vol. 19, 2001b, pp. 154-158.
- CAMPAGNO, M. De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y Consolidación

- del Estado en el Antiguo Egipto. *Aula Aegyptiaca-Studia*, Vol. 3, Barcelona, Aula Aegyptiaca, 2002.
- CHUIAB, M. Noms des personnalités égyptiennes découvertes au Liban, *Bulletin du Musée du Beyrouth*, vol. 22, Paris, Librairie d'Amérique et d'Orient A. Maisonneuve, 1969.
- DANERI DE RODRIGO, A. Las Dinastías VII-VIII y el Período Heracleopolitano en Egipto, en Anexos de la Revista de Estudios de Egiptología, Colección Estudios, nº 3, Buenos Aires, CONICET, 1992.
- DUNAND, M. Les Fouilles de Byblos II, 1933-38, Paris, P. Geuthner, 1954.
- PARAG, S. Une Inscription Memphite de la XIIIe. Dynastie. En *Revue d'Égyptologie*, vol. 32, 1980, pp. 75-82.
- FISCHER, H.G. *Egyptian Titles of the Middle Kingdom. A Supplement to Wm. Ward's Index*, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1985.
- FLAMMINI, R. The *h3tyw-* from Byblos in the Early Second Millennium B.C. En: *Göttinger Miszellen*, vol. 164, 1998, pp. 41-61.
- FLAMMINI, R. Dualidad Enterratoria en el Reino Medio: Sesostri III y sus complejos funerarios de Dahshur y Abidos. En: *Antiguo Oriente*, vol. 1, 2003, pp. 107-130.
- FRANKE, D. The Career of Khnumhotep III of Beni Hasan and the so-called "Decline of the Nomarchs". En: Quirke, S. (ed.), *Middle Kingdom Studies*, Kent, SIA Publishing, 1991, pp. 51-67.
- GARDINER, A.H., PEET, T.E. y ČERNÝ, J. *The Inscriptions of Sinai*, Vol. II., 45th Memoir of the Egypt Exploration Society, London, Egypt Exploration Society, 1955.
- GIVEON, R. Royal Seals of the XIIth Dynasty from Western Asia. En: *Revue d'Égyptologie*, vol. 19, 1967, pp. 29-37.
- GIVEON, R. The Impact of Egypt on Canaan in the Middle Bronze Age. En: Rainey, A. (ed.), *Egypt, Israel, Sinai: Archaeological and Historical Relationships in the Biblical Period*, Tel Aviv, Tel Aviv University, 1987, pp. 23-41.
- GOEDICKE, H. Egyptian Military Actions in 'Asia' in the Middle Kingdom. En: *Revue d'Égyptologie*, vol. 42, 1991, pp. 89-94.
- GRATIEN, B. *Les Cultures Kerma: Essai de Classification*, Lille, Université de Lille III, 1978.
- HARRELL, J.A. Pharaonic Stone Quarries in the Egyptian Deserts. En: Friedman, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 2002, pp. 232-243.
- HELCK, W. Ein ausgreifen des Mittleren Reiches in dem zypriotischen Raum?. En: *Göttinger Miszellen*, vol. 109, 1989, pp. 27-30.

- JANSSEN, J. J. B3kw: from Work to Product. En: *Studien zur Altägyptischen Kultur*, vol. 20, 1993, pp. 81-94.
- KLEMM, D., KLEMM, R., MURR, A. Ancient Gold Mining in the Eastern Desert of Egypt and the Nubian Desert of Sudan. En: Friedman, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 2002, pp. 215-231.
- LACOVARA, P. Egypt and Nubia during the Second Intermediate Period. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 69-83.
- MALEK, J. y QUIRKE, S. Memphis, 1991: Epigraphy. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 78, 1992, pp. 13-18.
- MARKOWITZ, Y., Appendix: the Seals from Kerma. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 83-86.
- MARTIN, G. A New Prince of Byblos. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 27, 1968, pp. 141-142.
- MATTHIAE, P. Ebla and Syria in the Middle Bronze Age. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 379-414.
- MAZAR, A. *Archaeology of the Land of the Bible 10.000-586 B.C.E.*, New York, Doubleday, 1991.
- MCGOVERN, P. y HARBOTTLE, G. 'Hyksos' Trade Connections between Tell el Dab'a (Avaris) and the Levant: a Neutron Activation Study of the Canaanite Jar. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 141-157.
- MONTET, P. Un Égyptien, Roi de Byblos, sous la XIIe. Dynastie. Etude sur deux scarabées de la Collection de Clercq. En: *Syria*, vol. 8, 1927, pp. 85-92.
- MONTET, P. Notes et documents pour servir a l'histoire des relations entre l'Ancienne Egypte et la Syrie. En: *Kêmi*, vol. 1, 1928, pp. 19-28.
- MONTET, P. Sur quelques objets provenant de Byblos. En: *Syria*, vol. 9, 1929, pp. 12-15.
- NEWBERRY, P. A Middle Kingdom Major of Byblos. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 14, 1928, p. 109.
- O'CONNOR, D. *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Philadelphia, University of Pennsylvania, 1993.
- OREN, E. The Overland Route between Egypt and Canaan in the Early Bronze Age (Preliminary Report). En: *Israel Exploration Journal*, vol. 23, n° 4, 1973, pp. 198-205.

- OREN, E. "The "Kingdom of Sharuhen" and the Hyksos Kingdom. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 253-283.
- PHILIP, G. Tell el Dab'a Metalwork, Patterns and Purpose. En: Davies, W.V. y Schofield, L. (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millennium B.C.*, London, British Museum, 1995, pp. 66-83.
- PORTER, B. y MOSS, R. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Statues, Reliefs and Paintings*, 7 Vols., Oxford, Oxford University Press, 1927-1951.
- POSENER, G. *Princes et Pays d'Asie et de Nubia: Textes Hiératiques sur des figurines d'envoûtement du Moyen Empire*, Bruxelles, Fondation Égyptologique Reine Elisabeth, 1940.
- POSENER, G. Les douanes de la Méditerranée dans l'Égypte Saïte. En: *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire Anciennes*, vol. 21, n° 2, 1947, pp. 117-131.
- POSENER, G. A New Royal Inscription of the XIIth Dynasty. En: *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, vol. 42, n° 1, 1982, pp. 7-8.
- PRAG, K. Byblos and Egypt in the Fourth Millennium B.C. En: *Levant*, vol. 18, 1986, pp. 59-73.
- QUIRKE, S. *The Administration of Egypt in the Late Middle Kingdom: the Hieratic Documents*, Kent, SIA Publishing, 1990.
- REDFORD, D. *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- REDFORD, D. Textual Sources for the Hyksos Period. En: Oren, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 1997, pp. 1-44.
- REISNER, G.A. *Excavations at Kerma III*, Harvard African Series Vol. 5, Cambridge Ma., Harvard University Press, 1923a.
- REISNER, G.A. *Excavations at Kerma IV-V*, Harvard African Series Vol. 6, Cambridge Ma., Harvard University Press, 1923b.
- RICHARDS, J. E. *Mortuary Variability and Social Differentiation in Middle Kingdom Egypt*, Ph.D. Dissertation, University of Pennsylvania, 1992.
- ROWLANDS, M. Centre and Periphery: a review of a concept. En: M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 1-11.
- SAGHIEH, M., *Byblos in the Third Millennium B.C. A Reconstruction of the Stratigraphy and a Study of the Cultural Connections*. Warminster, Aris & Phillips, 1983.

- SETHE, K. *Ägyptische Lesestücke zum gebrauch im Akademischen Unterricht. Texte des Mittleren Reiches*, Leipzig, J.C. Hinrichs, 1924.
- SETHE, K. *Die Achtung Feindlicher Fürsten, Völker und Dinge auf Altägyptischen Tongefässcherben des Mittleren Reiches*, Berlin, Akademie der Wissenschaften, 1926.
- SETHE, K. *Historisch-Biographische Urkunden des Mittleren Reiches*, vol. I, Leipzig, J.C. Hinrichs, 1935.
- SHAW, I. Life on the Edge: Gemstones, Politics and Stress in the Deserts of Egypt and Nubia. En: Friedman, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 2002, pp. 244-251.
- SHERRATT, A. y SHERRATT, S. From Luxuries to Commodities. The Nature of Mediterranean Bronze Age Trading Systems. En: Gale, N.H. (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean*, SIMA 90, Goteborg, 1991, pp. 351-386.
- SHINNIE, P.L. *Ancient Nubia*, London & New York, Kegan Paul International, 1996.
- SMITH, S.T. A Model for Egyptian Imperialism in Nubia. En: *Göttinger Miszellen*, vol. 122, 1991, pp. 77-102.
- SMITH, S.T. *Askut in Nubia*, London & New York, Kegan Paul International, 1995.
- SMITH, S.T. State and Empire in the Middle and New Kingdoms. En: Lustig, J. (ed.), *Anthropology and Egyptology. A developing Dialogue*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997, pp. 66-89.
- SMITHER, P. The Semnah Dispatches. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 31, 1945, pp. 3-10.
- SZAFRANSKI, Z.E. An Argument on the Synchronization of Middle Bronze Age IIA and The Late Middle Kingdom in Egypt. En: Ahituv, S.-Oren, E. (eds.), *Aharon Kempinski Memorial Volume: Studies in Archaeology and Related Disciplines*, (Beer Sheva, Vol. XV), Beer Sheva, Ben-Gurion University of the Negev Press, 2002, pp. 360-366.
- TUFNELL, O. y WARD, W. Relations between Byblos, Egypt and Mesopotamia at the end of the Third Millennium B.C. A Study on the Montet Jar. En: *Syria*, vol. 43, 1966, pp. 167-227.
- VALBELLE, D. *Les Neuf Arcs. L'Égyptien et les Étrangers de la Préhistoire à la Conquête d'Alexandre*, Paris, Armand Colin, 1990.
- VANDERSLEYEN, C. *L'Égypte et la Vallée du Nil, Tome II: De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*, Paris, Nouvelle Cléo, 1995.
- WALLERSTEIN, I. *The Modern World-System*, vol. 1, New York, Academic Press, 1974.

- WARD, W. Egypt and the East Mediterranean World in the Early Second Millennium B.C. En: *Orientalia*, vol. 30, fasc. 1, 1961a, pp. 22-45.
- WARD, W. Egypt and the East Mediterranean World in the Early Second Millennium B.C.. En: *Orientalia*, vol. 30, fasc. 2, 1961b, pp. 129-154.
- WARD, W. Relations between Egypt and Mesopotamia from Prehistoric Times to the End of the Middle Kingdom. En: *Journal of Economic and Social History of the Orient*, vol. 7, part 1, 1964, pp. 1-135.
- WARD, W. Early Contacts between Egypt, Canaan and Sinai: Remarks on the Paper by Amnon Ben Tor. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 281, 1991, pp. 11-26.
- WEINSTEIN, J. Egyptian Relations with Palestine in the Middle Kingdom. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 217, 1975, pp. 1-16.
- WILKINSON, D. Cores, Peripheries, and Civilizations. En: Chase-Dunn, C. y Hall, T. (eds.), *Core/Peripheries Relations in Precapitalist Worlds*, Colorado, Westview Press, 1991, pp. 113-166.
- WILSON, J. The Egyptian Middle Kingdom at Meguido. En: *American Journal of Semitic Languages and Literature*, vol. 58, n° 3, 1941, pp. 225-236.
- ZIBELIUS-CHEN, K. *Die ägyptische Expansion nach Nubien*. Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 78, Wiesbaden, Reichert, 1988.

Observaciones sobre la presencia de los grupos libios en Egipto durante el Tercer Período Intermedio

CELESTE CRESPO

Abstract: *Remarks on the Lybian Presence in Egypt during the Third Intermediate Period*

The Lybian presence in Egypt during the Third Intermediate Period poses a number of questions to the historian of this epoch. An analysis of the Lybian political structures and the participation of Lybians in the exchange circuits of prestige goods is considered in this article.

El Tercer Período Intermedio (1100 al 650 a.C.¹, dinastías XXI a la XXV) ha sido tradicionalmente considerado como una etapa de crisis, debilidad y perturbación en las estructuras del Estado y la sociedad egipcias, tomando como referencia el fuerte poderío estatal, tanto en el plano interno como externo, en el período inmediatamente anterior. A pesar de las importantes consideraciones de diversos especialistas², es probable que, como indica Leahy, el interés primario por el período del Imperio Nuevo haya influido en cierto descuido del período posterior³.

De hecho, la denominación "Período Intermedio" resulta apropiada sólo si partimos de una visión de largo plazo, centrada en la estructura del Estado egipcio. En este sentido, este período resulta —evidentemente— un tercer quiebre y una alteración del orden establecido en el valle hacia el 3000 a.C., que será superado mediante un posterior proceso de reunificación y reordenamiento de las estructuras estatales bajo la dinastía XXVI. Por su parte, Kitchen⁴ y Leahy⁵ prefieren evitar la denominación de Tercer Período Intermedio, y proponen nombres más específicos: el primero refiere a él como "*época post-imperial*" y el segundo como "*período*

¹ La cronología adoptada aquí ha sido tomada de Kitchen, 1995 [1986].

² Yoyotte, 1961, 121-181; Baer, 1973, 4-25; Redford, 1973, 3-17; 1992, cap. 11-12; Leahy, 1985, 51-62; 1990, 155-200; Aedakov, 1995, 2; Kitchen, 1995.

³ Leahy, 1985, 52.

⁴ Kitchen, 1995, xi-xii.

⁵ Leahy, 1985, 51-65.

libio", minimizando la tradicional descripción de la época como una grave crisis del Estado en Egipto.

Profundizando en las características del período, Leahy entiende que fue una época de cambios que muestra una fuerte influencia e impacto de las pautas culturales, religiosas y políticas de los libios sobre varias de las tradicionales prácticas de la sociedad egipcia. Redford sostiene que durante este período *post-imperial*, Egipto no fue capaz de mantener una constante política militar en el extranjero debido a su indiferencia o limitaciones para incorporar la tecnología necesaria para el desarrollo de la metalurgia del hierro y el control de las fuentes de abastecimiento de este recurso natural fuera del país y por cierta ideología que, transformando la necesidad en virtud, habría desalentado el expansionismo de la época anterior⁶.

Durante el Tercer Período Intermedio, Egipto se hallaba limitado territorialmente a sus fronteras históricas, entre la primera catarata del Nilo y el Mediterráneo; había perdido sus dominios en Nubia y en el corredor sirio-palestino. En el plano interno, el Estado se encontraba debilitado y conservaba una centralización nominal del poder que se desdibujaba en una fragmentación concreta de la autoridad. La crisis de las estructuras estatales y de su autoridad sobre el valle y el delta se evidencian en la existencia de diferentes centros de poder. Algunos de ellos pretendieron ejercer una soberanía a nivel estatal y otros, sólo de mero alcance regional, a veces local. Como parte de este proceso se produjo el ascenso de familias de origen libio dentro de los circuitos del poder político y económico en Egipto.

En este marco, nuestro objetivo general es el de analizar algunos problemas históricos de este período. En especial, nos interesa considerar el proceso de consolidación de esos grupos libios en Egipto, tanto en el control de las estructuras políticas como en su participación en los circuitos de intercambio de bienes del Mediterráneo Oriental durante la primera mitad del primer milenio a.C.

⁶ Redford, 1973, 14-15; 1992, 317.

III Tercer Período Intermedio y sus problemas históricos

Manetón, en el siglo III a.C. organizó la sucesión de los reyes egipcios en treinta y una dinastías que gobernaron Egipto por casi treinta siglos. Estableció el ordenamiento de las dinastías de acuerdo a diversos criterios: según el primer rey que daba origen a una nueva línea dinástica, debido a un cambio en la sede de gobierno, o al origen étnico de los gobernantes⁷. Para el Tercer Período Intermedio, Manetón utilizó varios de estos criterios: en el caso de la dinastía XXI, por la capital elegida por los gobernantes, Tanis, y para las dinastías XXII a XXV, por el origen étnico de sus gobernantes, libios y cushitas respectivamente. En consonancia con la división manetoniana, Kitchen estructura este período en tres subperíodos: Tanita-Tebano, Libio y Nubio que representarían la sucesión de las hegemonías sobre las estructuras del Estado egipcio⁸.

La dinastía XXI tuvo su capital en Tanis, si bien en Tebas los Grandes Sacerdotes de Amón ejercieron una fuerte autoridad en el Alto Egipto. Aunque constituían de hecho un gobierno autónomo, mantuvieron un reconocimiento formal de los reyes gobernantes en Tanis. La sucesión de la dinastía XXI a la XXII se conoce a través de diversas fuentes⁹, que permiten notar la incorporación de jefes libios como gobernantes de Egipto.

La dinastía XXII (950-730 a.C.), que mantuvo su capital en Tanis, intentó —con su primer rey Sheshonq I— recuperar la unidad egipcia y lograr el reconocimiento legítimo de su autoridad en todo el Valle del Nilo. Sheshonq realizó también una campaña militar en Palestina y restableció relaciones comerciales y diplomáticas con Biblos¹⁰. Esta última política fue continuada con cierto éxito por sus sucesores hasta Osorkon III.

⁷ Redford, 1986, 305-307.

⁸ Kitchen, 1995, xi-xii.

⁹ Se trata de: a) la consulta realizada al oráculo de Amón por parte del último rey de la dinastía XXI Psusennes II. Con esta estrategia político-religiosa, Psusennes II otorgó a Sheshonq el reconocimiento del clero de Amón en Tebas; b) las alianzas matrimoniales entre el hijo de Sheshonq I —Osorkon— y las hijas del último rey de la dinastía XXI; c) el otorgamiento a los hijos de Sheshonq I de altos cargos dentro de la jerarquía del sacerdocio de Amón en Tebas. Se registra la importante presencia de libios como Sacerdotes del clero de Amón y mujeres de la corte de Tanis como Adoratrices y Esposas Divinas de Amón en Tebas. Véase Blackman, 1941, 83-95; Kitchen, 1995 [1986], 287-292; Sevilla Cueva, 1998, 255-261; Morkot, 2000, 105-108.

¹⁰ O'Connor, 1985, 301; Edwards, 1985, 544-558.

Uno de los problemas que han suscitado mayor discusión entre los historiadores de este período radica en el surgimiento de la dinastía XXIII, que no sucede a la anterior sino que se origina en tiempos de Sheshonq III (825-773 a.C.) de la dinastía XXII, y gobierna desde otro centro político, en forma contemporánea a los monarcas de esta última. Kitchen y Leahy¹¹ difieren en el análisis de este problema, proponiendo distintos horizontes geográficos para el asiento de tal dinastía y, a partir de las fuentes actualmente disponibles, una nómina de reyes diferente de la que aparece en la lista de Manetón. Para sintetizar la posición de cada uno de ellos, podemos señalar que:

- a) Según Manetón, la dinastía XXIII tuvo su capital en Tanis y estaba conformada por cuatro reyes que aparentemente fueron los sucesores de la dinastía XXII.
- b) Kitchen considera que el surgimiento de la dinastía XXIII se debió a una estrategia de los reyes de la dinastía XXII, quienes establecieron dos centros de poder para gobernar Egipto: Leontópolis y Tanis, ambos situados en el Delta¹².
- c) Leahy, por otro lado, propone que la dinastía XXIII, como sostiene Kitchen, fue contemporánea a la dinastía XXII, a partir del gobierno de Takelot II, pero afirma que tuvo su capital en Tebas, descartando a Leontópolis como ciudad capital, excepto para el gobierno de Iuput II. La titulación de los reyes, las alianzas matrimoniales con familias tebanas y las inscripciones en templos identifican a los reyes de la dinastía XXIII con el Alto Egipto y con Tebas en particular¹³.

¹¹ Kitchen, 1995, 128-130; Leahy, 1990, 177-195.

¹² Las evidencias arqueológicas utilizadas por Kitchen para localizar la dinastía XXIII en Leontópolis se limitan al hallazgo de un enterramiento que pertenecería a la madre de Osorkon II y la mención que realiza la Estela de Piankhy sobre un rey Iuput en Leontópolis. Leahy (1990, 181) rechaza estos argumentos señalando que, por un lado, el referido enterramiento —aun cuando podría pertenecer a una mujer de alguna familia prominente o vinculada a la realeza— no presenta inscripciones que permitan identificarlo como la tumba de la madre de Osorkon II; y por otro, respecto al Iuput de Leontópolis de la Estela de Piankhy, que tal mención podría corresponder a un gobernante local que se apropió de los títulos reales como sucedería en otros centros regionales como Hermópolis y Heracleópolis.

¹³ Leahy apunta aquí a los registros elaborados en Karnak sobre los niveles del Nilo, fechados según los años de gobierno de los reyes de la dinastía XXII, que se modifican a partir del reinado de Pedubast I, el primer rey de la nueva dinastía. Con este acto, el clero de Tebas habría dejado de reconocer la autoridad de la dinastía XXII desde Tanis para vin-

En realidad, el cuadro político de Egipto de mediados a fines del siglo VIII a.C. fue mucho más fragmentario que el que permite suponer la presencia de dos dinastías paralelas. El delta se fraccionó en otros centros de poder con jefes libios de diferente jerarquía: Mendes y Pharbaitos estaban bajo la autoridad de *Grandes Jefes de los Ma*; hacia el extremo occidental del Delta existía una serie de *Grandes Jefes de los Libu*, con sedes en Kom Firin, Kom el Hisn, Kom abu Bello; en Athribis y Bubastis gobernaban los Príncipes Reales o Príncipes Herederos.

Hacia el año 750 a.C., Sais, con su *Gran Jefe de los Ma* Tefnakht, había logrado hegemonizar todo el Delta occidental, incorporando el Principado de los Libu bajo su poder: “*El Gran Jefe de los Ma, el Comandante Militar, Tefnakht, Gran Comandante militar, Gran Jefe de los Libu, Profeta de Neith, de Uadjet y de la Señora de Imau, [...] Gobernante de las Provincias del Oeste, Tef[nakht]*”¹⁴. Es interesante señalar que ya sus antecesores, gobernantes en Sais, habían incorporado esta titulación¹⁵, a la que Tefnakht suma su condición de “*Gran Jefe de la Tierra Entera*”¹⁶, y posteriormente, los títulos como rey de Egipto (728-720 a.C.), dando inicio, de tal modo, a la dinastía XXIV, en el contexto del avance militar nubio desde el Alto Egipto.

Más al sur, el cuadro de fragmentación se repetía. En el Egipto Medio, Hermópolis y Heracleópolis mantuvieron su autonomía política en función de alianzas realizadas con otros centros de poder en Egipto. Por su parte, el Alto Egipto continuaba unificado bajo el poder de los Sacerdotes de Amón de Tebas. Será precisamente a esta región donde llegará primero el impulso expansivo del rey nubio Piankhi, quien daría origen a la dinastía XXV (728-715 a.C.) con sedes en Tebas y Napata.

El exitoso avance militar de Piankhi desde su capital Napata, en la Alta Nubia, le permitió acceder, en primer lugar, al Alto Egipto. Con posterioridad al control de Tebas, los reyes cushitas aspiraron a lograr el con-

cularse directamente con la nueva dinastía XXIII. El autor menciona también que las inscripciones y restos arqueológicos referidos a reyes de la dinastía XXIII se encontraron en Tebas y hacia el norte hasta las regiones de Heracleópolis, pero no en el Delta. Asimismo, afirma que las relaciones matrimoniales de miembros de la dinastía XXIII con familias importantes de Tebas se producen en forma frecuente, en comparación con los eventuales casos que se registran para la dinastía XXII. Véase Leahy, 1990, 185.

¹⁴ Yoyotte, 1961, 152.

¹⁵ La inscripción de un amuleto perteneciente al jefe Osorkon, gobernante de Sais anterior a Tefnakht, presenta los títulos mencionados. Véase Edwards, 1985, 172.

¹⁶ Kitchen, 1995, 362.

trol total del país: a través de la acción militar, Piankhi perseguía el objetivo de someter a los diversos dinastas reinantes, así como a los gobernantes regionales libios, hasta alcanzar el Mar Mediterráneo¹⁷. Y si bien Piankhi no logró establecer una política de dominación efectiva sobre el delta, se generó un *status quo* que implicaba el reconocimiento tácito entre dos poderes: el cushita desde Napata y Tebas en el Alto Egipto, que dará origen a la dinastía XXV, y el de la dinastía XXIV, con Tefnakht, en el delta occidental.

En resumen, estudios recientes reconstruyen el panorama político de Egipto en la segunda mitad del siglo VIII a.C. considerando que el gobierno de las dinastías XXII, XXIII, XXIV y XXV se ejerció desde diferentes centros políticos que proyectaron su hegemonía desde y hacia diferentes regiones de Egipto en forma más o menos contemporánea. Egipto vio así fragmentada su unidad política y territorial, con una multiplicidad de gobernantes, muchos de los cuales intentaban legitimar su poder, atribuyéndose la tradicional titulación de los reyes de Egipto¹⁸. Aun a pesar de una marcada fragmentación política, es posible notar la existencia de dos grandes protagonistas durante la época: los egipcios en el Alto Egipto y los libios en el delta¹⁹; posteriormente, hacia el 720 a.C. se incorporará un tercer protagonista que vendrá del sur: los nubios.

Volviendo ahora a la propuesta de Kitchen acerca de los tres subperíodos que compondrían este Tercer Período Intermedio (Tanita-Tebano, Libio y Nubio) y, en particular, al subperíodo que el autor denomina "Libio", creemos que no es posible establecer una línea demarcatoria tan clara que lo diferencie del anterior período tebano y del posterior nubio. La presencia de los grupos libios en territorio egipcio se registra ya desde fines de la dinastía XIX y, en el denominado subperíodo tanita-tebano, se produce su asentamiento y progresiva consolidación. Las dinastías XXII a XXIV —que integran el subperíodo libio de Kitchen— representan su con-

¹⁷ En el Egipto Medio y el Delta se mantuvieron centros regionales de poder en Heracleopolis, Hermópolis, en los territorios bajo el dominio de Grandes Jefes de los Ma en Busiris, Mendes, Sebennyos y Pi-soped, en los principados de hijos reales en Athribis, Heliopolis, Pediese; en Menfis bajo la autoridad del Gran Sacerdocio de Ptah. En ciudades de menor incidencia política, los jefes locales aceptaron la sumisión a la autoridad de Piankhi.

¹⁸ Como, por ejemplo, Nimlot de Hermópolis, Pef-tjau-awybast de Heracleopolis y Tefnakht de Sais.

¹⁹ Leahy, 1990, 155, 173-175.

solidación en las estructuras del poder del Estado y, si proyectamos la presencia de los libios al subperíodo nubio o dinastía XXV, encontramos libios establecidos en los poderes locales regionales del delta, como los Grandes Jefes de los Ma o los Grandes Jefes de los Libu, que sólo reconocían en forma nominal la autoridad del rey. En consecuencia, argumentamos que la presencia de los libios en territorio de Egipto representa un *continuum* en un proceso, si bien con distintos momentos, modalidades y posibilidades de ejercer una autoridad de alcance regional o a una escala propiamente estatal.

De este modo, la transformación del mapa político de Egipto en entidades políticas regionales, con diferentes alcances en el ejercicio de la autoridad, fue el resultado de procesos gestados desde fines del Imperio Nuevo. Cabe ahora preguntarnos: esas nuevas entidades regionales que suceden al debilitado Estado central egipcio, ¿por qué no constituyen una nueva hegemonía a la escala de todo el valle y el delta? ¿Por su propia debilidad? ¿O podemos pensar que responden a una tradición político-cultural de los libios, que no es proclive a la generación de proyectos políticos de amplio alcance territorial? ¿Debilidad política para generar y sostener la unificación territorial o tradición político-cultural diferente?

No es posible ofrecer aquí una respuesta a estos interrogantes. En todo caso, más allá de las transformaciones políticas ocurridas en Egipto, la época del Tercer Período Intermedio constituye un período de cambios que también alcanzan a las regiones vecinas al valle y el delta del Nilo. La contracción del Estado egipcio a sus tradicionales fronteras abrió las puertas a una etapa de transformación de las estructuras políticas y económicas en toda la región. En este nuevo contexto histórico, nos interesa considerar las variaciones que se producen en los circuitos de intercambio en los que participaban los monarcas de las dinastías libias, entre los siglos IX y VIII a.C.

Los libios en Egipto y su participación en los circuitos de intercambio de bienes

Aun si se admite que, desde mediados de la dinastía XXII, se produjo un debilitamiento en la participación directa de Egipto en los circuitos de intercambio y que tales circuitos quedaron principalmente en manos de mercaderes extranjeros librados de la tutela del Estado egipcio, los bienes de procedencia egipcia y subsahariana mantuvieron su tradicional

prestigio en el contexto interestatal de la época. De hecho, la presencia de bienes egipcios en regiones fuera de Egipto (especialmente en los núcleos fenicios del Levante y del Mediterráneo Occidental), las menciones egipcias sobre bienes procedentes del extranjero (en particular, de Nubia), e incluso las referencias asirias a los bienes procedentes de Egipto sugieren que los reyes de origen libio de la dinastía XXII mantuvieron algún tipo de relaciones de intercambio con el extranjero.

Con respecto a Nubia, si bien las evidencias son escasas, Egipto parece haber mantenido ciertos vínculos de intercambio con el sur. Las ofrendas del rey Takelot II al dios Amón, en el año 24 de su gobierno, de "*oro fino de Khent-hen-nefer*" y de "*mirra seca de la mejor del sur*"²⁰ parecen sugerir contactos más o menos directos con el sur. Por otro lado, el envío de un regalo diplomático, del rey Osorkon II (Mursi) al rey asirio Salmanasar III, consistente en animales de origen africano (hipopótamos, rinocerontes, antílopes, elefantes y monos)²¹, también nos permite inferir que los intercambios de bienes con el sur no se interrumpieron en su totalidad. En este sentido, Redford sostiene que, a pesar de su debilidad política, Egipto permaneció como fuente de riquezas y como corredor de tránsito de bienes desde y hacia África central²².

La evidencia es considerablemente más abundante en referencia a las relaciones entre Egipto y las ciudades fenicias. De hecho, la disminución de los emprendimientos comerciales por parte del Estado egipcio favoreció la presencia de mercaderes fenicios en Egipto, quienes, además, encontraron un vacío político favorable para movilizarse libremente por el Mediterráneo y obtener una posición dominante en los circuitos de intercambio durante la primera mitad del primer milenio. En este marco, se distinguen dos grandes áreas en las que se registran bienes procedentes de Egipto:

- a) Por un lado, se hallan las principales ciudades fenicias de la costa levantina: Biblos, Sidón y Tiro. Los primeros reyes de la dinastía XXII mantuvieron contactos, a través del envío de regalos, con los

²⁰ Redford, 1973, 13, nota 85. El autor también cita una supuesta campaña a Nubia que Sheshonq I menciona en una plegaria al dios Amón en el santuario de Karnak, aunque no hay otras fuentes que permitan corroborar tal tipo de incursiones.

²¹ El obelisco negro del rey asirio Salmanasar III señala el envío de este tipo de animales africanos por el rey Osorkon II (Mursi) luego de la batalla de Qarqar (853a.C.). En: Edwards, 1985, 555-558.

²² Redford, 1992, 337.

gobernantes de Biblos: Sheshonq I, Osorkon I y Osorkon II enviaron sus estatuas a esta ciudad²³. Con posterioridad, durante el siglo VIII a.C., las fuentes asirias registran intensas relaciones de Sidón y Tiro con Egipto, probablemente vinculadas al abastecimiento de madera a este último. Estas mismas ciudades fenicias fueron presionadas por Asiria —bajo Tiglatpileser III— con el objeto de interrumpir y prohibir los intercambios con Egipto²⁴.

- b) Por otro lado, un considerable conjunto de bienes egipcios se ha encontrado en la cuenca del Mediterráneo occidental. El hallazgo de objetos egipcios en Sicilia, Cerdeña, Norte de África e Ibiza, así como en numerosos sitios del sur de la Península Ibérica, corroboran el amplio ámbito geográfico recorrido por los mercaderes fenicios durante la primera mitad del primer milenio a.C. A través de la fundación de colonias y factorías, los fenicios explotaban y distribuían hacia el Oriente diversos recursos naturales del Mediterráneo occidental. Sobresale la explotación de metales como plata, hierro, plomo y estaño, que tenían como principales destinatarios a Asiria y Egipto. En particular, durante el Tercer Período Intermedio se producen importantes ingresos de bronce y plata en el valle del Nilo, que se evidencian, por ejemplo, en el sarcófago de plata labrada con inscripciones del rey Psusennes de la dinastía XXI²⁵. Estos metales, anteriormente enviados a Egipto desde Chipre y Anatolia, a partir del siglo XI a.C. fueron abastecidos por los fenicios, que ubicaron nuevos yacimientos en las regiones occidentales de la cuenca del Mediterráneo²⁶.

Las necrópolis de algunos asentamientos del sur de España son de particular interés, dado que evidencian enterramientos de grupos de elite fenicios en los que se han hallado —como parte del ajuar— vasos y án-

²³ Tales estatuas ingresarían luego en el contexto político-religioso de Biblos. El rey Abibaal (aprox. 925 a.C.) añade en la estatua de Sheshonq I una inscripción en fenicio dedicando una plegaria a la diosa Baalat y ofrendando la estatua para que le otorgue prosperidad y un largo reinado en su ciudad. Del mismo modo lo hace el gobernante Elibaal en una estatua de Osorkon I. Véase Galán, 1998, 181-237.

²⁴ Redford, 1992, 345; Aubet, 1994, 89-110.

²⁵ Padró, 1998, 41-58.

²⁶ Según Aubet, los fenicios, principalmente procedentes de Tiro, se dedicaron a la explotación de metales en la región de Gadir y Tartessos (actual Andalucía) y a su posterior comercialización hacia el Mediterráneo Oriental, Asiria y Egipto desde el siglo VIII a.C. Véase Aubet, 1994, 79, 241-246.

foras de piedra egipcios, particularmente de alabastro, varios de los cuales presentan inscripciones y cartelas de los reyes Osorkon II, Takelot II y Sheshonq III de la dinastía XXII (874 a 778 a.C.)²⁷. El estudio de las formas de los recipientes hallados en los sitios del sur de España ha establecido que corresponden a los utilizados para el transporte de vino de calidad²⁸ y que, con posterioridad, fueron reutilizados como urnas funerarias. Han sido datados entre mediados del siglo IX al VIII a.C. y fueron encontrados en necrópolis fechadas hacia el siglo VII a.C., lo cual evidenciaría que los mercaderes fenicios asentados en colonias de la península ibérica participaban —en los siglos IX y VIII a.C.— en los circuitos de intercambio de objetos de prestigio que llegaban también a las cortes de Samaria, Biblos y Asiria, donde, del mismo modo, se han hallado vasos egipcios de alabastro con inscripciones oficiales²⁹. Las investigaciones realizadas sugieren que estos objetos hallados en estas necrópolis fenicias, en cierto modo, podrían circular durante el siglo VII a.C. como ‘antigüedades’, es decir, como bienes de prestigio. La trayectoria específica de estos objetos, desde su producción en Egipto hasta su posición en las necrópolis de la península ibérica, resulta muy difícil de establecer³⁰.

Por otra parte, en diversos sitios del Mediterráneo Occidental, se documenta con cierta frecuencia la presencia de amuletos y escarabajos egipcios. Los objetos datados entre los siglos X y VIII a.C. fueron producidos en Egipto pero, a partir del siglo VII a.C., se constata la presencia de piezas de manufactura local con un estilo de marcada influencia egipcia³¹.

En resumen, la participación de los reyes libios en los circuitos de intercambio durante el Tercer Período Intermedio parece presentar dos grandes modalidades: los regalos diplomáticos entre gobernantes y las

²⁷ Se trata de cuatro necrópolis fenicias en la costa de Málaga y Granada y, en forma parcial, las de Toscanos, Almuñecar, Morro de Mezquitilla (Trayamar) y Lagos, datadas entre los siglos VIII y VII a.C. En la necrópolis de Almuñecar se encontraron las urnas de alabastro con inscripciones de los reyes egipcios. Véase Aubet, 1994, 282-288.

²⁸ Padró cita el hallazgo de un vaso con la cartela de Takelot II cuya inscripción hace referencia a su uso para vino egipcio, en: Padró, 1998, 44.

²⁹ En el palacio de Samaria se halló un gran vaso de alabastro con la cartela de Osorkon II y un vaso de alabastro con fino ungüento como regalo de este rey a Ahab. En: Edwards, 1985, 555; Aubet, 1994, 288.

³⁰ Aubet no descarta la obtención de estos objetos egipcios a través del saqueo de las tumbas reales, o bien a través de una cadena de políticas de regalos diplomáticos entre grupos de élite y gobernantes de la época. Véase Aubet, 1994, 284.

³¹ Padró, 1998, 48-49.

transacciones de índole comercial en manos de los mercaderes fenicios. En efecto, con los primeros reyes de la dinastía XXII se destaca el envío de estatuas reales y de bienes de procedencia subsahariana bajo la modalidad de regalos a gobernantes extranjeros. Desde fines del siglo IX a.C., el Estado egipcio perdió su activo rol en las prácticas de intercambio y envío de empresas comerciales a otros puertos. Las evidencias arqueológicas y textuales que dan cuenta de situaciones de intercambio con participación egipcia son escasas. En forma paralela, el dinámico rol fenicio en los circuitos de intercambio del Mediterráneo, junto a la presencia de bienes llegados a Egipto por la intermediación fenicia³², permiten considerar que los gobernantes libios fueron principalmente consumidores de los bienes que los fenicios movilizaban y ofrecían en los diversos puertos del Mediterráneo. La participación de los reyes libios en estos circuitos de intercambio de bienes podría haberse limitado entonces a las prácticas entabladas con los mercaderes extranjeros dentro del territorio egipcio.

¿Es posible indicar algo en relación con la circulación de bienes a escala regional o local durante la época libia? Nuestra carencia de información hace que sea muy difícil de precisar incluso cuáles podrían ser sus formas dominantes. En el marco de los poderes regionales, como los ejercidos por los *Grandes Jefes de los Ma*, ¿es posible que predominaran prácticas asociadas a la reciprocidad o a la redistribución, como en las sociedades de jefatura? Las estelas de donación, en las que se registra a los jefes libios entregando tierras —en algunos casos, con un régimen de inmunidad tributaria— a funcionarios locales o a personas con oficios calificados, revelan que estos jefes habían asumido funciones que antes habían sido prerrogativa exclusiva del poder central³³. Cabe señalar que los jefes conservaron, de entre sus pautas culturales libias, el uso de nombres personales, títulos como el de *Grandes Jefes* y ornamentos indicativos de poder como las plumas de avestruz, y que, como gobernantes en territorio egipcio, incorporaron a estos elementos los títulos egipcios que evidenciaban su autoridad regional.

No disponemos de suficientes evidencias para reconstruir las formas de apropiación de excedentes por parte de estos jefes, ni de su participación en los circuitos de intercambio con el exterior. Dado que, en ausencia de un Estado central poderoso, los intercambios parecen haber que-

³² Ánforas fenicio-chipriota del tipo utilizado para el comercio del vino han sido halladas en excavaciones desarrolladas en Heracleopolis Magna. Véase Pérez Die, 1990, 115-129.

³³ Yoyotte, 1961, 151-159; Kitchen, 1969-70, 59-67; Berlandini, 1978, 147-163.

dado en manos de los mercaderes fenicios, es posible que los grupos de elite o los gobernantes libios de los centros de poder regionales entraran en contacto directo con tales mercaderes. El intento por participar directamente en esos circuitos de intercambio, de hecho, podría haber constituido una de las estrategias de los jefes libios para legitimar su poder en los centros regionales.

Conclusiones

El Tercer Período Intermedio constituyó un período de importantes transformaciones en las prácticas económicas, sociales y políticas del Estado egipcio. El protagonismo libio en esta época se evidencia en la consolidación de su poder en las diversas estructuras políticas que se constituyen en Egipto. La prolongada descentralización política generó un mapa en el que los libios acceden tanto a la realeza (dinastías XXII a XXIV) como a la constitución de poderes regionales autónomos (los Grandes Jefes libios en el delta y en Egipto medio).

En el plano económico, la participación de los libios en los circuitos de intercambio de bienes se advierte, a comienzos de la dinastía XXII, en el envío de estatuas reales y de bienes de procedencia subsahariana, bajo la modalidad de regalos, a gobernantes extranjeros. Sin embargo, a lo largo del Tercer Período Intermedio, Egipto perdió el protagonismo en materia de intercambios que se evidencia en la época previa. Esa declinación sucede en forma paralela a la expansión de las prácticas comerciales fenicias por toda la cuenca del Mediterráneo. Los monarcas de las dinastías libias —y probablemente también los jefes regionales— parecen haber accedido a los productos exóticos principalmente a partir de intermediarios no-egipcios, entre los que los indudablemente se destacaron los mercaderes de procedencia fenicia.

Bibliografía citada

- AEDAKOV, A. The Delta on the Eve of Psametik I. En: Eyre, Ch. (ed.) *Seventh International Congress of Egyptologists. Abstracts of Papers*, Cambridge, IAE, 1995.
- AUBET, M. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, Crítica, 1994.

- BAHR, K. The Lybian and the Nubian Kings of Egypt: Notes on the Chronology of Dynasties XXII to XXV. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 32, 1973, pp. 4-25.
- BIRLANDINI, J. Une Stèle de Donation du Dynaste Libyen Roudamon. En: *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale*, vol. 78, 1978, pp. 147-163.
- BLACKMAN, A. The Stela of Shoshenk, Great Chief of the Meshwesh. En: *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 27, 1941, pp. 83-95.
- EDWARDS, E. Egypt. From the Twenty-second to the Twenty-fourth Dynasty. En: *Cambridge Ancient History* vol. III, cap. 13, London, Cambridge University Press, 2da.ed., 1985, pp. 534-581.
- GALÁN, J. *Cuatro viajes en la literatura del Antiguo Egipto*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998.
- KITCHEN, K. Two Donation Stelae in The Brooklyn Museum. En: *Journal of American Research Center in Egypt*, vol. 8, 1969-70, pp. 59-67.
- KITCHEN, K. *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)*, Warminster, Aris and Phillips, 1995 [1986].
- LEAHY, A. The Libyan Period in Egypt. An essay in interpretation. En: *Libyan Studies* vol. 16, 1985, pp. 51-62.
- LEAHY, A. Abydos in the Lybian Period (with appendix: The Twenty-third Dynasty). En: Leahy (ed.), *op. cit.*, 1990, pp. 155-200.
- LEAHY, A. (ed) *Libya and Egypt*, London, School of Oriental and African Studies, 1990.
- MORKOT, R. *The Black Pharaohs. Egypt's Nubian Rulers*. The Rubicon Press, 2000.
- O'CONNOR, D. El Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio. En: Trigger, B. et al. *Historia del Antiguo Egipto*, Barcelona, Crítica, 1985, pp. 231-344.
- PADRÓ, J. Les relations commerciales entre l'Égypte et le monde Phénico-Punique. En: Grimal, N. y Menu, B. (eds.), *Le commerce en Égypte ancienne*, Le Caire, Institut Français d'Archeologie Orientale, 1998, pp. 41-58.
- PÉREZ DIE, M. Fouilles recents a Heracleopolis Magna. En: Leahy (ed.), *op. cit.*, 1990, pp. 115-129.
- REDFORD, D. Studies in Relations Between Palestine and Egypt during the First Millennium BC. En: *Journal of American Oriental Society*, vol. 93, 1973, pp. 3-17.
- REDFORD, D. *Pharaonic King Lists, Annals and the Day Books*, SSEA Publications IV, Toronto, Benben Publications, 1986.

- REDFORD, D. *Egypt, Canaan and Israel in Ancient times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- SEVILLA CUEVA, C. El principio femenino de la realeza egipcia: las divinas adoratrices de Amón. En: Córdoba Zoilo, J. (ed.), *Actas del I Symposium Interno de Isimu Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la Antigüedad*, I, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1998, pp. 255-261.
- YOYOTTE, J. Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne. En: *Melanges Maspéro* I, 4, Le Caire, Institut Français d'Archeologie Orientale, 1961, pp. 121-181.

Crisis y reestructuración comercial periférica: el caso del Negev a inicios de la Edad del Hierro

JUAN MANUEL TEBES

Abstract: *Crisis and Peripheral Trade Reconstruction: The Case of the Negev in the Early Iron Age*

This article considers the exchange networks in northern Negev during the Early Iron Age (12th-early 10th centuries BC), after the collapse of the Egyptian hegemony over Palestine. The site of Tel Masos performed an important role both as main intermediary in the circulation of goods between the Negev and the Mediterranean, and as workshop place for the copper extracted in the Arabah mines. It is suggested that the Early Iron exchange networks were highly influenced by the pastoralist, tribal nature of the local society. The political vacuum left by the Egyptians was filled by several polities that competed for the local supremacy.

En un reciente trabajo, Piotr Bienkowski y Eveline van der Steen¹ proponen un modelo para el funcionamiento de las redes de intercambio de la zona del Negev y Jordania a fines de la Edad del Hierro (desde el siglo VIII hasta comienzos del VI a.C.). Basándose en datos etnográficos y etnohistóricos, estos autores enfatizan el carácter tribal de las sociedades jordanas de dicho período. Debido a esto, el comercio habría dependido, en gran medida, de la dinámica de las tribus pastoriles locales que controlaban la región. Dado que las actividades de intercambio estaban controladas por estos grupos, los movimientos migratorios, territorios cambiantes, y relaciones políticas de las tribus determinaban profundamente las características del patrón comercial local.

¿En qué medida este modelo era exclusivo de las sociedades periféricas palestinenses de esa época? A pesar del diferente contexto político, las sociedades del sur de Palestina de inicios de la Edad del Hierro (siglos XII-X a.C.) poseían características muy similares a las de sus sucesoras del Hierro tardío, dado que aquellas también dependían, en gran parte, de la economía agropastoril. Por ello, no es de sorprender que, como en período

¹ Bienkowski y van der Steen, 2001.

dos posteriores, los movimientos de intercambio estuvieran profundamente influidos por la naturaleza tribal de la sociedad local.

Economía y comercio periférico

a) Tel Masos: intermediación en el comercio interregional

El siglo XII a.C. marcó el colapso del sistema mundial mediterráneo de la Edad del Bronce. Las redes comerciales del Mediterráneo se redujeron, mientras las economías palatinas del Bronce dieron lugar a formas más descentralizadas de organización económica. El nuevo modelo comercial de la Edad del Hierro ya no estuvo centrado en el palacio, ya que, desde este momento, los agentes principales del intercambio fueron los mercados particulares que se independizaron del poder estatal².

En el mismo momento, la hegemonía imperial egipcia en el Levante llegaba a su fin. La retirada egipcia produjo un vacío político en la zona. En el Negev, el nuevo contexto promovió el surgimiento de una entidad autónoma periférica, localizada en el valle de Beersheba. En el plano económico, se puso fin a la explotación egipcia en las minas de cobre de Timna, mientras la demanda de ciertos productos de la zona debe haberse reducido considerablemente.

A principios de la Edad del Hierro comienza una lenta ocupación del valle de Beersheba, siendo el sitio más antiguo e importante Tel Masos (*Hirbet el-Mšāš*). Según los excavadores, luego de una primera fase de desarrollo (estrato III: siglo XII a.C.), Tel Masos alcanza su máxima extensión y complejidad en el estrato II (fines del siglo XII-siglo XI a.C.). Con posterioridad al estrato I (fines del siglo XI-principios del X a.C.), el asentamiento fue abandonado³. Los excavadores identificaron a Tel Masos como un asentamiento hebreo temprano⁴. Otros ven en él un asentamiento ca-

² Ver Liverani, 1987; Sherratt y Sherratt, 1991, 373-375; Sherratt y Sherratt, 1993, 361-363; Artzy, 1997; Artzy, 1998; Barako, 2000.

³ Aharoni, Fritz y Kempinski, 1973; Aharoni, Fritz y Kempinski, 1975; Fritz y Kempinski, 1976; Fritz y Kempinski, 1984. La datación de Tel Masos se modificó con el tiempo, y fue objeto de desacuerdo entre los mismos excavadores del sitio. Aquí preferimos la datación propuesta por Fritz (1993, 64-67), generalmente aceptada (p. ej. A. Mazar, 1990, 336-337; Finkelstein, 1995b, 114-116). Recientemente, Finkelstein ha rebajado la datación del estrato II al siglo X a.C., a fin de que el sitio se "ajustara" a su cronología baja (*ibid.*, 2002, 114).

⁴ Aharoni, 1976; Fritz, 1981; Fritz, 1987; Kempinski, 1992; opinión seguida por Dever, 1990.

naneo⁵, una jefatura⁶, un "lugar central"⁷, un Estado⁸, e inclusive un puesto administrativo salomónico⁹.

El debate en torno a Tel Masos se ha centrado principalmente en los factores económicos que impulsaron su desarrollo. Sin duda, la importancia de este sitio se debía mayormente a su papel en el comercio interregional de principios del Hierro, evidenciado por la cantidad de cerámica y objetos importados hallados en el lugar, especialmente en el estrato II. La particularidad de Tel Masos no radica en que este sitio posea más cerámica de determinado tipo que otros asentamientos aledaños, sino que, más bien, exhibe una diversidad de objetos foráneos en un momento de completa crisis de los patrones comerciales; por el contrario, las pequeñas aldeas de inicios del Hierro del valle de Beersheba y de la región montañosa central palestinese apenas pueden darnos algunos tuestos no-locales¹⁰.

Tel Masos se ubicaba en el punto de confluencia de dos redes comerciales que existían a principios del Hierro¹¹:

1. red comercial mediterránea, atestiguada principalmente por cerámica fenicia, filistea, cananea y egipcia, y algunos pequeños objetos.

La interrupción de los contactos comerciales hacia el 1200 a.C. produjo la disminución, y luego el corte, de las importaciones egeas en el Levante. Esto originó, en fases posteriores, imitaciones locales de cerámica, de las cuales una de las más importantes es la Micénica Tardía (MT) IIIc:1b o "monocroma". Según la interpretación tradicional, la aparición de este último tipo de cerámica indica el arribo de uno de los "pueblos del mar", los filisteos, a la franja costera meridional palestinese¹². Se su-

⁵ Oren, 1984, 47-48; Lemche, 1985, 218-219.

⁶ Ahlström, 1994, 359-360; Ahlström, 1984; Finkelstein, 1984; Finkelstein, 1988a; Finkelstein, 1995b, 103-126; Finkelstein, 2002, 114-117; Frick, 1985, 159-168.

⁷ Herzog, 1994, 138.

⁸ Edelman, 1984.

⁹ Holladay, 1998, 383-384. Para una posición similar, ver Blakely, 2002.

¹⁰ Para los sitios de inicios del Hierro en la región montañosa central, ver Finkelstein, 1988b, 30-31; Fritz, 1993, 50-75.

¹¹ Para la cerámica importada de Tel Masos, ver Fritz y Kempinski, 1983, 73-91; Dothan, 1982, 86-87.

¹² Debido a que la primera mención conocida de los filisteos proviene de las inscripciones de Medinet Habu, en la que se describe cómo una invasión de "pueblos del mar" fue de-

pone que la cerámica monocroma fue gradualmente reemplazada, dos o tres generaciones después, por la cerámica conocida como “bicroma filisteá”. Del Levante septentrional proviene otra cerámica local, la bicroma fenicia, cuyas formas y motivos derivan —como la bicroma filisteá— de la cerámica egea del Bronce Tardío, y cuyos comienzos se datan hacia la segunda mitad del siglo XI a.C.¹³

En Tel Masos, se encuentran vasijas bicromas filisteas ya en el estrato III, aunque la mayor cantidad aparece en el estrato II. En la misma fase se encuentran concentraciones de cerámica bicroma fenicia (Casa 314). No se halló cerámica MT IIIC:1b (monocroma) ni importaciones micénicas o chipriotas de la Edad del Bronce. Un pequeño objeto de marfil, con forma de cabeza de león, es probablemente el producto de artesanos experimentados del norte de Canaán o Fenicia¹⁴.

En el estrato II se encontró cerámica egipcia de la época del Reino Nuevo. Inclusive se hallaron dos escarabajos egipcios, aunque fuera de contexto arqueológico¹⁵.

2. Red comercial del Negev, atestiguada por las cerámicas “madianita” (o cerámica Qurayya) y “negevita”.

Esta red comercial estaba constituida por dos ejes: uno que atravesaba el valle de Beersheba, y otro el sur de Jordania¹⁶. Ambos ejes se intersectaban en el sur del Arabá, ya que su mayor función era el transporte del cobre extraído de las minas de dicha región, especialmente Timna y posiblemente Feinan (ver abajo).

La cerámica madianita está compuesta por un grupo diverso de recipientes pintados, cuyas arcillas provienen de Qurayya, un sitio en el no-

rrotada en el 8vo. año del faraón Ramsés III (ca. 1175 a.C.), se ha tomado esta última fecha para datar el inicio de la cerámica “monocroma”; ver Dothan, 1982; Stager, 1994, 334-336; Ehrlich, 1996, 12; Ehrlich, 1997, 187-189. Sin embargo, otros autores prefieren una fecha más tardía, hacia ca. 1135 a.C. (ver especialmente Finkelstein, 1995a).

¹³ Anderson, 1990, 36.

¹⁴ Crüsemann, 1983, 99-102.

¹⁵ Givon y Kempinski, 1983.

¹⁶ Algunos creen que el brazo jordano, más tarde conocido como el “camino del rey”, ya estaba en funcionamiento en la Edad del Bronce Tardío (Redford, 1992, 193; Herr, 1999, 73); una opinión no compartida por otros (van der Steen, 1999, 182; van der Steen, 1996, 65).

roeste de Arabia¹⁷. La otra cerámica en discusión, la negevita, es tosca y manufacturada a mano, lo que sugiere que fue producida por grupos pastoriles locales. Las arcillas utilizadas para su fabricación provienen del Negev central y el sur de Jordania¹⁸.

Algunos tuestos de cerámica negevita en el estrato II de Tel Masos atestiguan contactos entre este sitio y la zona central del Negev. La Casa 314 (estrato II) concentraba fragmentos de cerámica madianita. Se descubrió una gran cantidad de conchas marinas, provenientes del Mediterráneo y del Mar Rojo, posiblemente usadas como ornamentos¹⁹.

Aunque la posición de Tel Masos en las redes de intercambio del Negev apuntaba a satisfacer la demanda egipcia y cananea de varios productos y materias primas, el cobre parece haber sido el bien de mayor importancia en el mercado local. En varios lugares del sitio se descubrieron evidencias de actividades metalúrgicas: restos de cobre, escoria, crisoles, piedras de fricción, hornos y capas de ceniza. Las indicaciones más claras provienen de la Casa 314, donde parece haber funcionado un taller²⁰. La fuente más obvia del cobre es el valle de Arabá, mientras que las fuentes del estaño podrían estar en Irán o el Cáucaso²¹.

Si bien el cobre no era un bien de prestigio estrictamente hablando, poseía una importancia estratégica fundamental. Las mayores fuentes de cobre en el Mediterráneo durante el Bronce Tardío se ubicaban en Chipre²², Ática, el desierto oriental egipcio, Sinaí²³ y el Arabá²⁴. El reemplazo del bronce —producto de la aleación del cobre con el estaño— por el hierro fue muy gradual, culminando sólo hacia el siglo X a.C. La merma o cese de los envíos de cobre desde Chipre hacia el siglo XII a.C. habría aumentado mucho más su importancia. El valor de este metal era tan gran-

¹⁷ Rothenberg y Glass, 1983; Kalsbeek y London, 1978; Parr, 1992.

¹⁸ Aharoni, *et. al.*, 1960, 98-100; Haiman y Goren, 1992, 149; Gunneweg, *et. al.*, 1991.

¹⁹ Reese, 1983.

²⁰ Fritz y Kempinski, 1983, 36-43.

²¹ Bachman, 1983. Z. Meshel (1994, 60, 63 n. 27) critica la importancia dada por algunos autores al cobre en relación a la posición de Tel Masos en las redes de intercambio. Sin embargo, es necesario considerar también los hallazgos de cerámicas y otros objetos importados. Más aún, el hecho de que algunos lingotes de cobre hayan provenido de objetos de metal reciclado no invalida la hipótesis de que se hayan llevado a cabo actividades metalúrgicas en Tel Masos.

²² Keswani, 1993.

²³ Abdel Tawab, 1998; Stos-Gale, Gale y Houghton, 1995.

²⁴ Rothenberg, 1999; Hikade, 1998.

de, que el control de al menos una parte de su comercio debe haber dado a Tel Masos una gran base de poder material y simbólico.

Las minas de cobre en funcionamiento más cercanas a Tel Masos eran las de Timna, en el sur del Arabá. Es posible que, luego del último faraón atestiguado en Timna (Ramsés V, 1160-1156 a.C.), la explotación quedara en manos de las poblaciones locales, aunque la duración de este período es difícil de precisar. Las escasas evidencias de actividad post-faraónica en el lugar indican que el nivel de explotación nunca llegó a los niveles alcanzados durante el Reino Nuevo²⁵.

Recientes fechados de radiocarbono, provenientes de escoria de fundición encontrada en el Wadi Feinan (Arabá oriental), la mayor región minera del cobre en el Levante meridional, han puesto en evidencia cierta actividad minera entre los siglos XII-X a.C. Sin embargo, ninguno de estos fechados está directamente asociado a asentamientos en la zona, los cuales aparecen aparentemente solo en el siglo IX a.C.²⁶.

Podemos formarnos una imagen de cuál era el papel de Tel Masos en esta vasta red de intercambio. Hasta este sitio llegarían los envíos de cobre (refinado o no) desde el valle del Arabá, traídos por pastores-comerciantes; luego, el cobre en bruto sería refinado en los talleres del sitio; por último, sería reenviado hacia la costa mediterránea por los mismos pastores-comerciantes, o por intermediarios propios o de la zona costera. Los ingresos de Tel Masos habrían provenidos del refinamiento del cobre —lo que supone una incorporación de valor agregado—, de las tareas de transporte y almacenamiento, y posiblemente de las cargas a los productos en tránsito por la región. Los productos importados estarían compuestos, principalmente; de bienes provenientes de la zona mediterránea, en especial productos comestibles no disponibles en una zona árida como el Negev (como el vino o el aceite²⁷); y bienes artesanales, como textiles u objetos de los que la cabeza de león de marfil es sólo un pequeño indicador. Algunos de estos bienes habrían quedado en el sitio, mientras que el resto habría sido reenviado hacia el Negev y Jordania²⁸.

²⁵ *Ibid.*, con bibliografía anterior.

²⁶ Bienkowski, 2001, con bibliografía anterior.

²⁷ Esto podría estar atestiguado por el hallazgo, en el estrato III, de un fragmento de jarra con asa de estribo (*stirrup jar*) filistea, un tipo de recipiente generalmente utilizado en el comercio mediterráneo para el transporte de aceite; cf. Hankey, 1995.

²⁸ Tel Masos podría ser definido como una "comunidad de entrada" (*gateway community*), un término antropológico creado para caracterizar sitios cuya función principal provenía de

b) El papel de las sociedades pastoriles

¿Cuáles eran los agentes comerciales implicados en estas redes de intercambio? ¿Qué mecanismos económicos estaban involucrados? Creemos, como lo hemos dicho anteriormente, que los movimientos de mercancías en el Negev a inicios de la Edad del Hierro estaban controlados por las sociedades pastoriles locales.

El nomadismo pastoril involucra un modo particular de producción de alimentos, en el que la crianza de ganado es la actividad económica predominante, y por el cual la mayoría de la población migra periódicamente en busca de pasturas para los animales²⁹. Los estudios referentes a las sociedades pastoriles en el Negev, tanto durante la Edad del Hierro como en otros períodos, han demostrado que estos grupos poseían una economía mixta, con una mezcla de pastoreo y agricultura, nomadismo y sedentarismo, siendo el balance entre éstos variable de acuerdo a las circunstancias. En consecuencia, sólo en pocos casos estos grupos alcanzaban un alto grado de especialización económica. La mayoría de ellos eran en parte pastores, con rebaños de ovejas y cabras; y en parte agricultores, implicados principalmente en el cultivo de pequeña escala en wadis o cerca de manantiales³⁰.

Más aún, la economía pastoril no es autárquica, esto es, necesita integrarse a otras formas económicas para mantenerse. En esencia, puede decirse que los pueblos pastoriles son inseparables de las redes económicas de las sociedades urbanas vecinas, ya que éstas les proveen, en intercambio por sus productos, casi todos los otros bienes necesarios para su subsistencia: alimento, vestidos, utensilios, joyería, cerámica fina, armas, etc.³¹.

Las actividades de los grupos pastoriles en el Negev durante la Edad del Hierro son evidentes, principalmente, gracias al hallazgo de las cerámicas producidas por ellos, especialmente las madianitas y negevitas. La explotación egipcia de las minas de Timna está relacionada con la cerámica madianita, ya que se ha encontrado en dicho lugar gran cantidad de este tipo de recipientes. Se supone que esta cerámica, mayormente de uso doméstico, era utilizada diariamente por los trabajadores mineros locales³².

su ubicación en las redes comerciales de larga distancia, satisfaciendo las demandas de bienes y reduciendo los costos de transporte; cf. Hirth, 1978.

²⁹ Khazanov, 1994, 17; Cribb, 1991, 16-20.

³⁰ Bar-Yosef y Khazanov, 1992.

³¹ Marx, 1992, 257.

³² Rothenberg y Glass 1983, 100, 115.

El primero en sugerir una conexión entre la distribución de la cerámica madianita y el comercio del cobre fue Beno Rothenberg³³. Israel Finkelstein³⁴, en una línea similar, propone que, con el fin de la hegemonía egipcia, las tribus del desierto tomaron el control de las rutas comerciales y la explotación minera de Timna. Si tanto en Timna como en Tel Masos esta cerámica fue hallada en contextos claramente relacionados con las actividades de extracción y procesamiento del cobre, entonces es posible suponer que la distribución de la cerámica madianita es una indicación *indirecta* del alcance de las redes de intercambio del cobre, controladas por las sociedades pastoriles locales. Aunque muy probablemente la cerámica madianita no haya sido en sí una cerámica comercial, sería un error concluir que por ello no sería transportada por los pueblos pastoriles³⁵, ya que su amplia distribución en lugares muy alejados entre sí, como el noroeste de Arabia, Palestina y el Sinaí, no podría tener otra explicación que el intercambio.

El comercio del cobre no representaba para estas sociedades una gran inversión logística, dado que el transporte de bienes era una parte constitutiva de los movimientos migratorios de estas comunidades nómades. Las actividades de intercambio pudieron ser llevadas a cabo tanto por mercaderes profesionales como por familias o grupos enteros de la comunidad pastoril, aunque la evidencia cerámica apunta principalmente a la segunda posibilidad. Como los movimientos eran realizados por parte o la totalidad de la comunidad, no es extraño encontrar como elemento distintivo la cerámica de uso doméstico, relacionada con las actividades diarias de subsistencia.

Se ha sugerido que la existencia de distintos tipos de cerámica en los sitios del Negev de fines de la Edad del Hierro reflejaría la mezcla y superposición de distintos grupos tribales pastoriles, cuyas cerámicas son encontradas suficientemente lejos de sus áreas "nucleares". Esto sería una consecuencia de la movilidad continua de estos grupos, en constante desplazamiento a través de los territorios vecinos, en busca de pasturas³⁶. ¿Es posible que esta situación se refleje en el variado conjunto cerámico de Tel Masos. Si esto fuera así, la evidencia de Tel Masos comprobaría la interacción de distintos grupos que circularían entre el sur del

³³ *Ibid.*

³⁴ Finkelstein, 1984; Finkelstein, 1988a; Finkelstein, 1995b, 103-126.

³⁵ Como asume Herr, 1999, 73.

³⁶ Bienkowski y van der Steen, 2001, 36.

Arabá, el sur de Jordania, las colinas meridionales de Judá y la franja costera meridional (y quizás Egipto). Esta hipótesis está apoyada, asimismo, por la misma distribución de la cerámica madianita en el sur del Levante, ya que se han encontrado recipientes de tipo madianita en lugares tan alejados como Jedur (norte de Hebrón), Tel Masos, Laquish, Tel el-Far'a (sur), Bir el-'Abd (Sinaí), Amman (Jordania central)³⁷ y en la región minera de Feinan³⁸.

Si la cerámica madianita representa sólo las actividades domésticas de los pueblos pastoriles locales, ¿es válido esperar encontrar algún tipo de recipientes cerámicos utilizados por estos grupos para el transporte de bienes? Una posibilidad es que éstos no hayan sido manufacturados por las tribus locales, sino que, más bien, hayan sido importados —o sus formas hayan sido copiadas— de las cerámicas de las sociedades sedentarias vecinas³⁹. Sin embargo, un reciente hallazgo parece excluir, al menos parcialmente, esta suposición. En 1997 se excavó Wadi Fidan 40, un gran cementerio en la zona de Feinan muy posiblemente utilizado por elementos pastoriles, en el que no se ha encontrado ni un solo recipiente de cerámica, aunque sí cuencos de madera⁴⁰. ¿Puede esto indicar que las tribus que utilizaron este cementerio no utilizaban ningún tipo de recipientes de cerámica? Aunque parezca una hipótesis atractiva, es demasiado pronto para llegar a semejante conclusión, teniendo en cuenta la naturaleza limitada de la evidencia encontrada en Wadi Fidan 40 (62 tumbas excavadas en un cementerio de aproximadamente 3500 sepulcros).

De la distribución de cerámicas madianitas y negevitas podemos inferir que al menos parte de los grupos pastoriles que dejaron estos recipientes

³⁷ Rothenberg y Glass, 1983, 69-85.

³⁸ Fritz, 1994; Fritz, 1996; Bienkowski, 2001, 263-265.

³⁹ En Timna, las cerámicas utilizadas para almacenamiento y transporte son egipcias o están hechas en torno, no perteneciendo al tipo madianita (Rothenberg y Glass, 1983, 15). De acuerdo a Finkelstein, la cerámica diagnóstica de Edom durante el Hierro I consiste principalmente de grandes vasijas conocidas como "jarras de borde de collar" (*collared-rim jars*) (Finkelstein, 1992; Finkelstein, 1995b, 131); aunque esta hipótesis ha sido desestimada recientemente, ya que se supone que todas las "jarras de borde de collar" datan de fines de la Edad del Hierro (Bienkowski, 2001, 261). Mas aún, según M. Artzy, este tipo de vasijas está conectado con el transporte de bienes (Artzy, 1997, 10-12; Artzy, 1998, 443), aunque la opinión general es que tenían una función de almacenamiento (Esse, 1992, 96; London, 1989, 43-44).

⁴⁰ Levy, Adams y Shafiq, 1999. Una datación de radiocarbono fecha al sitio entre los siglos XII y IX a.C. Muy probablemente sea esta la primera evidencia arqueológica de los grupos "shasu" mencionados por las fuentes egipcias (cf. Kitchen, 1992).

tes en el Negev septentrional pertenecían a las mismas comunidades que trabajaban en la minas del sur del Arabá. ¿Es posible reconstruir el patrón de movimientos de estos grupos a inicios de la Edad del Hierro? En el Negev pre-moderno, las tribus del desierto pasaban el período de pastura (fines del invierno y primavera) donde quiera que encontraran pastos, inclusive en las tierras áridas del Negev central; mientras que en el verano los rebaños eran llevados a las áreas más fértiles del Negev septentrional, la franja costera mediterránea e inclusive Palestina central⁴¹. En consecuencia, es muy posible que las tribus pastoriles de inicios de la Edad del Hierro se movieran estacionalmente. El hecho de que la mayoría de la cerámica madianita sea doméstica puede ser indicativa de que el transporte del cobre se llevaba a cabo durante —y posiblemente era un suplemento de— las migraciones periódicas anuales en búsqueda de pasturas estacionales. De acuerdo a este modelo, el comercio de la zona del Negev habría quedado en manos de comunidades pastoriles, en movimiento desde el sur del Arabá hacia las tierras agrícolas del norte. Es muy posible que algunos de sus miembros hayan sido los mismos que encontramos trabajando en Timna. De esta manera, los trabajadores servirían parte del año en Timna —que operaba sólo durante la estación fría—, mientras que durante la estación estival migrarían hacia las tierras agrícolas de Palestina y Jordania. Allí criarían su ganado y venderían el cobre, comprado u obtenido gracias a su trabajo en Timna. Las evidencias que poseemos de movimientos de grupos pastoriles a través del Negev sugieren que éstos eran movimientos de pequeña escala, sobre distancias cortas, generalmente asociados con manantiales, pasturas o campos de cultivo, raids, etc. Por otro lado, debe haber existido una relación de complementariedad con los pueblos sedentarios: negarles los campos a los pastores sería una invitación a la guerra; por otro lado, los pueblos sedentarios también se beneficiaban, debido a la fertilización de las tierras producto de la estada del ganado⁴².

La dinámica del poder en el Negev septentrional

El fin de la hegemonía egipcia en el Levante produjo, en el sur de Palestina, la emergencia de entidades políticas autónomas. De manera similar

⁴¹ Amiran y Ben-Arieh, 1963, 164; Marx, 1977; Levy, 1992, 70. De manera similar, se han propuesto modelos similares para otros períodos, como la Edad del Bronce Intermedio; p. ej., Dever, 1985, 25; Finkelstein, 1995b, 95.

⁴² Rowton, 1982; ver también Rowton, 1973.

a lo que había ocurrido durante toda la Edad del Bronce, los niveles sociopolíticos más complejos se ubicaban en la franja costera y las tierras bajas (ciudades-estado filisteas y cananeas), mientras en el interior existían entidades menos complejas (¿jefaturas?). Tel Masos, como entidad sociopolítica, fue un fenómeno de carácter local, posiblemente una jefatura, surgida como una ramificación secundaria de las entidades estatales de la franja costera mediterránea. Los hallazgos arqueológicos sugieren que prácticas similares a las de las sociedades estatales fueron introducidos desde las sociedades cananeas contemporáneas. La adopción de este tipo de prácticas posiblemente le otorgó a Tel Masos —aunque provisoriamente— una ventaja cualitativa frente a otros grupos rivales (ver abajo).

Dada la cercanía geográfica, las comunidades de Palestina meridional compartían cierto nivel de interacción entre ellas, interacción que —debido a la ausencia de dominio directo egipcio— era el principal motor de cambio sociopolítico en la región. Los vínculos entre este tipo de entidades se basaban en el intercambio de productos, la competición y la guerra⁴³.

En primer lugar, la posesión, por parte de la elite de Tel Masos, de bienes exóticos provenientes de Egipto o la franja costera, actuaba como un efectivo mecanismo de poder ante la población local. Los bienes importados podrían haber sido usados como “moneda política”⁴⁴, cuya distribución forjaba lealtades entre los seguidores.

En segundo lugar, el conjunto cultural importado presumiblemente operaría como símbolo de prestigio y autoridad, tanto frente a los habitantes menos favorecidos del lugar como frente a las elites vecinas rivales. En el frente local, los jefes justificaban su poder gracias a su enlace con una fuente externa de poder relacionada con el mundo de los dioses, inaccesible a otros, colocándose así en un nivel superior que los legitimaba frente al pueblo común.

En el frente externo, los elementos culturales foráneos actuaban como ligazón entre la elite de Tel Masos y las clases altas cananeas. Esta emulación de elite podría explicar la existencia, en Tel Masos, de una construcción —el Edificio 480— similar a las “residencias de gobernador” de tipo egipcio, que vinculaba al gobernante local con el centro principal de poder y civilización de su tiempo⁴⁵; así como el hallazgo de objetos y

⁴³ Cf. Renfrew, 1986, 8.

⁴⁴ Kipp y Schortman, 1989.

⁴⁵ E. Oren clasifica este edificio entre las “residencias de gobernador” de estilo egipcio encontradas en Palestina (*ibid.*, 1984, 48-49).

cerámica de manufactura fina importados⁴⁶. La creciente competencia entre las elites locales podría explicar el despliegue de edificios de este tipo en varios sitios palestinos, en un esfuerzo por adquirir mejor y mayor status frente a sus rivales⁴⁷.

La existencia de estructuras fortificadas en Tel Masos —especialmente el Edificio 1039, y el complejo de edificaciones 411/410 y 419, luego reemplazado por la estructura 402⁴⁸— representa, muy posiblemente, una indicación de los conflictos sucedidos en el Negev septentrional a inicios del Hierro.

Las causas de estas luchas deben buscarse, en nuestra opinión, en el sistema de intercambio interregional. Ciertamente, los asentamientos filisteos de la zona costera tenían un gran interés en el *hinterland* del valle de Beersheba. De manera similar, hacia fines del siglo XI y principios del X a.C., la presión hebrea desde el norte se incrementó considerablemente. Aunque no debemos tomar la narrativa bíblica literalmente, ella nos provee algunos indicios de la geopolítica del área. Los raids de David desde Ziklag apoyando a los filisteos⁴⁹, y las repetidas historias de luchas entre los hebreos y las tribus meridionales⁵⁰, sugieren que el Negev septentrional tenía una gran importancia estratégica para estos pueblos. Más aún, la posesión de bienes importados o exóticos era extremadamente importante para la preservación del *status quo* de estas comunidades. La búsqueda de un continuo abastecimiento de estos productos debe haber llevado a una creciente rivalidad entre los vecinos del sur de Palestina.

⁴⁶ De acuerdo a algunos autores, la cerámica bicroma filistea era, en realidad, la cerámica de lujo de la población filistea (Ehrlich, 1996, 12; Ehrlich, 1997, 187-189). Si esto era así, ¿en qué medida este tipo de vasijas confirió prestigio a sus usuarios de Tel Masos? Aunque en este sitio la cerámica bicroma filistea fue encontrada en escasas cantidades —hecho que revelaría su carácter especial—, su distribución es uniforme y no refleja ningún patrón de concentración especial alrededor de edificios públicos o privados.

⁴⁷ Aunque las "residencias de gobernador" han sido tradicionalmente consideradas como una indicación del dominio directo egipcio durante las Dinastías XIX y XX (ver especialmente Oren, 1984), su amplia distribución ha sido también explicada como un resultado de la adopción, por parte de las elites locales cananeas, del conjunto cultural egipcio (Higginbotham, 1996).

⁴⁸ Fritz y Kempinski, 1983, 17-20, 54-58.

⁴⁹ 1 Sam. 27: 8-12.

⁵⁰ Por ejemplo, Jueces: 1: 17; 6: 1-6; 1 Sam. 15: 2-9; 30.

Para los excavadores, el fin de la ocupación de Tel Masos se debió a que sus habitantes fundaron un asentamiento más seguro y protegido, no muy lejos de allí (Tel Malhata)⁵¹. Otros autores ven un conflicto decisivo entre el emergente Estado hebreo y el poder de Tel Masos en el sur: la victoria hebrea habría significado que el sitio fuera abandonado y que el comercio del Negev quedara en manos de Israel⁵². No hay evidencias de un fin violento de la última fase del Hierro (estrato I). La significativa ausencia de cerámica importada en esta etapa puede deberse tanto al mal estado de conservación del estrato como a las dificultades que han encontrado los excavadores para diferenciar la cerámica del estrato I de la del estrato II, pero es probable que también refleje la pérdida de importancia de Tel Masos en el contexto regional.

La hipótesis del conflicto con Israel parece ser la más atractiva, aunque, asimismo, la extrema importancia que para Tel Masos tenía el comercio significaba que este sitio era muy vulnerable a las condiciones cambiantes de las redes de intercambio. Es por ello que, si en un principio la decadencia egipcia implicó para Tel Masos amplia autonomía política y económica —aunque no ideológica—, el fin de los envíos de cobre de Timna y la disminución de la demanda de este metal (consecuencias de la retirada egipcia del Levante y de la creciente utilización del hierro) significó que, hacia fines del siglo XI o principios del X a.C., Tel Masos iniciara su decadencia. Más aún, la reanudación de las exportaciones desde Chipre —evidente en los hallazgos de cerámica chipriota-fenicia en el Levante— significó que nuevamente se hallaban disponibles las fuentes de cobre de dicha isla, por lo que la importancia relativa de las minas del Arabá debe haber decrecido⁵³. Es posible que el debilitamiento económico de Tel Masos (reflejado en la magra cantidad de cerámica importada en el estrato I) haya preparado el camino para su desplazamiento por el naciente Estado hebreo.

⁵¹ Fritz y Kempinski, 1984, 233.

⁵² Finkelstein, 1984, 250-251; Finkelstein, 2002, 114-116 (donde Finkelstein conecta el fin de Tel Masos con la campaña de Sheshonk I a Palestina); Herzog, 1994, 140-143.

⁵³ Ver Knaut, 2000, 84.

Bibliografía citada

- ABDEL TAWAB, M.M. The Role of Copper-Gold-Iron in Ancient Egyptian Politics. En: *Proceedings of the First International Conference on Ancient Egyptian Mining and Conservation of Metallic Artifacts*, Cairo, April 1995. Cairo, 1998, pp. 399-401.
- ADAMS, R. McC. Anthropological Perspectives on Ancient Trade. En: *Current Anthropology*, vol. 33, Supplement, 1992 [1974], pp. 141-160.
- AHARONI, Y. Nothing Early and Nothing Late: Re-writing Israel's Conquest. En: *Biblical Archaeologist*, vol. 39, 1976, pp. 55-76.
- AHARONI, Y., EVENARI, M., SHANAN, L. y TADMOR, N. H. The Ancient Desert Agriculture of the Negev, V: An Israelite Agricultural Settlement at Ramat Matred. En: *Israel Exploration Journal*, vol. 10, 1960, pp. 23-36 y pp. 97-111.
- AHARONI, Y., FRITZ, V. y KEMPINSKI, A. Vorbericht über die Ausgrabungen auf der *Hirbet el-Mšāš (Tēl Māsōs)*. 1. Kampagne 1972. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 89, 1973, pp. 197-210.
- AHARONI, Y., FRITZ, V. y KEMPINSKI, A. Vorbericht über die Ausgrabungen auf der *Hirbet el-Mšāš (Tēl Māsōs)*. 2. Kampagne 1974. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 91, 1975, pp. 109-130.
- AHLSTRÖM, G.W. The Early Iron Age Settlers at *Hirbet el-Mšāš (Tēl Māsōs)*. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 100, 1984, pp. 32-52.
- AHLSTRÖM, G.W. *The History of Ancient Palestine*, 2da. ed., Minneapolis, Fortress Press, 1994.
- AMIRAN, D.H.K. y BEN-ARIEH, Y. Sedentarization of Beduin in Israel. En: *Israel Exploration Journal*, vol. 3, 1963, pp. 161-181.
- ARTZY, M. Nomads of the Sea. En: Swiny, S., Hohlfelder, R. L. y Swiny, H. W. (eds.), *Res Maritimae: Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity*, Cyprus American Archaeological Research Institute Monograph Series 1, Atlanta, Scholars Press, 1997, pp. 1-16.
- ARTZY, M. Routes, Trade, Boats and 'Nomads of the Sea'. En: Gitin, S., Mazar, A. y Stern, E. (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE. In Honor of Trude Dothan*, Jerusalem, Israel Exploration Society, 1998, pp. 439-448.
- BACHMAN, H.G. Metallanalysen: Kommentar zu den Analysentabellen. En: Fritz y Kempinski, 1983, pp. 198-201.
- BARAKO, T. The Philistine Settlement as Mercantile Phenomenon? En: *American Journal of Archaeology*, vol. 104, 2000, pp. 513-530.

- BAR-YOSEF, O. y KHAZANOV, A., eds. *Pastoralism in the Levant: Archaeological Materials in Anthropological Perspectives*, Monographs in World Archaeology No. 10, Madison, Prehistory Press, 1992.
- BIENKOWSKI, P. Iron Age Settlement in Edom: A Revised Framework. En: Daviau, P.M.M., Wevers, J.W. y Weigl, M. (eds.), *The World of the Aramaeans II. Studies in History and Archaeology in Honour of Paul-Eugène Dion*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 2001, pp. 257-269.
- BIENKOWSKI, P. y VAN DER STEEN, E. Tribes, Trade and Towns: A New Framework for the Late Iron Age in Southern Jordan and the Negev. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 323, 2001, pp. 21-47.
- BLAKELY, J. Reconciling Two Maps: Archaeological Evidence for the Kingdoms of David and Salomon. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 327, 2002, pp. 49-54.
- CRIBB, R. *Nomads in Archaeology*, New Studies in Archaeology, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- CRÜSEMAN, F. Die Kleinfunde. En: Fritz y Kempinski, 1983, pp. 91-102.
- DEVER, W.G. Village Planing at Be'er Resisim and Socio-Economic Structure in Early Bronze IV Palestine. En: *Eretz-Israel*, vol. 18, 1985, pp. 18*-28*.
- DEVER, W.G. Archaeology and Israelite Origins: Review Article. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 279, 1990, pp. 05.
- DO THAN, T. *The Philistines and Their Material Culture*, New Haven, Yale University Press, 1982.
- EDELMAN, D. Tel Masos, Geshur, and David. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 47, 1988, pp. 253-258.
- EHRlich, C.S. *The Philistines in Transition*, Leiden, Brill, 1996.
- EHRlich, C.S. 'How the Mighty Are Fallen': The Philistines in their Tenth Century Context. En: Handy, L.K. (ed.), *The Age of Solomon: Scholarship at the Turn of the Millennium*, Leiden, Brill, 1997, pp. 179-201.
- ESSE, D.L. The Collared Pithos at Megiddo: Ceramic Distribution and Ethnicity. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 51, 1992, pp. 81-103.
- FINKELSTEIN, I. The Iron Age 'Fortresses' of the Negev Highlands: Sedentarization of the Nomads. En: *Tel Aviv*, vol. 11, 1984, pp. 189-209.
- FINKELSTEIN, I. Arabian Trade and Socio-Political Conditions in the Negev in the Twelfth-Eleventh Centuries B.C.E. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 47, 1988, pp. 241-252.
- FINKELSTEIN, I. *The Archaeology of the Israelite Settlement*, Jerusalem, Israel Exploration Society, 1988.
- FINKELSTEIN, I. Edom in the Iron I. En: *Levant*, vol. 24, 1992, pp. 159-166.

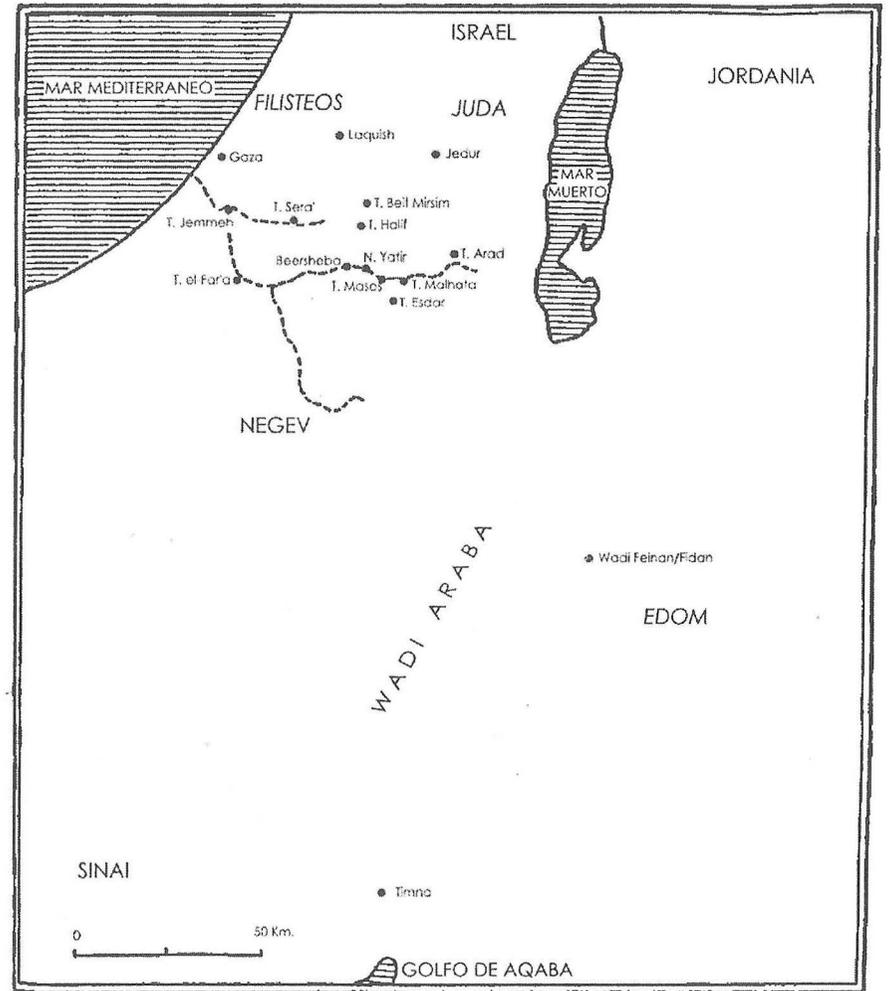
- FINKELSTEIN, I. The Date of the Settlement of the Philistines in Canaan. En: *Tel Aviv*, vol. 22, 1995, pp. 213-239.
- FINKELSTEIN, I. *Living on the Fringe. The Archaeology and History of the Negev, Sinai and Neighbouring Regions in the Bronze and Iron Ages*, Monographs in Mediterranean Archaeology 6, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1995.
- FINKELSTEIN, I. The Campaign of Shoshenk I to Palestine. A Guide to the 10th. Century BCE Polity. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 118, 2002, pp. 109-135.
- FRICK, F.S. *The Formation of the State in Ancient Israel: A Survey of Models and Theories*, Sheffield, Almond, 1985.
- FRITZ, V. The Israelite 'Conquest' in the Light of Recent Excavations at Khirbet el-Meshash. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 241, 1981, pp. 61-73.
- FRITZ, V. Conquest or Settlement?: The Early Iron Age in Palestine. En: *Biblical Archaeologist*, vol. 50, 1987, pp. 84-100.
- FRITZ, V. *The City in Ancient Israel*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1993.
- FRITZ, V. Vorbericht über die Grabungen in *Barqā el-Heṭīye* im Gebit von *Fēnān*, *Wādī el-'Araba* (Jordanien) 1990. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 110, 1994, pp. 125-150.
- FRITZ, V. Ergebnisse einer Sondage in *Hirbet en-Nahās*, *Wādī el-'Araba* (Jordanien). En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 112, 1996, pp. 1-9.
- FRITZ, V. y KEMPINSKI, A. Vorbericht über die Ausgrabungen auf der *Hirbet el-Mšāš* (*Tēl Māšōš*). 3. Kampagne 1975. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 92, 1976, pp. 83-104.
- FRITZ, V. y KEMPINSKI, A. *Ergebnisse der Ausgrabungen auf der Hirbet el-Mšāš (Tēl Māšōš) 1972-1975*. Vol. 1, *Textband*. Wiesbaden, Harrassowitz, 1983.
- GIVEON, R. y KEMPINSKI, A. The Scarabs. En: Fritz y Kempinski, 1983, pp. 102-106.
- GUNNEWEG, J. The Ovens of the First Campaign. En: Fritz y Kempinski, 1983, pp. 106-112.
- GUNNEWEG, J., BEIER, T., DIEHL, U., LAMBRECHT, D. y MOMMSEN, H. 'Edomite', 'Negbite' and 'Midianite' Pottery from the Negev Desert and Jordan: Instrumental Neutron Activation Analysis Results. En: *Archaeometry*, vol. 33, 1991, pp. 239-253.
- HAIMAN, M. y GOREN, Y. 'Negbite' Pottery: New Aspects and Interpretations and the Role of Pastoralism in Designating Ceramic Technology. En: Bar-Yosef y Khazanov, 1992, pp. 143-152.

- HANKEY, V. Stirrup Jars at El-Amarna. En: Davies, W.V. y Schofield, L. (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millennium B.C.*, London, British Museum Press, 1995, pp. 116-124.
- HERR, L.G. Tell al-'Umayri and the Reubenite Hypothesis. En: *Eretz-Israel*, vol. 26, 1999, pp. 64*-77*.
- HERZOG, Z. The Beer-sheba Valley: From Nomadism to Monarchy. En: Finkelstein, I. y Na'aman, N. (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalem, Yad Izhak Ben-Zvi, 1994, pp. 122-149.
- HIGGINBOTHAM, C. Elite Emulation and Egyptian Governance in Ramesside Canaan. En: *Tel Aviv*, vol. 23, 1996, pp. 154-169.
- HIKADE, H. Economic Aspects of the New Kingdom: The Expeditions to the Copper Mines of the Sinai. En: *Bulletin of the Australian Centre of Egyptology*, vol. 9, 1998, pp. 43-52.
- HIRTH, K.G. Interregional Trade and the Formation of Prehistoric Gateway Communities. En: *American Antiquity*, vol. 43, 1978, pp. 35-46.
- HOLLADAY JR., J.S. The Kingdoms of Israel and Judah: Political and Economic Centralization in the Iron IIA-B (ca. 1000-750 BCE). En: Levy, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, London, Leicester University Press, 1998, pp. 368-398.
- KALSBECK, J. y LONDON, G. A Late Second Millennium B.C. Potting Puzzle. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 232, 1978, pp. 47-56.
- KEMPINSKI, A. How Profoundly Canaanized Were the Early Israelites? En: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, vol. 108, 1992, pp. 1-7.
- KESWANI, P. Models of Local Exchange in Late Bronze Age Cyprus. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 292, 1993, pp. 73-83.
- KHAZANOV, A. *Nomads and the Outside World*, 2da. ed., Madison, The University of Wisconsin Press, 1994.
- KIPP, R.S. y SCHORTMAN, E.M. The Political Impact of Trade in Chiefdoms. En: *American Anthropologist*, vol. 91, 1989, pp. 370-385.
- KITCHEN, K., The Egyptian Evidence on Ancient Jordan. En: Bienkowski, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan*, Sheffield Archaeological Monographs 7, Oxford, J.R. Collis Publications, 1992, pp. 21-34.
- KNAUF, E.A. Jerusalem in the Late Bronze and Early Iron Ages: A Proposal. En: *Tel Aviv*, vol. 27, 2000, pp. 75-90.
- LEMICHE, N.P. *Early Israel: Anthropological and Historical Studies on the Israelite Society before the Monarchy*, Leiden, Brill, 1985.

- LEVY, T.E. Transhumance, Subsistence, and Social Evolution in the Northern Negev Desert. En: Bar-Yosef y Khazanov, 1992, pp. 65-82.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.A. y SHAFIQ, R. The Jebel Hamrat Fidan Project: Excavations at the Wadi Fidan 40 Cemetery, Jordan (1997). En: *Levant*, vol. 31, 1999, pp. 299-314.
- LIVERANI, M. The Collapse of the Near Eastern Regional System at the End of the Bronze Age: the Case of Syria. En: Rowlands, M., Larsen, M. y Kristiansen, K. (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 66-73.
- LONDON, G. A Comparison of Two Contemporaneous Lifestyles of the Late Second Millennium B.C. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 273, 1989, pp. 37-55.
- MARX, E. The Tribe as a Unit of Subsistence: Nomadic Pastoralism in the Middle East. En: *American Anthropologist*, vol. 79, 1977, pp. 343-363.
- MARX, E. Are there Pastoral Nomads in the Middle East? En: Bar-Yosef y Khazanov, 1992, 255-260.
- MAZAR, A. *Archaeology of the Land of the Bible: 10.000-586 B.C.E.*, The Anchor Bible Reference Library, New York, Doubleday, 1990.
- MESHEL, Z. The 'Aharoni Fortress' Near Quseima and the 'Israelite Fortresses' in the Negev. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 294, 1994, pp. 39-67.
- OREN, E.D. 'Governor's Residencies' in Canaan under the New Kingdom: A Case Study of Egyptian Administration. En: *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, vol. 14, 1984, pp. 37-56.
- PARR, P.J. Qurayya. En: Freedman, D.N. (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, New York, Doubleday, 1992, vol. 5, pp. 594-596.
- REDFORD, D.B. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- REESE, D.S. Marine Shells. En: Fritz y Kempinski, 1983, pp. 224-226.
- RENFREW, C. Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change. En: Renfrew, C. y Cherry, J. (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 1-18.
- ROTHENBERG, B. Archaeo-Metallurgical Researches in the Southern Arabah 1959-1990. Part 2: Egyptian New Kingdom (Ramesside) to Early Islam. En: *Palestine Exploration Quarterly*, vol. 131, 1999, pp. 149-175.
- ROTHENBERG, B. y GLASS, J. The Midianite Pottery. En: Sawyer, J.F.A. y Clines, D.J.A. (eds.), *Midian, Moab and Edom: The History and Archaeology of Late Bronze and Iron Age Jordan and North-West Arabia*, Journal for the Study

- of the Old Testament, Supl. 24, Sheffield, Journal for the Study of the Old Testament Press, 1983, pp. 65-124.
- ROWTON, M.B. Urban Autonomy in an Nomadic Environment. En: *Journal of Near Eastern Studies*, vol. 32, 1973, vol. 201-215.
- ROWTON, M.B. Factores Económicos y Políticos en el Nomadismo Antiguo. En: Silva Castillo, J. (ed.), *Nómadas y Pueblos Sedentarios*, México, El Colegio de México, 1982, pp. 23-33.
- SHERRATT, S. y SHERRATT, A. From Luxuries to Commodities: The Nature of Mediterranean Bronze Age Trading Systems. En: Gale, N.H. (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean. Papers Presented at the Conference held at Rewley House, Oxford, in December 1989*, SIMA 90, Jonsered, Paul Åströms Förlag, 1991, pp. 351-384.
- SHERRATT, S. y SHERRATT, A. The Growth of the Mediterranean Economy in the Early First Millenium BC. En: Oakes, J. (ed.), *Ancient Trade: New Perspectives*, World Archaeology 24, No. 3, London, Routledge, 1993, pp. 361-378.
- SINGER-AVITZ, L. Beersheba- A Gateway Community in Southern Arabian Long-Distance Trade in the Eighth Century B.C.E. En: *Tel Aviv*, vol. 26, 1999, pp. 1-75.
- SMITH, M.L. The Role of Ordinary Goods in Premodern Exchange. En: *Journal of Archaeological Method and Theory*, vol. 6, 1999, pp. 109-135.
- STAGER, L. E. The Impact of the Sea Peoples in Canaan (1185-1050 BCE). En: Levy, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*. London, Leicester University Press, 1994, pp. 333-348.
- STOS-GALE, Z., GALE, N.H. y HOUGHTON, J. The Origin of Egyptian Copper Lead-Isotope Analysis of Metals from El-Amarna. En: Davies, W.V. y Schofield, L. (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millennium B.C.*, London, British Museum Press, 1995, pp. 127-135.
- VAN DER STEEN, E.J. The Central East Jordan Valley in the Late Bronze and Early Iron Ages. En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, vol. 302, 1996, pp. 51-74.
- VAN DER STEEN, E.J. Survival and Adaptation: Life East of the Jordan in the Transition from the Late Bronze Age to the Early Iron Age. En: *Palestine Exploration Quarterly*, vol. 131, 1999, pp. 176-192.

Mapa III



Salomón ben David y Egipto Intercambios y el surgimiento de organizaciones sociopolíticas en Palestina durante la Edad del Hierro II

EMANUEL PFOH

Abstract: *Solomon ben David and Egypt. Exchanges and the Rise of Socio-Political Entities in Palestine during the Iron Age II.*

For many years the biblical Solomon (and his father David) has been regarded as a true historical persona of ancient Palestine in the Iron Age II. However, the critical analysis of the biblical texts in recent years, along with the lack of archaeological confirmation, suggests that the United Monarchy is unhistorical. Furthermore, the recent challenge to Palestinian chronology by I. Finkelstein has moved our historical attention on the question of statehood in Palestine towards the House of Omri during the 9th century BC rather than a non-attested empire of Solomon during the 10th century BC. Taking this into account, this paper suggests reconsidering the evidence of statehood in Iron Age Palestine, regarding the re-appearance of inter-regional exchanges as the key factor that may have triggered the emergence of a major socio-political entity (the House of Omri), in the beginning of the 9th century BC. This entity, far from being a full-blown state, had the characteristics of a patronage society.

Introducción

La figura del rey Salomón, tal como aparece representada en el corpus religioso y sapiencial de la tradición judeocristiana, posee un cierto lugar de privilegio en nuestro moderno imaginario común como prodigio ejemplar de sabiduría y riqueza orientales, y —desde la perspectiva del historiador— representa al monarca que introdujo al antiguo Israel en una época dorada de su historia, en un período de estabilidad política y prosperidad económica que fue caracterizado hace ya varios años como de “Ilustración salomónica”; ciertamente, un ámbito propicio para el comienzo de una producción de obras historiográficas, fundamentales en la consolidación del sentimiento de pertenencia a una nueva Nación, a un nuevo Estado¹.

¹ Cf. von Rad, 1944, 1-42; Noth, 1966 [1950], 193-211, esp. 206-210. De cierta manera, esta hipótesis sigue siendo defendida aún —entre otros— por Na'aman, 1997, 59-61.

O, al menos, esta es la doble imagen que tanto el desarrollo religioso y cultural de Occidente como la historiografía moderna sobre el Israel bíblico construyeron y han hecho perdurar hasta nuestros días, la de una época salomónica en la que Israel alcanzó su máximo esplendor como civilización y como Estado-Nación.

Tal vez la causa de la primera imagen resida en la notable similitud que tiene el retrato bíblico de este mítico soberano con los diversos relatos provenientes de ese Oriente lejano y misterioso —pensamos aquí especialmente en las fábulas de *Las mil y una noches*—, cuya alteridad siempre fascinó a la mentalidad occidental, aun cuando esa misma imagen de alteridad oriental fuera, en gran parte, una construcción rayana en lo fantástico de viajeros, estudiosos y comerciantes de la Europa imperialista de los siglos XVIII y XIX². La segunda imagen de Salomón obedece, por su parte, a la tradición ya casi dos veces centenaria de crear paráfrasis racionalistas del texto bíblico con el fin de dar cuenta del pasado histórico de Israel. Dicha creación, al tratar las narrativas bíblicas acerca del surgimiento estatal en Palestina, no hace más que seguir de cerca la idea decimonónica de Estado-Nación y proyectarla en el pasado del Israel bíblico: el Estado es la Nación, y la Nación no es nada sin un pasado que dé cuenta de sus orígenes. En efecto, para el análisis historiográfico tradicional, Israel no se constituiría como Nación sino hasta el necesario advenimiento del Estado.

Sin duda, este anacronismo nos ha hecho ver realidades históricas inexistentes en la antigua Palestina³. El peso simbólico que el relato bíblico tiene como estatuto de verdad en nuestra civilización occidental ha permitido que desde la época en que se empezaron a hacer los primeros intentos de una historia secular del antiguo Oriente y, especialmente, de las tierras bíblicas —a mediados del siglo XIX—, la imagen histórica preconcebida a partir del texto veterotestamentario de Salomón, junto con la evidencia de una Monarquía Unida, fuera aquello que los diversos investigadores buscaran en los estratos arqueológicos de Palestina. Y es que si había existido una época de esplendor en la historia antigua del pueblo de Israel, como decíamos, ésta sin duda era la del rey David y la de su hijo y sucesor. Sin embargo, recientemente el consenso académico generalizado sobre el status sociopolítico de la antigua Palestina en el siglo X

² Véase Said, 1994 [1978].

³ Véase la apropiada crítica en Whitelam, 1996, 71-175.

a.C. ha sido sacudido de manera considerable por un pequeño grupo de investigadores —conocidos con el nombre de Escuela de Copenhague— que no encuentra lugar para una Monarquía Unida de David y Salomón, así como tampoco para los Patriarcas, el Éxodo de Egipto, la conquista de la Tierra Prometida por parte de Josué y el período de los Jueces en Palestina, en una historia crítica y realmente secular de Israel en la antigüedad, esto es, libre de la evocación que la antigua teología bíblica hace del pasado de Israel⁴.

Los motivos de esta renuencia a aceptar la historicidad del relato bíblico no son fortuitos. Más aún, están convenientemente justificados a la luz de una metodología histórica crítica. Si apelamos tan sólo al registro arqueológico y a los magros restos epigráficos de Palestina, la historia que en realidad podemos escribir acerca de los procesos políticos, sociales, económicos, demográficos, etc. de esta región, por un lado, y el relato del texto bíblico, por el otro, parecen seguir caminos divergentes. Por otra parte, una de las principales razones que estos investigadores presentan para reescribir la historia de Israel en la antigua Palestina es que los textos bíblicos habrían sido escritos y compilados, vale decir, *creados* entre el fin del período persa y durante el período helenístico de Palestina (siglos V-II a.C.), distando varios siglos de los sucesos que parecen atestiguar y, por lo tanto, son carentes de valor como fuente histórica primaria. Pero no nos adelantemos. Ciertamente, en este trabajo compartimos y seguimos de cerca esta perspectiva de interpretación histórica de los textos bíblicos, pero quizás sea más prudente comenzar por la propia evidencia empírica —y la interpretación tradicional que se hacía de ella— para luego tratar los problemas de este período de la historia de la antigua Palestina a partir de tal perspectiva crítica.

Salomón en la Biblia: ¿retrato de un déspota oriental?

Si prestamos atención a lo que el relato bíblico y, junto con éste, la interpretación histórica tradicional tienen que decir acerca de Salomón, podemos reconocer que es prácticamente lo mismo, puesto que *“todo lo que sa-*

⁴ Sobre la Escuela de Copenhague y su perspectiva, véase Thompson, 1992; 1996, 26-43; Lemche, 1998; Lemche y Thompson, 1994, 3-22; Davies, 1995 [1992]. La no-historicidad de estos episodios bíblicos puede verse tratada también ahora —desde una perspectiva menos radical— en Finkelstein y Silberman, 2001, 27-96.

bemos, o pensamos que sabemos, acerca del Salomón histórico reside en última instancia en la Biblia Hebrea⁵. Tal ha sido la perspectiva general que la historiografía de Israel ha sostenido durante la mayor parte del siglo XX, conscientemente o de manera implícita en sus interpretaciones: desde el enfoque de William F. Albright y sus discípulos en los Estados Unidos que privilegiaba una armonización del relato bíblico con el registro arqueológico de Palestina, pasando por la perspectiva que dominaba al otro lado del Atlántico, la crítica textual bíblica de cuño alemán, con Albrecht Alt y Martin Noth como sus mayores representantes; así hasta llegar a las variaciones interpretativas que dominaron los años '80 y se extendieron hasta principios de los '90⁶. Este era el contexto académico en el que el Antiguo Testamento primaba como fuente histórica para el Israel de tiempos de la "Monarquía Unida". Veamos, entonces, qué nos dice específicamente el texto veterotestamentario acerca de Salomón ben David.

La historia del reinado de Salomón (ca. 970-930 a.C.)⁷ se encuentra relatada en el Antiguo Testamento en 1 Re 3-11 y en 2 Crón 1-9. De acuerdo con esta narrativa, Salomón, a quien Yahweh había otorgado "sabiduría y discernimiento más allá de toda medida", consolidó el reino de su padre y antecesor, David, y organizó su dominio imperial, que ahora se extendía desde el río Éufrates hasta la tierra de los filisteos y la frontera con Egipto (1 Re 5:1). Su inmensa riqueza provenía de un sofisticado sistema de impuestos y de las prestaciones de trabajo con que las tribus de Israel —excluyendo a Judá— tenían que contribuir para sostener la constitución administrativa del reino, además de las expediciones comerciales a los países exóticos del sur, en la península arábiga. Todo esto, de acuerdo al relato bíblico, condujo a un "creciente desarrollo económico"⁸ del país. En efecto, en reconocimiento a su riqueza, fama y sabiduría, la reina de Saba (Sheba) visitó a Salomón en Jerusalén, trayéndole una caravana entera de fabulosos obsequios. Pero tal vez el logro más acabado y notable de Salomón fueron sus actividades de construcción. En Jerusalén construyó un templo dedi-

⁵ Miller, 1997, 1 (La traducción es nuestra).

⁶ Cf., entre otros, Bright, 1959, 163-208; Kenyon, 1960, 240-259; Albright, 1963, 49-57; Alt, 1966 [1930], 171-237; Noth, 1966 [1950], 163-211; Dever, 1982, 269-306; Miller y Hayes, 1986, 120-217, esp. 189-217; Mazar, 1990, 368-402; Ahlström, 1993, 421-542; Dietrich, 1997, 94-201.

⁷ Sobre el reinado de Salomón y la racionalización de la cronología bíblica, véase Handy, 1997b, 96-105. Cf. también la discusión en Ash, 1999, 21-26.

⁸ Meyers, 1987, 183. La traducción es nuestra.

cado a Yahweh, magníficamente decorado, y un hermoso palacio en las cercanías de la ciudad. Fortificó tanto Jerusalén como los importantes centros provinciales de Hazor, Meguido y Guezer, y mantuvo establos que albergaban a 40.000 caballos para sus 1.400 carros de combate y 12.000 jinetes. Además, selló un tratado con Hiram, rey de Tiro, quien le envió cedros del Líbano para la construcción del Templo en Jerusalén y se convirtió en su socio en diversas empresas comerciales hasta las costas de Cilicia y Egipto⁹. A todo esto, debemos agregar el matrimonio de este personaje bíblico con una anónima hija de un anónimo faraón.

Ahora bien, hasta aquí el relato bíblico. Pero, ¿qué podemos comprobar de todo esto en el registro arqueológico de Palestina durante el siglo X a.C.? ¿Existió realmente un contacto fluido entre Salomón y el Egipto faraónico, como afirma el relato bíblico? ¿Es acaso posible algún tipo de corroboración de esta información bíblica sobre Salomón mediante la arqueología? Ciertamente, estas preguntas poseen un obvio carácter retórico. La respuesta a todas ellas —desde ya— es negativa y las razones serán oportunamente presentadas.

Consideremos, en primer lugar, la narrativa del Antiguo Testamento. El hecho de que la gran mayoría de los investigadores hasta años recientes considerase al texto veterotestamentario como fuente histórica de Israel (especialmente, del libro de Josué a los de Reyes, la llamada Historia Deuteronomística) tiene sus razones. Gran parte de los acontecimientos allí descritos parece corresponderse con el contexto histórico que la arqueología ha permitido reconstruir. Es sabido, por ejemplo, que un faraón llamado Sheshonq (ca. 945-924 a.C.) realizó una campaña militar a Palestina durante la segunda mitad del siglo X a.C.¹⁰ Este soberano egipcio dejó una larga lista topográfica de los sitios conquistados, ubicados principalmente en el reino norteño de Israel, eludiendo casi por completo al reino meridional de Judá¹¹. Al parecer, y en concordancia, también

⁹ Véase el *racconto* en Finkelstein y Silberman, 2001, 127. Cf. también Ahlström, 1993, 501-542; Liverani, 2003, 109-113. Sobre los "contactos comerciales" de Salomón desde una perspectiva tradicional, cf. Elat, 1979, 527-546, esp. 531-541.

¹⁰ Cf. Redford, 1992, 312-314; Ahlström, 1993, 554-555; Dietrich, 1997, 134-136; Ash, 1999, 50-62; Liverani, 2003, 114-116.

¹¹ "[Sheshonq] enumera 154 poblaciones destruidas por las fuerzas egipcias, y aunque ni Judá ni Israel son mencionados por su nombre, el rango geográfico de nombres-lugares indica que ambos sectores del país estuvieron en la mira [del ataque del faraón]" (Redford, 1992, 312; la traducción es nuestra). Cabe preguntarse por qué Judá o su capital Jerusalén no aparecen en la lista; el poderío militar del faraón no hubiese tenido mayores inconvenientes en tomar la ciudad

existe noticia de tal campaña en una descripción del texto de 1 Re 14:25-28, donde el faraón invasor aparece bajo el nombre de Shishak. Este soberano egipcio —de acuerdo al relato bíblico— habría hecho pagar tributo a Rehoboam de Judá, hijo y sucesor de Salomón. Ahora bien, ¿cuál habría sido la probable fuente que el autor bíblico podría haber utilizado, si es que en realidad utilizó alguna, para esta descripción? Según N. Na'aman, esta fuente puede haber sido una crónica, compuesta sobre la base de material más antiguo y que bien podría indicarnos la presencia de escribas en Jerusalén hacia el siglo X a.C.¹² Sin embargo, cabe preguntarse, ¿dónde están las pruebas arqueológicas y epigráficas de tal actividad literaria en este período? De acuerdo al estudio de D.W. Jamieson-Drake, Jerusalén no se conformó como capital de un Estado sino hacia fines del siglo VIII a.C., si atendemos a la evidencia arqueológica disponible, y no hallamos hasta ese entonces evidencia de una práctica escribal de tipo burocrático¹³. Sin manifestación estatal en Jerusalén hacia el siglo X a.C., no hay necesidad de especialistas letrados (escribas) ni de ámbitos de administración ni de archivos reales o bibliotecas, por lo que la impresión que siempre se tuvo en el ámbito de los estudios bíblicos acerca de la época de Salomón como una de gran actividad literaria e intelectual en Palestina no posee ningún tipo de sustento material, al menos hasta una época muy tardía¹⁴.

Otro ejemplo que podemos citar es el del matrimonio de Salomón y la hija del faraón, episodio presente en 1 Re 3:1; 7:8; 9:16; 9:24; 11:1; 2 Crón 8:11. Nuevamente, Na'aman sugiere que el autor bíblico debe haber tomado conocimiento de esta relación de los contactos que Egipto e Israel al parecer mantuvieron entre fines de la Dinastía XXI en Egipto y el comienzo de la XXII (ca. 950 a.C.)¹⁵. Aquí debemos agudizar nuestro sentido

y hacerse con el dominio de su territorio. La respuesta más probable quizás sea que simplemente no existía Estado o formación sociopolítica alguna que conquistar y, por ende, tampoco necesidad de registrar tal conquista (Lemche, 1998, 187 n. 103). Cf. también Ash, 1999, 54-55.

¹² Na'aman, 1997, 59.

¹³ Jamieson-Drake, 1991. Si Judá e Israel conformaron Estados "secundarios" (Holladay, 1995, 372) o si conformaron Estados en absoluto no es relevante en este punto de la discusión. Cabe señalar que quizás el término tipológico "Estados secundarios" no sea el más apropiado para describir la dinámica de las entidades sociopolíticas del Levante meridional en la Edad del Hierro (cf. Lemche, 1997, 333 n. 57).

¹⁴ Véase Jamieson-Drake, 1991, 138-145; Thompson, 1992, 331-334, 409-410.

¹⁵ Na'aman, 1997, 64.

histórico crítico. Nos preguntamos si era realmente posible que un faraón egipcio entregase una de sus hijas en matrimonio a un pequeño soberano de las tierras altas palestinas (suponiendo la existencia de Salomón, por supuesto, sobre la única base de la posibilidad histórica), siendo que el faraón, por más debilitada que estuviera su imagen y su poder durante el Tercer Período Intermedio de Egipto (ca. 1070-664 a.C.)¹⁶, difícilmente haría alianzas con un pequeño rey que, ciertamente, no era en absoluto el equivalente —en condiciones y características— de un rey hitita o un rey mesopotámico de la Edad del Bronce (no obstante, ésta es la imagen que nos creamos de Salomón al leer el relato bíblico: la de un poderoso líder de un imperio). La situación histórica más probable es que el faraón habría seguido considerando a los reyezuelos palestinos como súbditos reales o potenciales pero nunca como pares que merecían su reciprocidad, del mismo modo que se evidencia en las cartas de El-Amarna de la Edad del Bronce Tardío¹⁷. Así pues, la situación habría sido similar, durante la Edad del Hierro, a aquella establecida por la relación entre un "gran rey" y un "pequeño rey" en el período precedente¹⁸:

El gran rey, a cambio de fidelidad y el tributo del pequeño, tiene que darle algo, dado el toma y daca en las relaciones políticas que caracterizan al Bronce Tardío. Este algo es la «protección» (nasaru), la tutela de su posición real frente a los ataques procedentes tanto del interior de su reino como del exterior. Mientras permanezca fiel, el pequeño rey tiene asegurado su reinado y la transmisión hereditaria del trono. Otra forma más dramática de expresar esta relación es la «vida» (balatu): el gran rey «hace que viva» el pequeño rey que le es fiel, hace que viva en un sentido político porque le mantiene en el trono, y también en el sentido físico. Una rebelión, una falta de fidelidad como el intento de pasar al servicio de otro señor, se castiga con la muerte política (destronamiento) o con la muerte física¹⁹.

La veracidad de este episodio bíblico se presenta incluso más problemática si consideramos que el faraón, en el relato bíblico, le entrega a Salomón una de sus hijas en matrimonio (y esta princesa egipcia ni siquiera se convertiría en la esposa principal sino que pasaría a formar parte

¹⁶ Cf. Redford, 1992, 283-289.

¹⁷ Liverani, 1967, 1-18; 1995 [1988], 366-371.

¹⁸ Sobre la continuidad de esta relación en las Edades del Bronce y del Hierro, véase Lemche, 1996, 106-120.

¹⁹ Liverani, 1995 [1988], 370.

del harén de más de 900 consortes que poseía el monarca israelita). Nos parece más apropiado considerar los detalles de esta narrativa —antes que en términos historicistas— desde un punto de vista teológico, desde la relevancia que posee en la narrativa bíblica que un rey de Israel contraiga matrimonio con un miembro de la casa real de una de las mayores potencias de la época (al menos, ésta sería la idea presente en la tradición bíblica, la de un Egipto poderoso)²⁰. En definitiva, no poseemos ninguna evidencia que nos permita corroborar este episodio como histórico.

Respecto a Salomón y la reina de Saba, solamente cabe decir que un contacto regional de este tipo es una posibilidad histórica abierta —no evidenciada en absoluto, por cierto—, y en el plano de los acontecimientos individuales el registro arqueológico de Palestina durante esta época no nos aporta nada. La única evidencia es el relato bíblico, que ciertamente no es evidencia histórica directa. Tampoco podemos considerar la llamada Lista de Distritos del reino salomónico (1 Re 4:7-19) como un documento histórico del siglo X a.C., como hace casi un siglo sugería A. Alt²¹, por las mismas razones que hemos señalado. La circularidad lógica es aquí más que evidente. Toda la información bíblica sobre Salomón se racionaliza a través de la información arqueológica, que a su vez es interpretada de acuerdo al Antiguo Testamento.

Consideremos ahora, dejando de lado la evidencia bíblica, los contactos específicos entre Palestina y Egipto a principios del primer milenio a.C. Hasta hace muy poco tiempo los historiadores bíblicos no veían razón alguna para negar un posible contacto comercial de Salomón con la tierra de los faraones; la unión matrimonial de una princesa egipcia con este monarca parecía confirmar la existencia de algún tipo de relación bilateral de importancia. Del lado de los egiptólogos, la situación no se diferenciaba mucho, y Salomón habría sido otro personaje más en la historia de los contactos de Egipto con su periferia. Sin embargo, un reciente estudio de P.S. Ash ha demostrado convincentemente que los contactos entre Egipto y el Levante meridional durante la época atribuida al reinado de David y Salomón fueron mínimos, inclusive menos intensos e influyentes que los contactos de períodos anteriores y posteriores²².

²⁰ Véase una consideración acerca de la relación entre Egipto e Israel en el siglo X a.C., y que presenta reparos ante la historicidad de una Monarquía Unida, en Redford, 1992, 289-311.

²¹ Alt, 1913, 1-19; Noth, 1966 [1950], 201; Ahlström, 1993, 507-514. Cf. ahora Ash, 1999, 67-86.

²² Ash, 1999, 126-30.

En primer lugar, Ash analiza los escasos textos egipcios que podrían llegar a sugerir algún tipo de contacto entre Egipto y Palestina durante el siglo X a.C., tres pertenecientes a la Dinastía XXI (un fragmento de piedra caliza con un relieve del faraón Siamun derrotando a un grupo de extranjeros, supuestamente filisteos; el Papiro Moscú 127, que menciona en sus líneas a “Seir”, probablemente Edom; y la estela de Abidos de Sheshonq I —erigida antes de su ascensión al trono—, que menciona a dos individuos de Khor, la costa siro-palestina)²³ y otros tres pertenecientes a la Dinastía XXII (la inscripción de la campaña de Sheshonq a Palestina; la inscripción en una estatua de un cierto Pediest, que menciona la “ciudad de Canaán” y a los filisteos; y referencias a Sheshonq halladas en las ruinas de Biblos)²⁴. Esta evidencia es, por cierto, demasiado magra como para que podamos hablar de un contacto fluido y pacífico entre Egipto y Palestina. Por el contrario, el dato que quizás mejor pueda cotejarse —la antedicha campaña militar de Sheshonq— es simplemente el de un raid bélico, que lejos se encuentra de un ámbito de relaciones interregionales de intercambio.

Si consideramos la evidencia arqueológica de tales contactos, la gran mayoría de los artefactos hallados son escarabajos y “amuletos” egipcios, imposibles de ser datados específicamente hacia la época de Salomón, así como es igualmente imposible determinar cuándo estos artefactos arribaron a Palestina²⁵. El estrato arqueológico en el que fueron hallados sólo nos señala el punto final de su depósito, no si tienen origen en el comercio o la inmigración. Por otra parte, los tipos de artefactos o estructuras que atestiguan inequívocamente comercio o presencia egipcia (residencias, templos, cerámica de manufactura egipcia local) se encuentran ausentes en el registro arqueológico de las tierras altas de Palestina durante el siglo X a.C., zona nuclear del supuesto imperio davídico-salomónico. Además, la mayoría de los artefactos egipcios provenían de sitios ubicados

²³ Ash, 1999, 37-50.

²⁴ Ash, 1999, 50-62.

²⁵ Los escarabajos egipcios —sin duda, objetos de lujo y prestigio— “circulaban, a veces durante siglos, antes de alcanzar el lugar donde fueron desenterrados. En consecuencia, la datación del lugar del hallazgo arqueológico no señala necesariamente la época de manufactura o de entrada en Palestina de un escarabajo. Los escarabajos acuñados por los reyes de la dinastía XVIII (c. 1550-1300 a.e.C.) e inscritos con sus nombres sirven como ejemplo. Estos escarabajos fueron acuñados casi con seguridad por estos reyes durante sus reinados; con todo, algunos han sido desenterrados en contextos tardíos de la Edad del Hierro II [...]” (Ash, 1999, 76; la traducción es nuestra).

en las tierras bajas de Palestina, sitios que poseían un indudable contacto con Egipto durante el Bronce Tardío (ca. 1550-1150 a.C.). En contraste, en los sitios de las tierras altas, no se han encontrado artefactos egipcios del Bronce Tardío ni de la Edad del Hierro (ca. 1150-586 a.C.). Otro aspecto para notar es que la dispersión geográfica de los artefactos egipcios hallados (en su mayor parte, decíamos, escarabajos y amuletos; aunque en algunos sitios se han hallado estatuillas de reyes y divinidades antropozoomorfos) indica que éstos han ingresado a Palestina a través del comercio con los fenicios, no a través de un contacto directo con Egipto²⁶.

A continuación en su estudio, Ash examina la evidencia bíblica de estos contactos. Los principales acontecimientos son el ya nombrado matrimonio de Salomón con la hija de un faraón y el reporte en 1 Re 10:28-29 sobre comercio con Egipto. En referencia al primer evento —y continuando con lo sostenido más arriba—, el hecho de que el autor bíblico no indique el nombre de la princesa egipcia desposada ni el del faraón ni aporte mayores referencias, cuestiona seriamente la calidad de testigo directo del escriba o de su acceso a archivos reales. Por otra parte, poseemos evidencia explícita de que los faraones no solían casar a sus hijas con personajes extranjeros. En una carta de la época de Amenhotep III (ca. mediados del siglo XIV a.C.), Kadashman-Enlil I, rey de Babilonia, citaba al mencionado faraón diciendo: “desde antaño, una hija del rey de la tierra de Egipto no le es entregada a nadie”²⁷. De hecho, desde la época de El-Amarna, en tiempos de Amenhotep III, los faraones egipcios contraían matrimonio con princesas extranjeras con bastante regularidad, pero no permitían que sus propias hijas fueran desposadas por soberanos extranjeros.

Por último, el supuesto comercio de Salomón con Egipto, a saber, la importación de caballos egipcios con destino a los establos salomónicos (1 Re 10:28-29), no está atestiguado de manera alguna por la investigación histórica y arqueológica. El hecho de que, en realidad, sea Egipto el que usualmente importara caballos a su tierra, obteniéndolos en calidad de tributo de parte de sus súbditos, nos habla de la poca verosimilitud del versículo bíblico. Pero si bien no es impensable un intercambio de es-

²⁶ Ash, 1999, 75-99, esp. 93-97. Sobre el comercio fenicio, cf. Liverani, 1995 [1988], 542-554.

²⁷ Cf. Ash, 1999, 114: “*ultum pana mârat _arri ^{mmi}Mis[ri] ana mamma ul imadin*” (EA 4.5-6). Ash señala, no obstante, que esto no parece haber sido tan estricto y que Amenhotep puede haber “exagerado” en su carta. Sobre Salomón y la hija del faraón, cf. Ash, 1999, 112-119.

te tipo²⁸, la ausencia de evidencia material que lo respalde nos obliga a considerarlo dentro de un universo de posibilidades que escapa a lo que la disciplina histórica puede afirmar en concreto al respecto²⁹. De nuevo, y al igual que en el caso del matrimonio de Salomón con una princesa egipcia, nos encontramos en la narrativa bíblica con un ejemplo más —común en la literatura del antiguo Oriente— de la exaltación de un soberano, histórico o no, a través del establecimiento de relaciones con otros centros de poder que se le supeditan de diversas maneras.

En suma, a la luz del estudio de Ash, la ausencia de actividad egipcia en Palestina durante el siglo X a.C. —especialmente en las tierras altas— es ciertamente notable, y es esta ausencia la que creará un vacío de poder político que permitirá el posterior surgimiento de los reinos de la Edad de Hierro II en el Levante meridional, no sólo de Israel y Judá, sino también de Aram, Ammón, Moab, Edom y las ciudades-Estados filisteas. Sin duda, las relaciones interregionales de Salomón con Egipto no tienen lugar en una interpretación histórica crítica. Pertenecen, más bien, a los propósitos teológicos de la tradición bíblica antes que a una realidad histórica concreta en la antigüedad cercano-oriental. Asimismo, no podemos constatar en la Palestina de este período ningún indicio que nos conduzca a hablar de un desarrollo económico considerable en la región —con Jerusa-

²⁸ Sobre la lógica del intercambio de bienes y su manifestación ideológica en el antiguo Oriente, especialmente durante la Edad del Bronce, cf. Liverani, 1994, 183-260. No obstante, cf. *infra* la n. 29.

²⁹ Véase Na’aman, 1997, 71; Niemann, 1997, 278-279; Ash, 1999, 119-122. Como señala Niemann (1997, 278), “el supuesto comercio de Salomón, en tanto intermediario en el intercambio de caballos y carros de guerra (1 Re 10:28-29), no puede ser tomado en cuenta ya que este modo de comercio salomónico probablemente no sea histórico ni probable. Sin embargo, leemos en la Biblia (algo típico de un “país del Tercer Mundo”) acerca de la importación de bienes de lujo, bienes de prestigio y artesanos, por un lado, y de la exportación de materias primas (p.ej., alimentos), por el otro (1 Re 5:20ss; 9:26-28; 10:14ss). Los bienes de lujo y de prestigio son medios para legitimar un dominio, en consecuencia, el argumento bíblico acerca del comercio salomónico de tales bienes debe ser tratado en esos términos. Quien tenga la intención de recrear a Salomón de una manera teológica e idealista, como un rey mundialmente famoso, sabio, incommensurablemente rico, tiene que decir de dónde proviene esta riqueza en las pobres tierras altas de Israel y Judá al final de una depresión cultural” (la traducción es nuestra). Ciertamente, el Levante sur hacia el siglo X a.C., aún no se había recuperado —en términos demográficos y socioeconómicos— de la crisis general del siglo XII a.C. (Knauf, 1991, 169-170; Miller, 1997, 13-14), así como tampoco lo habían hecho Egipto, Mesopotamia y Anatolia. La descripción económica del reino de Salomón que leemos en el Antiguo Testamento simplemente no tiene correlación con el registro histórico y arqueológico de la época: cf. Thompson, 1992, 316-334, esp. 329-333.

lén como centro de un imperio—, algo necesario para sostener la práctica de intercambio de bienes con otras regiones de la manera descrita en el Antiguo Testamento³⁰. Así pues, la evocación en los escritos bíblicos de un rey Salomón sabio y poderoso, garante de la justicia divina en la tierra, reconocido en regiones distantes por otros soberanos contemporáneos, aunque también con decisiones y características que lo representan como un típico déspota oriental (tal el caso ejemplar del reclutamiento de 30.000 hombres para la construcción del Templo de Jerusalén, indicado en 1 Re 5:27-32, o de la misma magnificencia del reinado de Salomón, descrita en 1 Re 4:20-5:1-8), no es más que un *topos* común en la literatura sapiencial del antiguo Oriente que se encuentra bastante lejos de reflejar una realidad histórica en el siglo X a.C. en Palestina.

De la tradición a la historia: Relaciones de patronazgo e intercambios en Palestina

Los ejemplos ofrecidos nos permiten apreciar las serias dificultades y representaciones erróneas que emergen si utilizamos acríticamente el relato bíblico en la creación de una imagen histórica de Palestina durante el siglo X a.C., aun cuando la razón que justifique un empleo excesivo de esta narrativa sea que no tenemos otra manera de acceder a la historia de este período. Tradicionalmente, se esgrimía como excusa ante la ausencia de evidencia material que las consecuencias de la crisis general que afectó a todo el Cercano Oriente en el siglo XII a.C. hizo que todos los poderes regionales de la Edad del Bronce desaparecieran o se redujeran a su núcleo histórico, sumergiendo a todas las regiones en una especie de “edad oscura”³¹; en consecuencia, era de esperarse que ni David ni Salo-

³⁰ Así nos lo indican los patrones de asentamiento demográfico de la Edad del Hierro en el territorio de Judá (cf. Ofer, 1994, 102-106). Si bien algunos investigadores (Mazar, 1994, 72-91; Steiner, 2002, 42-53) sostienen que Jerusalén presenta un cierto crecimiento edilicio hacia los siglos X-IX a.C., la idea de que este sitio “era el centro de un imperio y el núcleo de actividades y estructuras que afectaban a la ‘periferia’” (Meyers, 1987, 189; la traducción es nuestra) es descartada por estos mismos investigadores sobre la base de la evidencia arqueológica. En todo caso, la evidencia nos conduce a pensar que Palestina fue a lo largo de toda su historia la periferia de otros centros imperiales, y no viceversa (cf. Thompson, 1992, 316-334).

³¹ Cf. Redford, 1992, 283-289; Liverani, 1995 [1988], 493-502; 2003, 37-58.

món apareciesen en las fuentes extrabíblicas contemporáneas. Con todo, soberanos de la magnitud descrita en el Antiguo Testamento deberían aparecer al menos alguna vez en los registros del mundo antiguo, si no en la epigrafía palestina de la época³². Y el hecho de que no se produzca esta aparición nos conduce a pensar que existe otra interpretación más adecuada de la historia de Palestina a comienzos de la Edad del Hierro II (ca. 1000-586 a.C.). Ciertamente, la investigación arqueológica en Palestina ha desenterrado estructuras edilicias en sitios nombrados por la narrativa bíblica y atribuidos a la actividad constructiva de Salomón, pero, como indicábamos más arriba, esta identificación recae absolutamente en una lectura del registro arqueológico a través de una racionalización simplista de las narrativas de los libros de Reyes³³. En palabras de J.M. Miller:

*[...] ¿es posible distinguir específicamente restos del siglo X a.C. en el presente estado de la investigación de la arqueología palestina (esto es, el siglo en el cual Salomón habría vivido, de acuerdo con la cronología bíblica) de los restos arqueológicos de los siglos inmediatamente precedentes y siguientes? [...] los hitos y las fechas absolutas que [los arqueólogos] utilizan para fijar su ‘cronología arqueológica’ (y precisar los detalles de la tipología cerámica de los siglos XI, X y IX a.C.) están derivados de la Biblia Hebrea y/o basados en fechas ampliamente aceptadas que, en sí mismas, derivan en última instancia de la cronología bíblica*³⁴.

Es aquí, precisamente, donde una reinterpretación de la historia de Israel en Palestina sobre la base de términos, condiciones y elementos historiográficos más apropiados se hace necesaria puesto que, a pesar de que 150 años de arqueología bíblica no han confirmado ninguno de los acontecimientos históricos que la Biblia sostiene en sus páginas en relación al reino de David y Salomón, muchas interpretaciones arqueológicas recientes aún mantienen un fuerte sesgo bíblico al respecto. No obstante, existen excepciones. La reciente intervención de I. Finkelstein³⁵ en

³² Miller, 1997, 14; Niemann, 1997, 257-258. El descubrimiento en Tel Dan de fragmentos de una estela con la inscripción *bytdwd* o Casa de David, probablemente perteneciente a la segunda mitad del siglo IX a.C., no constituye, en sí misma, evidencia directa de la historicidad del David bíblico o de una Monarquía Unida hacia los años 1010-930 a.C. Véase al respecto, Lemche y Thompson, 1994, 3-22.

³³ Notablemente, Dever, 1982, 269-306; 1997, 218-232, 243-251.

³⁴ Miller, 1997, 19. La traducción es nuestra.

³⁵ Finkelstein, 1996, 177-187; 2000, 114-138.

el debate acerca de la historicidad de la Monarquía Unida sugiere que debemos bajar la datación de los estratos arqueológicos de los principales centros urbanos del norte y centro de Palestina (Hazor, Meguido, Guezer) aproximadamente unos cien años, de mediados del siglo X a.C. a la primera mitad del siglo IX a.C. La razón no es en absoluto arbitraria sino que, por el contrario, demuestra lo sesgada que puede llegar a estar la interpretación histórica de la arqueología de Palestina a causa de la Biblia³⁶. Los estratos de estos sitios fueron atribuidos a Salomón luego de la investigación realizada por Y. Yadin³⁷ a mediados del siglo XX, quien los fechó a mediados del siglo X a.C. Ahora bien, la única razón que poseía Yadin para atribuirles tal edad era un versículo del relato bíblico, específicamente 1 Re 9:15, en donde se hace referencia a la actividad constructiva de Salomón en estos sitios. De acuerdo con Finkelstein, el siglo IX a.C. constituye un contexto arqueológico e histórico más apropiado en el cual pueden ser ubicadas estas edificaciones, que estarían relacionadas con la fundación de Samaria como capital del reino de Israel y su posterior expansión política y territorial. Además, reforzando esta hipótesis, poseemos evidencia epigráfica asiria de que Israel era para el siglo IX a.C. una entidad sociopolítica mayor en el norte de Palestina³⁸.

Por estas razones, Finkelstein remite la Monarquía Unida presente en la Biblia a la imagen que el posterior reino de Judá tenía de su contraparte norteña, Israel, una imagen más teológica que propiamente histórica. Arqueológicamente hablando y en términos de una centralización político-territorial, una Monarquía Unida del tipo que encontramos descrito en las páginas de la narrativa veterotestamentaria no pudo haber existido debido a que:

Jerusalén durante el siglo X a.C. era una pequeña ciudadela de las tierras altas. Durante el siglo IX a.C., Jerusalén también careció del tipo de arquitectura

³⁶ Cf. al respecto la crítica en Thompson, 1996, 26-43. Tal es el caso del análisis arqueológico que efectúa Holladay (1995, 371-393, esp. la tabla de características en p. 373) a través de una combinación hartamente cuestionable de principios del cambio social —a partir de una teorización del evolucionismo cultural— y de la narrativa bíblica, lo cual le permite señalar que los tres sitios mencionados fueron construidos bajo la dirección de un único poder centralizado hacia el siglo X a.C., que ya por ese entonces conformaba un Estado-Nación israelita (cf. la crítica al respecto en Lemche, 1997, 321-324; sobre la idea de Estado-Nación en referencia a Israel, cf. la crítica en Whitelam, 1996, 122-175). El mismo cuestionamiento se podría aplicar al análisis presente en Dever, 1997, 243-251.

³⁷ Yadin, 1970, 66-96. Cf. también Dever, 1982, 269-306; 1997, 217-251.

³⁸ Pritchard, 1955, 280-281. Cf. *infra* nuestra nota 52.

monumental conocido en los centros del norte [...] Jerusalén se expandió de la Ciudad de David a las estribaciones occidentales y fue fortificada sólo a fines del siglo VIII a.C. Es inconcebible que un gran Estado, ocupado en construcciones monumentales en los lejanos sitios del norte como Meguido y Hazor, hubiese estado gobernado desde una pobre aldea de las tierras altas sin ningún desarrollo arquitectónico. La idea de una glamorosa Monarquía Unida abarcando vastos territorios y caracterizada por la construcción de palacios de piedra labrada en sus centros provinciales, pero regida desde una aislada aldea en las tierras altas, es históricamente absurda³⁹.

Esta importante intervención de Finkelstein no sólo permite configurar una nueva imagen histórica de la cronología palestina sino que nos ofrece la oportunidad de considerar la importancia que tiene la Casa de Omri (siglo IX a.C.) como la primera organización sociopolítica de relevancia que surge durante la Edad del Hierro y de la cual tenemos evidencia no sólo arqueológica sino —como ya señalamos— también de carácter epigráfico. En efecto, su nombre aparece en algunas inscripciones extra-bíblicas contemporáneas, como la estela de Mesha⁴⁰, e inclusive en el propio texto bíblico (aunque en este último caso, el episodio de la Casa de Omri y Mesha de Moab es considerado desde la tardía perspectiva sectaria de Jerusalén como centro teológico en la literatura bíblica, lo cual le añade a la evocación un considerable rasgo ideológico)⁴¹. Es de esta Casa de Omri de la cual deberíamos comenzar a hablar como el inicio concreto de la historia sociopolítica de Israel en Palestina, antes que de una nunca evidenciada Monarquía Unida de David y Salomón.

Así pues,

Arqueológica e históricamente, la re-datación de estas ciudades [Hazor, Meguido y Guezer] de la era de Salomón a la época de la dinastía de Omri tiene implicaciones enormes. Remueve la única evidencia arqueológica que alguna vez existió de una monarquía unida centrada en Jerusalén y sugiere que David y Salomón eran, en términos políticos, poco más que jefezuelos de la región

³⁹ Finkelstein, 2000, 129-130 (la traducción es nuestra). Cf. también Thompson, 1992, 331-332. Sobre el surgimiento y el desarrollo del reino de Judá, junto con Jerusalén en la Edad del Hierro II, cf. en general Finkelstein y Silberman, 2001, 229-295; Liverani, 2003, 143-158. Cf. también el análisis en Jamieson-Drake, 1991, 48-80.

⁴⁰ Cf. la traducción en LaBianca y Younker, 1995, 414.

⁴¹ Finkelstein y Silberman, 2001, 194-195.

montañosa, cuyo alcance administrativo era del ámbito local, restringido a la región montañosa⁴².

Ahora bien, con independencia de la narrativa bíblica, ¿cómo podemos explicar el surgimiento del reino de Israel, la Casa de Omri, en las tierras altas palestinas? Ni los investigadores más conservadores y tradicionales ni quienes constituyen la Escuela de Copenhague ni el propio Finkelstein han considerado esta cuestión —en absoluto menor— con el suficiente detalle. Si prescindimos de la narrativa bíblica para dar cuenta de ese proceso, sin duda, debemos echar mano al aporte de las teorizaciones provenientes de la antropología, poniendo énfasis en las singularidades de los procesos históricos de la antigua Palestina. Quizás, al relegar el relato veterotestamentario a un plano secundario, no dispongamos de evidencia certera o de primera mano; sin embargo, esto no impide que formulemos hipótesis razonables sobre la base de la evidencia histórica que disponemos, por más fragmentaria y escasa que ésta sea.

Y, en efecto, un concepto teórico que nos parece particularmente útil para analizar la aparición de Israel a principios del siglo IX a.C. es el de *peer polity interaction*, introducido al ámbito de los estudios históricos, antropológicos y arqueológicos por C. Renfrew. De acuerdo con este arqueólogo británico, este concepto hace referencia a una relación que designa

*el espectro total de intercambios que tienen lugar (incluyendo imitación y emulación, competición, guerras y el intercambio de bienes materiales y de información) entre unidades sociopolíticas autónomas (i.e., autogobernadas y, en este sentido, políticamente independientes) situadas una al lado de la otra o en las cercanías dentro de una sola región geográfica, o, en algunos casos, allende la misma*⁴³.

Esta definición resulta ser de gran utilidad si nos concentramos en la situación sociopolítica de Palestina durante los siglos inmediatos a la crisis general del siglo XII a.C. Varios de los centros urbanos que habían existido durante la Edad del Bronce reaparecen en la escena regional, y conjuntamente se produce una reactivación del comercio interregional, que tenía al corredor siro-palestino como lugar obligatorio de paso para alcanzar los puertos de la costa mediterránea. Es particularmente en este período de debilidad egipcia y asirio-babilónica que muchos de los cen-

⁴² Finkelstein y Silberman, 2001, 189-190. La traducción es nuestra.

⁴³ Renfrew, 1986, 1. La traducción es nuestra.

tros del Levante comienzan a tener una cierta relación con el tráfico caravanero de las tribus árabes, una red de circulación de bienes que se consolida hacia el siglo VIII a.C. (pero que bien puede ser rastreado —de acuerdo a Finkelstein— hasta los siglos XII-XI a.C.⁴⁴). En efecto, los centros urbanos palestinos se encontraban ubicados en posiciones económicas estratégicas, lo cual les permitía el control de dichas rutas de intercambio. Señala Holladay al respecto:

*Hazor controlaba amplios márgenes de tierra agrícola en la cuenca del Huleh y controlaba las rutas comerciales a Siria. Meguido dominaba el valle de Esdrelón y las rutas terrestres del sur que se dirigen a Tiro, desde una posición que controlaba el principal paso sudoeste-noreste a través de la cadena montañosa del Carmelo. Guezer dominaba la parte norte de la Shefelah y la planicie de Filistea, la ruta costera terrestre y el camino hacia la región montañosa central y Jerusalén mediante el [valle de] Ayyalon y el Alto y el Bajo Beth Horon. Laquish controlaba el sur de Shefelah y la planicie de Filistea, partes meridionales de la ruta costera terrestre y el camino del sur hacia la región montañosa central y Jerusalén mediante Hebrón*⁴⁵.

Esta reactivación de los contactos regionales posee características que son importantes en vista de nuestro argumento ulterior, especialmente la reestructuración que se produce con respecto al período anterior. Por un lado, durante la Edad del Hierro los intercambios no se centrarán más en el palacio —como lo hacían durante el Bronce Tardío— sino que ahora los nuevos agentes de comercio serán las tribus nómades caravaneras, como indicábamos más arriba siguiendo a Finkelstein⁴⁶. Por otro lado, un intercambio de marcado carácter comercial se hace presente en el escenario interregional, contrastando con el patrón de intercambios más convencional del

⁴⁴ Finkelstein, 1988, 241-252. Cf. también Knauf, 1992, 50-51; Holladay, 1995, 383; Kitchen, 1997, 136. Respecto de la aparición de los árabes en el cercano Oriente y en relación a los intercambios, véase Macdonald, 1995, 1355-1369, esp. 1364-1365.

⁴⁵ Holladay, 1995, 372. La traducción es nuestra.

⁴⁶ Debe señalarse que Knauf (1992, 49; *contra* Finkelstein, 1988) niega la existencia de un comercio árabe hacia el siglo X a.C. Las probabilidades de detectar tal red de intercambios, sin embargo, aumentan hacia el siglo IX a.C.: "Los árabes son mencionados por primera vez por su nombre en 853 [a.C.], cuando en los anales del rey asirio Shalmaneser III se registra que un cierto Gindibu, el árabe, con un millar de camellos se unió a la coalición de los doce reyes que se enfrentaron a los asirios en la batalla de Qarqar, en el norte de Siria. Estos líderes, probablemente, se habían unido a causa de su interés en el comercio que atravesaba Siria desde Arabia, Egipto y Anatolia, y que la expansión asiria estaba interrumpiendo" (Macdonald, 1995, 1364; la traducción es nuestra).

período precedente, el de los obsequios (*gifts*), que, sin duda, implicaba un tipo de intercambio comercial pero que asimismo estaba imbuido de ciertas características “ideológicas” —como las llama Liverani— que otorgaban a la relación toda una gama de obligaciones de reciprocidad⁴⁷. Vale decir, la agregación de entidades sociopolíticas del antiguo Oriente durante el Bronce Tardío se conformaba en los dos niveles estudiados por Liverani (cf. *supra*), el de los “grandes reyes” y el de los “pequeños reyes”, que subsumían todo intercambio, toda acción económica en un sistema social y político preestablecido. Entre los “grandes reyes” existían relaciones otorgadas por su paridad de rango que los comprometía a una relación de reciprocidad. Por su parte, los “pequeños reyes” (como aquellos de la Palestina del período amarniano) se integraban a esta relación pero no como iguales. El “gran rey” se relacionaba con el “pequeño rey” de una manera no equitativa, desigual; ciertamente, existía una cierta reciprocidad pero quien disponía cómo y cuándo practicarla en forma absoluta era el “gran rey”⁴⁸.

Es muy probable aquí que estemos en presencia de una típica relación de patronazgo, que en un nivel extra- e inter comunal conforma una emanación de las relaciones de parentesco⁴⁹. En términos generales, podríamos definir al patronazgo como una relación sociopolítica entre un patrón poderoso que detenta poder sobre una clientela que, a cambio de asistencia económica y política, le solicita al patrón su protección. Es una relación, en cierto sentido, de reciprocidad; pero de una reciprocidad desigual, ciertamente, ya que es el patrón quien impone su voluntad como ley única. En las sociedades articuladas por este sistema, la dinámica sociopolítica está regida por relaciones personales de fidelidad y lealtad; no existen leyes más que aquellas que emanan, de manera consuetudinaria podríamos decir, del dominio del patrón sobre sus clientes. A nuestro parecer, la existencia de términos que delatan un grado de parentesco (“padre”, “hijo”, “hermano”, etc.) —más allá de que éste pueda ser considerado ficticio— en las relaciones de patronazgo nos permiten sospechar la supervivencia

⁴⁷ Cf. Liverani, 1994, 183-260.

⁴⁸ Véase Liverani, 1967, 7-16; 1994, 168-182; 1995 [1988], 366-380.

⁴⁹ A partir de la evidencia arqueológica, se puede afirmar que en las regiones que ocuparon los reinos de Israel y Judá durante el Hierro II, las sociedades estaban organizadas —en su sector rural— de acuerdo a relaciones de parentesco. Al parecer, la unidad mínima de organización la constituía la familia extendida (*beyt 'ab*), nucleada en torno a un linaje, en tanto que, en los sitios urbanizados, la unidad social básica era la familia nuclear. Véase al respecto, Faust, 2000, 17-39, esp. 19; y la bibliografía en nuestra n. 60.

de ciertas premisas de reciprocidad propias de las sociedades no-estatales, ordenadas a partir de relaciones parentales. Con todo, las sociedades de patronazgo están demasiado jerarquizadas como para estar completamente regidas por el parentesco y, sin embargo, no conforman una sociedad estatal, una sociedad donde se pueda constatar la práctica del monopolio de la coerción a través de dispositivos burocráticos, precisamente debido a la dependencia personal y a las obligaciones mutuas entre un patrón y sus clientes. Ahora bien, un análisis específico de la dinámica sociopolítica de las sociedades de patronazgo escapa a los objetivos del presente estudio. A los efectos de nuestra hipótesis, es suficiente comprender los principios que ordenan las relaciones intercomunales e interregionales a partir de la práctica del patronazgo en las sociedades del antiguo Oriente⁵⁰.

Retornando a un análisis propiamente histórico, puede indicarse que este tipo de agregación sociopolítica de dos niveles sucumbe o, al menos, desaparece durante la crisis del siglo XII a.C. No obstante, los centros palestinos que resurgen continuarán organizándose de modo similar a través de esta relación de patronazgo entre “gran rey” y “pequeño rey”, sólo que ahora la región, al hallarse libre de la presencia de la voluntad de un gran señor externo (i.e., Egipto), ofrecerá las condiciones adecuadas para que múltiples centros de poder indígena surjan, organizados a partir de las mismas características sociopolíticas que los reyezuelos del Bronce Tardío. “*Los pequeños reyes palestinos —señala Liverani—, habituados a una relación de sumisión ante un señor extranjero, no habrían tenido otra entidad de referencia mas que su propia divinidad, y redirigieron toda la fraseología y la iconografía y la ceremonia construida para sostener su relación con el Faraón hacia una relación con la divinidad ciudadana o nacional*”⁵¹. Esta situación nos permite pensar que la aparición de una entidad sociopolítica mayor (i.e., regional) en la zona norte de las tierras altas de Palestina —la tierra de Omri (^{mat} *Khu-um-ri*) que aparece en las inscripciones asirias de conquista de Shalmaneser III y Adad-Nirari III de los siglos IX-VIII a.C.⁵²— bien puede haber

⁵⁰ Sobre el sistema de patronazgo en Asia occidental, cf. Lemche, 1995, 1695-1716; 1996, 106-120.

⁵¹ Liverani, 2003, 45. La traducción es nuestra.

⁵² Cf. Pritchard, 1955, 280-281. De distintas maneras aparecen las referencias a Israel en estas inscripciones: “[...] Por ese entonces recibí el tributo de los habitantes de Tiro, Sidón y de Jehú hijo de Omri [*Ja-ú-a mâr Khu-um-ri*]”; “[...] de las riberas del Éufrates, el país de los hititas, el país de Amurru en toda su extensión, Tiro, Sidón, Israel [^{mat} *Khu-um-ri*], Edom, Palestina [*Pa-la-as-tu*], tan lejos como la costa del Gran Mar del Sol Poniente, hice que todos se rindan a mis pies, imponiendo tributo sobre ellos” (traducción de A.L. Oppenheim; la traducción del inglés es nuestra).

sido el resultado de una interacción como aquella que define el concepto de *peer polity interaction*, ya pacífica ya bélica, entre los centros urbanos palestinos de la Edad del Hierro II, quizás en competición por el dominio de las rutas de bienes suntuarios de importación, fundamentales para la distinción social dentro de toda comunidad jerarquizada⁵³. De hecho, es recién con el patronazgo de la Casa de Omri en la región que comenzamos a tener evidencia en la Edad del Hierro acerca de intercambios de bienes suntuarios por parte de Palestina con otras regiones del antiguo Oriente. En primer lugar, los artículos de marfil hallados en el palacio de Samaria⁵⁴ (centro político de la Casa de Omri) —hayan sido importados como material ya manufacturado o elaborados localmente a partir de la materia prima importada—, presentan una primera evidencia de intercambio de objetos suntuarios. Además, en este sitio se han hallado vasos de alabastro, en uno de los cuales el nombre del faraón Osorkon [III] (ca. 874-835/30 a.C.) aparece inscripto. En segundo lugar, la poderosa fuerza de caballería que el rey Ahab de Israel dirigió en la batalla de Qarqar (ca. 853 a.C.) —tal como se describe en la inscripción del monolito de Shalmaneser III—, también sugiere un considerable control económico por parte de esta entidad puesto que los caballos no eran autóctonos de Palestina y, por ello, debían ser importados de regiones dedicadas a la crianza de los mismos. En tercer lugar, el tributo consistente en jarras de oro que el rey Jehu de Israel le envía a Shalmaneser III hacia 841 a.C., nos indica que el origen del oro acumulado por el reino de Israel muy probablemente sea el comercio con Egipto o, posiblemente, con Arabia, debido a que la Casa de Omri tenía dominio sobre la región de Judea y Transjordania, lugar de paso de las caravanas árabes que transportaban oro hacia otras regiones del antiguo Oriente⁵⁵.

⁵³ La hipótesis aquí sugerida sigue muy de cerca algunos de los argumentos que M. Campagno ha presentado para dar cuenta de la emergencia estatal en Egipto, salvando, por supuesto, las obvias diferencias inherentes a cada región, a cada sociedad y a cada circunstancia histórica (cf., por ejemplo, Campagno, 2001, 13-31).

⁵⁴ Cf. Mazar, 1990, 503-507. En general, sobre la arqueología de Samaria en la Edad del Hierro, véase Tappy, 1992. Véase también Kenyon, 1960, 262-281.

⁵⁵ Estos tres ejemplos en Elat, 1979, 541-542. Cf. la traducción de A.L. Oppenheim del registro de las incursiones de Shalmaneser III (ca. 858-824 a.C.) en Siria-Palestina en Pritchard, 1955, 276-282. Sobre la Casa de Omri, véase Ahlström, 1993, 569-606; y, más recientemente, Finkelstein y Silberman, 2001, 169-195; Liverani, 2003, 117-142 (aunque, en varios aspectos, estos autores —especialmente Ahlström— recaen inevitablemente en el relato bíblico).

Por otra parte, en lo referido a la pervivencia de las relaciones de patronazgo de la Edad del Bronce Tardío en la del Hierro, es dable pensar que la constatación de una predisposición ideológico-cultural de mantener activas o latentes ciertas prácticas sociopolíticas por parte de las comunidades —o jefaturas, si deseamos ser tipológicamente más precisos⁵⁶— de estas regiones, durante prolongados períodos de tiempo en los cuales se producen alteraciones (económicas, políticas, sociales, etc.), nos puede ofrecer un indicio de importancia para comprender la naturaleza y la dinámica sociopolítica de las entidades del Hierro II de Palestina⁵⁷. Desde una perspectiva crítica, pueden observarse varios indicios que nos confirman que el sistema sociopolítico que predominaba en Palestina en la Edad del Bronce parece sobrevivir a la crisis del siglo XII a.C. y reaparecer efectivamente en la Edad del Hierro bajo la forma de patronazgos de mayor dominio regional, como la Casa de Omri. Existe, sin duda, una notable variación demográfica luego de la crisis (se produce un considerable aumento de asentamientos, especialmente en la región montañosa de la actual Cisjordania⁵⁸) pero la concepción del poder —la ideología de gobierno, si se prefiere— es precisamente la misma. El poder que el patrón detenta ahora, con un mayor despliegue, reside en su linaje y en el patronazgo ejercido a nivel regional sobre otros miembros de “la familia”, sus clientes⁵⁹. Es, finalmente, el aumento del poder de los linajes durante la Edad del Hierro, debido a la ausencia de un poder imperial externo, el factor que permitirá la aparición en Palestina de entidades sociopolíticas mayores como la Casa de Omri (Bit Khumriya / Is-

⁵⁶ La presencia de jefaturas en Palestina, tanto en la Edad del Bronce como en la del Hierro, no supone de manera alguna la necesidad de que éstas, tarde o temprano, culminen conformando Estados. Para una crítica teórica a esta preconcepción evolucionista, cf. Campagno, 2000, 137-147.

⁵⁷ Salzman (1978, 618-637, esp. 624) ha documentado algunos ejemplos de esta práctica entre los beduinos del moderno Medio Oriente. Asumiendo la referencia a *población tribal* como una organización estructurada a partir de las premisas del parentesco (i.e., una jefatura con un linaje dominante) y dando validez a una comparación etnográfica, este modelo bien podría explicar la reactivación en la Edad del Hierro, luego de la crisis del siglo XII a.C., de las relaciones de patronazgo vigentes durante la Edad del Bronce Tardío.

⁵⁸ Cf. Finkelstein y Silberman, 2001, 105-118.

⁵⁹ Cf. Lemche, 1996, 118-119. De acuerdo a Lemche, se puede rastrear esta práctica sociopolítica en el período anterior, bajo la forma de patronazgos locales de pequeña escala y sumamente personalizados. Esto nos estaría indicando una cierta regularidad en el modo de organizar el poder en estas sociedades.

rael)⁶⁰, la Bît Agushi, la Bît Adini y la Bît Bakhyani en Siria, y los reinos de Ammón, Moab y Edom en Transjordania⁶¹.

El Salomón bíblico: históricamente desconocido

La discusión precedente nos demuestra la necesidad de un método crítico en la investigación histórica de Israel en la antigua Palestina; no podemos racionalizar los relatos del Antiguo Testamento y convertirlos, sin mayores contemplaciones, en historia. Así pues, no podemos escribir una historia de Salomón o, mucho menos, aplicar modelos antropológicos o sociológicos a la narrativa que nos habla de él ya que no poseemos material histórico con el cual trabajar: no podemos aplicar modelos de las ciencias sociales y humanísticas a personajes que habitan sólo en un mundo literario. Decíamos más arriba que el aporte de I. Finkelstein a esta cuestión no es menor puesto que despoja de su carga ideológica moderna a la principal evidencia arqueológica que se blandía a favor de la existencia histórica de un Salomón bíblico para recontextualizarla de una manera más coherente en términos de metodología historiográfica y arqueológica. Así, ahora podemos comenzar a comprender, por nuestra parte, el origen del reino de Israel hacia principios del siglo IX a.C. como el resultado de una interacción de factores históricos concretos antes que como el resultado de una creación bíblica; asimismo, si en lugar del monarca glorioso que la Biblia le supone, Salomón —y para el caso, también David— era más bien el líder de una jefatura en las tierras altas palestinas⁶², esto es algo que históricamente no podemos constatar, tan sólo suponer.

⁶⁰ Cf. Lemche, 1996, 120. Sobre la articulación social del linaje en las sociedades “tribales” de Medio Oriente, cf. la discusión en Lemche, 1985, 202-274, esp. 223-231 y 245-274. El linaje, entendido también como “la casa del padre” (*beyt 'ab*), era la principal forma de organización sociopolítica en estas sociedades, y no la tribu, como suele sostenerse. Al respecto, véase Schloen, 2001, 135-316.

⁶¹ Véase para los reinos arameos, Dion, 1995, 1281-1294, esp. 1286; Liverani, 1995 [1988], 555-570; y para los reinos transjordanos, LaBianca y Younker, 1995, 399-415, esp. 403-410.

⁶² Como proponen, entre otros, Jamieson-Drake, 1991, 142-144; Knaut, 1991, 180 n. 54; Niemann, 1997, 260 n. 19, 290-293; Finkelstein y Silberman, 2001, 190. La existencia de organizaciones sociopolíticas que la literatura antropológica clasifica como *jefaturas* puede ser constatada en Palestina, tanto en la Edad del Bronce como en la del Hierro (cf. la descripción en Thompson, 1992, 194 y 409-411). La cuestión en disputa es si podemos racionalizar el relato bíblico a través de la teoría antropológica y la investigación arqueológica. Como ya hemos sugerido, esta cuestión nos parece insalvable y metodológicamente errónea.

Por otra parte, atender a estos procesos a partir de una perspectiva antropológica y no a la luz de la narrativa bíblica, nos ha incitado a repensar la dinámica sociopolítica de las entidades que aparecen en el Levante meridional luego de la crisis del siglo XII a.C. La constatación —como señalábamos más arriba— de que las sociedades de Palestina durante las Edades del Bronce Tardío y del Hierro se organizaban mediante el parentesco en el ámbito comunal, y de que la articulación entre comunidades se producía mediante un sistema de patronazgo, vale decir, una relación ideológica de parentesco entre patrones (“grandes reyes”) y clientes (“pequeños reyes”), nos permite preguntarnos ahora si la práctica estatal —el monopolio de la coerción física— pudo realmente haberse manifestado como fenómeno indígena en estas tierras. El parentesco impide, previene su aparición desde dentro de la comunidad⁶³. El patronazgo, por su parte, y no obstante su estrecha vinculación al universo de lo parental, parecería propiciar su emergencia debido a la jerarquización social bipolar que le es inherente; sin embargo, no se han hallado hasta el momento evidencias certeras, concretas de la práctica estatal en Israel o en Judá, lo cual constituye no sólo una objeción más a la historicidad del Salomón bíblico sino también a la posibilidad misma de la formación de Estados indígenas en la antigua Palestina. Debe destacarse, con todo, que el Israel del siglo IX a.C. es la verdadera novedad en la historia del Levante meridional —a partir del cual una historia de la entidad sociopolítica llamada Israel / Bît Khumriya / Casa de Omri podría escribirse (sería, no obstante, una breve y fragmentaria historia política: de ca. 900 a 722 a.C.)— y no una fabulosa Monarquía Unida de la cual no poseemos ningún indicio histórico.

Ahora bien, a partir de la evidencia disponible, Salomón —en el caso de haber existido— no tuvo contactos comerciales con Egipto ni parece probable que haya contraído matrimonio con la hija del faraón; tampoco parece haber sido el constructor de las monumentales fortificaciones de Hazor, Meguido y Guezer. De la construcción del Templo de Jerusalén no poseemos nada —aparte de la tradición bíblica— que nos pueda confirmar su autoría, ni podemos asimismo constatar que el imperio creado por David fue expandido y consolidado por Salomón desde su capital, Jerusalén. Pero esta situación no tiene por qué preocuparnos en absoluto. Que toda esta información no se constatare en el registro arqueológico.

⁶³ Cf. Campagno, 2001, 14-18.

gico nos indica, en efecto, que donde realmente posee una significativa relevancia es en el ámbito de la interpretación teológica del Antiguo Testamento, no en la historia antigua de Palestina. La historia de Palestina en el siglo X a.C. reside en otra parte y no parece importarle mucho al autor bíblico, puesto que su objetivo no era el relatar los hechos “como en realidad sucedieron” (lo cual constituye nuestro interés moderno como historiadores, por más inalcanzable que esto sea en última instancia) sino como *sucedan* en el pasado de la tradición bíblica. Así pues, y a modo de conclusión, el Salomón histórico es al menos una gran incógnita creada por una tradición milenaria. Si históricamente existió un personaje del mismo nombre en las tierras altas de Cisjordania a comienzos de la Edad del Hierro II, ciertamente ese individuo no es el Salomón de las páginas del Antiguo Testamento y nada podemos saber o decir de él. Lo único que podemos afirmar es que su imagen habita de modo dual un pasado remoto concebido en nuestro presente: como una realidad teológica indiscutible y como una posibilidad histórica incierta.

Bibliografía citada

- AHLSTRÖM, G.W. *The History of Ancient Palestine*, ed. por Edelman, D.V., Minneapolis, Fortress Press, 1993.
- ALBRIGHT, W.F. *The Biblical Period from Abraham to Ezra*, Nueva York, Harper & Row, 1963.
- ALT, A. Israels Gaue unter Salomo. En AA.VV., *Alttestamentliche Studien Rudolf Kittel zum 60. Geburtstag dargebracht*, (BWANT, 13), Leipzig, J.C. Hinrichs, 1913, pp. 1-19.
- ALT, A. The Formation of the Israelite State in Palestine. En: ídem, *Essays in Old Testament History and Religion*, Oxford, B. Blackwell, 1966 [1930], pp. 171-237.
- ASH, P.S. Solomon's? District? List. En: *Journal for the Study of the Old Testament* 67, 1995, pp. 67-86.
- ASH, P.S. *David, Solomon and Egypt: A Reassessment*, (JSOTSup, 297), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1999.
- BRIGHT, J. *A History of Israel*, Filadelfia, Westminster Press, 1959.
- CAMPAGNO, M. Hacia una utilización no-evolucionista del concepto de “sociedades de jefatura”. En: *Boletín de Antropología Americana* 36, 2000, pp. 137-147.

- CAMPAGNO, M. Parentesco, intercambios, conflictos. Consideraciones sobre el surgimiento del Estado en Egipto. En: Daneri Rodrigo, A. (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo oriental (IV-I milenios a.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 13-31.
- DAVIES, P.R. In *Search of 'Ancient Israel'*, (JSOTSup, 148), 2da ed., Sheffield, Sheffield Academic Press, 1995 [1992].
- DEVER, W.G. Monumental Architecture in Ancient Israel in the Period of the United Monarchy. En: Ishida, T. (ed.), *Studies in the Period of David and Solomon and Other Essays*, Winona Lake, Eisenbrauns, 1982, pp. 269-306.
- DEVER, W.G. Archaeology and the 'Age of Solomon': A Case Study in Archaeology and Historiography. En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 217-251.
- DIETRICH, W. *Die frühe Königszeit in Israel: 10. Jahrhundert v. Chr.*, (Biblische Enzyklopädie, 3), Stuttgart, W. Kohlhammer, 1997.
- DION, P.E. Aramaean Tribes and Nations of First-Millennium Western Asia. En: Sasson, J.M. et al. (eds.), *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, Scribners, 1995, vol. I, pp. 1281-1294.
- ELAT, M. The Monarchy and the Development of Trade in Ancient Israel. En: Lipiński, E. (ed.), *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, (OLA, 6), Lovaina, Departement Oriëntalistiek — Katholieke Universiteit Leuven, 1979, vol. II, pp. 527-546.
- FAUST, A. The Rural Community in Ancient Israel during Iron Age II. En: *Bulletin of the American School of Oriental Research* 317, 2000, pp. 17-39.
- FINKELSTEIN, I. Arabian Trade and Socio-Political Conditions in the Negev in the Twelfth-Eleventh Centuries B.C.E. En: *Journal of Near Eastern Studies* 47/4, 1988, pp. 241-252.
- FINKELSTEIN, I. The Archaeology of the United Monarchy: An Alternative View. En: *Levant* 28, 1996, pp. 177-187.
- FINKELSTEIN, I. Omride Architecture. En: *Zeitschrift des Deutschen Palästinas Vereins* 116/2, 2000, pp. 114-138.
- FINKELSTEIN, I. y SILBERMAN, N.A. *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Nueva York, The Free Press, 2001.
- HANDY, L.K. (ed.), *The Age of Solomon: Scholarship at the Turn of the Millennium*, (SHCANE, 11), Leiden, E.J. Brill, 1997a.
- HANDY, L.K. On the Dating and Dates of Solomon's Reign. En: ídem (ed.), *op.cit.*, 1997b, pp. 96-105.

- HOLLADAY, J.S. Jr. The Kingdoms of Israel and Judah: Political and Economic Centralization in the Iron IIA-B (ca. 1000-750 BCE). En: Levy, Th. E. (ed.), *Archaeology of the Society in the Holy Land*, Nueva York, Facts on File, 1995, pp. 363-393.
- JAMIESON-DRAKE, D.W. *Scribes and Schools in Monarchic Judah: A Socio-Archaeological Approach*, (SWBAS, 9 / JSOTSup, 106), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1991.
- KENYON, K.A. *Archaeology in the Holy Land*, Londres, E. Benn, 1960.
- KITCHEN, K.A. Sheba and Arabia. En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 126-153.
- KNAUF, E.A. King Solomon's Copper Supply. En: Lipiński, E. (ed.), *Phoenicia and the Bible: Proceedings of the Conference held at the University of Leuven on the 15th and 16th of March 1990*, (OLA, 44), Lovaina, Peeters, 1991, pp. 167-186.
- KNAUF, E.A. The Cultural Impact of Secondary State Formation: The Cases of the Edomites and the Moabites. En: Bienkowski, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan*, (SAM, 7), Sheffield, J.R. Collins, 1992, pp. 47-54.
- LABIANCA, Ø.S. y YOUNKER, R.W. The Kingdoms of Ammon, Moab and Edom: The Archaeology of Society in Late Bronze/Iron Age Transjordan (ca. 1400-500 BCE). En: Levy, Th. E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, Nueva York, Facts on File, 1995, pp. 399-415.
- LEMICHE, N.P. *Early Israel: Anthropological and Historical Studies on the Israelite Society before the Monarchy*, (VTSup, 37), Leiden, E.J. Brill, 1985.
- LEMICHE, N.P. Justice in Western Asia in Antiquity, or: Why No Laws Were Needed! En: *Chicago Kent Law Review* 70/4, 1995, pp. 1695-1716.
- LEMICHE, N.P. From Patronage Society to Patronage Society. En: Fritz, V. y Davies, P.R. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1996, pp. 106-120.
- LEMICHE, N.P. On Doing Sociology with "Solomon". En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 312-335.
- LEMICHE, N.P. *The Israelites in History and Tradition*, (LAI), Louisville, Westminster / John Knox Press, 1998.
- LEMICHE, N.P. y THOMPSON, Th.L. Did Biran Kill David? The Bible in the Light of Archaeology. En: *Journal for the Study of the Old Testament* 64, 1994, pp. 3-22.
- LIVERANI, M. Contrasti e confluente di concezioni politiche nell'età di El-Amarna. En: *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale* 61/1, 1967, pp. 1-18.

- LIVERANI, M. *Guerra e diplomazia nell'antico Oriente 1600-1100 a.C.*, Bari, Laterza, 1994.
- LIVERANI, M. *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995 [1988].
- LIVERANI, M. *Oltre la Bibbia. Storia antica di Israele*, Bari, Laterza, 2003.
- MACDONALD, M.C.A. North Arabia in the First Millennium BCE. En: Sasson, J.M. et al. (eds.), *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, Scribners, 1995, vol. II, pp. 1355-1369.
- MAZAR, A. *Archaeology of the Land of the Bible — 10,000-586 B.C.E.*, (ABRL), Nueva York, Doubleday, 1990.
- MAZAR, A. Jerusalem and Its Vicinity in Iron Age I. En: Finkelstein, I. y Na'aman, N. (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalén, Israel Exploration Society, 1994, pp. 70-91.
- MEYERS, C. The Israelite Empire: In Defense of King Solomon. En: O'Connor, M.P. y Freedman, D.N. (eds.), *Backgrounds for the Bible*, Winona Lake, Eisenbrauns, 1987, pp. 181-197.
- MILLER, J.M. Separating the Solomon of History from the Solomon of Legend. En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 1-24.
- MILLER, J.M. y HAYES, J.H. *A History of Ancient Israel and Judah*, Filadelfia, Westminster Press, 1986.
- NA'AMAN, N. Sources and Composition in the History of Solomon. En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 57-80.
- NIEMANN, H.M. The Socio-Political Shadow Cast by the Biblical Solomon. En: Handy (ed.), *op.cit.*, 1997, pp. 252-299.
- NOTH, M. *Historia de Israel*, Barcelona, Garriga, 1966 [1950].
- OFER, A. 'All the Hill Country of Judah': From a Settlement Fringe to a Prosperous Monarchy. En: Finkelstein, I. y Na'aman, N. (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalén, Israel Exploration Society, 1994, pp. 92-121.
- PRITCHARD, J.B. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 2da. ed., Princeton, Princeton University Press, 1955.
- REDFORD, D.B. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- RENFREW, C. Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change. En: Renfrew, C. y Cherry, J.F. (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 1-18.
- SAID, E.W. *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1994 [1978].

- SALZMAN, P.C. Ideology and Change in Middle Eastern Tribal Societies. En: *Man* n.s. 13, 1978, pp. 618-637.
- STEINER, M. *Excavations by Kathleen M. Kenyon in Jerusalem 1961-1967, Volume III: The Settlement in the Bronze and Iron Ages*, (CIS, 9), Sheffield, Sheffield Academic Press, 2002.
- TAPPY, R.E. *The Archaeology of Israelite Samaria, I: Early Iron Age Through the Ninth Century B.C.E.*, (HSS, 44), Atlanta, Scholars Press, 1992.
- THOMPSON, Th.L. *Early History of the Israelite People: From the Written and Archaeological Sources*, (SHANE, 4), Leiden, E.J. Brill, 1992.
- THOMPSON, Th.L. Historiography of Ancient Palestine and Early Jewish Historiography: W.G. Dever and the Not So New Biblical Archaeology. En: Fritz, V. y Davies, P.R. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOT-Sup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1996, pp. 26-43.
- VON RAD, G. Der Anfang der Geschichtsschreibung im alten Israel. En: *Archiv für Kulturgeschichte* 32, 1944, pp. 1-42.
- WHITELAM, K.W. *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History*, Londres, Routledge, 1996.
- YADIN, Y. Megiddo and the Kings of Israel. En: *Biblical Archaeologist* 33/2, 1970, pp. 66-96.

Por tierra, por mar. Y, desde luego, por el río. A lo largo de los milenios, los habitantes del valle del Nilo entablaron una multiplicidad de contactos con las regiones circundantes. En ciertas ocasiones, eran los extranjeros quienes alcanzaban Egipto. En otras, eran los egipcios los que penetraban en el mundo exterior. Y, en unas y otras, esos contactos implicaban *intercambios* en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, esos intercambios involucraban, por un lado, la circulación de bienes materiales, especialmente de bienes de prestigio. Pero, por otro lado, también podían abarcar intercambios de ideas, de tecnologías, de imágenes del *otro*. Ciertamente, las relaciones de intercambio comprenden la obtención de bienes pero también, al mismo tiempo, de experiencias que confirman o modifican la propia condición de quienes participan de ellas.

